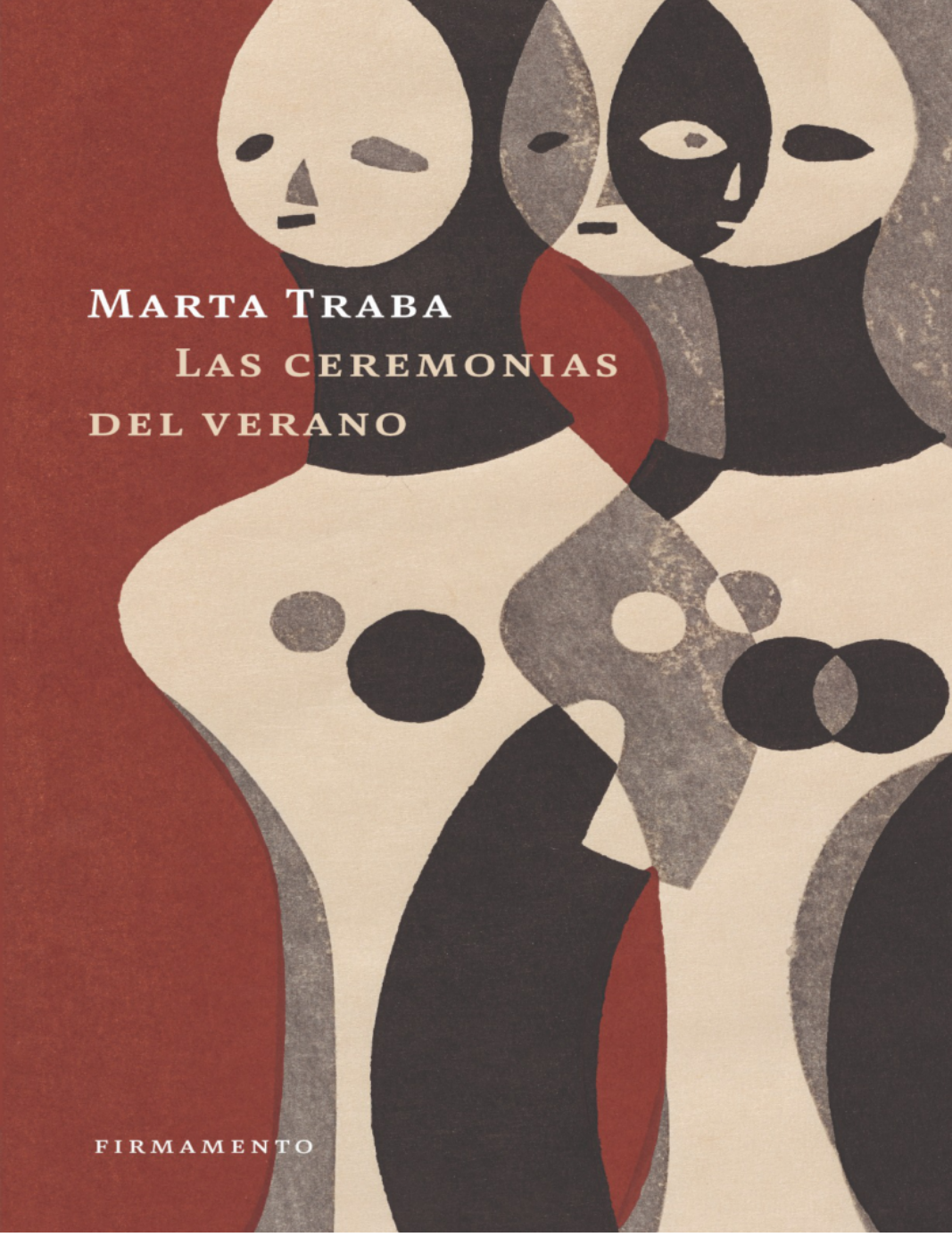
MARTA TRABA
LAS CEREMONIAS
DEL VERANO
FIRMAMENTO

LAS CEREMONIAS DEL VERANO

MARTA TRABA

2021
firmamento

Las ceremonias del verano

primera edición digital:
Febrero de 2023

© Del texto: Herederos de Marta Traba, 2021
© De esta edición: Firmamento Editores s. I., 2021
contacto@firmamentoeditores.com
www.firmamentoeditores.com
rrss: ©firmamentoed

isbn epub: 978-84-126630-7-5
diseño y composición: Firmamento

Este libro no puede ser reproducido sin la autorización expresa del editor. Todos los derechos reservados.

A Antonia Palacios, quien me conminó a escribir este libro

Numerosas son las maravillas del mundo, pero la más grande maravilla sigue siendo el hombre

Sófocles, *Antígona*

I

il trovatore

Yo soy esa muchacha que llora sin parar, en el fondo de un cuarto oscuro. El calor entra por las hendijas, se cuela el pegajoso, enervante y turbio calor; exaspera las lágrimas, las calienta y la sal se hace más evidente: pero ya no son lágrimas, es algo más hondo y también ridículo. Me doy cuenta de esto al callarme un instante y comprender que ya he llegado al hipo, al gemido e incluso que lo estoy prolongando con desgano. Con desgano nunca, al contrario, cada vez más fuerte para que ojalá alguien, en alguna parte, lo escuche. No un ser humano sino algo distinto que debe de haber, que tiene que haber, en alguna parte del mundo, tal vez un ángel, ángeles, pero aquí no hay vida posible para los ángeles. Todo este mundo es sol y horno, sol líquido, chorreante, derretido, y los ángeles tienen alas sensibles: aquí las alas gotean, se escurren por estas estúpidas paredes Tudor o cualquier cosa y poco a poco pierden su carácter radiante; el nimbo cae, se desfleca la trenza; van deformándose, contrayéndose sus rostros perfectos y aparece siempre alguien determinado, la familia. Sin embargo, en otra parte del mundo, ¿bajo qué cielo fue anoche que silbó tan largo, tan extraño, un pito? La única cosa posible y bella de esta ciudad horrible son los silbatos, siempre estamos al borde (estoy, porque ellos viven anclados y rubicundos), estoy al borde de la despedida en esa única parte fresca de este mundo calcinado, el muelle.

Tal vez no fue anoche, sí. ¿O lo soñó? Para de llorar y quisiera mirarse al espejo para ver el monstruo en que se ha convertido; pero no, resiste y no se mira, entreabre la persiana y esa luz como un cuchillo, esa ola invasora, ardiente, le quema los dedos. Hay que cerrar, rápido, aunque no lo bastante para impedir que se hayan formado de nuevo todas las imágenes, la estación, la llegada; todo se recorta de nuevo en la memoria, aprieta los ojos pero la pupila está llena de negativos, impresas, fijas las imágenes en blanco y negro. No fue anoche el pito, fue ahora, quiero decir, ayer, cuando el tren pasó ya somnoliento, chirriando, por el primer cartel del andén que decía: «Vicente López», y a ella le entró esa especie de lentitud siempre igual y misteriosa y confortable de acceder a otro mundo, al agua y la playa y las casas con teja española y al específico olor a madera nueva del trinchante y el aparador del comedor en la casa de Vicente López. El tren va disminuyendo su velocidad y todos sus goznes chirrían, sube del andén esa niebla caliente que distorsiona la visión. ¡Oh, mundo nítido, atroz y blanco, atroz! ¡Blanco! ¡Atroz! ¡Blanco! ¡Deslíete y desvanece tus formas brutales! ¿Ana Karenina se hubiera tirado bajo

el tren en este verano de Buenos Aires? Pobre rostro puro de Vivien Leigh, y, de pensar ahora en su auténtica, irreprimible desesperación en la oscuridad de la platea del cine Lucía, ya se le oprime y estruja de nuevo el corazón. ¡Qué cosa tan absurda! Hace un minuto vibraba de alegría deletreando el amado cartel v- i- c- e- n- t- e- I- ó- p- e- z y ahora, de nuevo el pánico: Ana Karenina entre las brumas, en la trampa, apresada por la soledad. O el desamparo en la platea oscura del cine Lucía, para colmo sin pañuelo y pasándose el dorso de la mano por los ojos sin poder parar de llorar. No puede llorar en este momento; sin embargo, un hombre taciturno no le quita los ojos de encima desde el asiento de enfrente. Trenes repugnantes los argentinos, los asientos no debían estar hechos para poder voltearse. El tren, el vagón vacío, y el hombre llega y voltea el asiento justo frente a mí y se sienta, y yo sin poder bajar los ojos de su cara —pánico, asco irracional—, pero él levanta lentamente la mano y la coloca sobre la ventanilla que tiene el cristal bajo, y hay que mirar fijamente esa mano velluda que tiene de pronto leves contracciones. Así debió de viajar Ana Karenina, sí —¡qué horrible opresión!—, cuando tenía catorce años. No puede llorar pensando en ella. Ridículo; el hombre creería que llora por él: piensa entonces en la doble columna de *Leoplán* y recuerda que cuando uno, ella, está enfrascado, perdido, en los momentos más dramáticos de la lectura, hay siempre un pequeño recuadro en negrita que dice «suscríbase a *Leoplán*, el mejor medio de conocer económicamente la literatura universal», y abajo, más grande, $ 20 moneda nacional, etc., y todos, ella, los demás que seguramente leen *Leoplán*, caemos en el vacío, la nada. Le da risa, se acuerda de que en el momento en que Raskólnikov levanta la mano para matar apareció el cartel de «suscríbase», etc., pero tampoco se puede reír ahora, no puede nada, paralizada ante el hombre, y acaso es apenas un inofensivo vendedor de seguros; pero por qué se sentó enfrente, en el vagón vacío y se puso la gabardina sobre las piernas (con este calor espantoso y un cielo irreductible, sin asomo de lluvia), el inspector le echó al pasar una mirada recelosa y marcó el boleto con evidente ira. Sabrá por qué, todos pertenecen al mismo mundo siniestro y el tren se detuvo entonces de golpe. Casi me doy contra el hombre. De un salto desciendo frente al segundo cartel. Enorme, Vicente López, húmedo de calor, recocidas y tambaleantes letras negras sobre el fondo blanco donde alguien ha dibujado, a la carrera y sin mucha convicción, dos letras: p. s. El mundo es blanco y negro en este andén, habría que correr por la estación hacia la única franja de sombra, debajo del techo a dos aguas de zinc, pero está llena de jubilados dormitando en sus largos bancos. Estas estaciones como asilos, veraneaderos de los jubilados, ya ni hablan, yacen con las cabezas caídas hacia atrás y las bocas abiertas, desdentadas,

sostenidos sólo por la angustia de no perder el bastón. Serán derretidos lentamente bajo el techo de zinc, exorcizados por el sol; algún día el sol se meterá por la rendija y morirán todos, dulcemente, carbonizados bajo los carteles múltiples, banderas, largos pendones, estandartes flameando en un aire espeso las mismas letras, v- i- c-e- n- t- e- I- ó- p- e- z.

El sol me alcanza el cuello, me quemaré mal, bajo las escaleras de la estación corriendo y ya. ¡Ya! Ya empieza el olor. Este es el mundo de verdad, caen sobre mí los árboles, un fragor oloroso me circunda. Aquí todo deja de ser barrio, repulsivo y desértico barrio. Aquí es comarca. Muere al fin, despanzurrado, mi desdichado mundo real, no quiero ni pensar en él pero me persigue; sin embargo, lo venceré, sé que cada cuadra que camine bajo los aromos lo iré desterrando, hasta que llegue a la casa de Vicente López desembarazada de él, libre de él. Por ejemplo: ahora, caminando la primera cuadra, logro abandonar la imagen de aquel jardincito repugnante detrás de la verja, iguales todas las verjas, inútil pintarla de azul, de un azul vergonzante para distinguirla de la del vecino.

¿Nunca vivió usted en casas colectivas? Para qué, todo es inútil, la misma puerta cancel, la misma ventana del mismo baño donde usted imagina sin ningún inconveniente que entra su vecino en camiseta a afeitarse, de pronto se equivoca y entra al mío, estamos al fin y al cabo todos uniformados, nadie se sorprendería. Llego a la esquina y he liquidado aquel jardín reseco. Ahora cruzo y comienzo a borrar la imagen que sigue. ¿Pero es que sigue algo? La casa está vacía, hay un corredor tétrico con dos cuartos a la izquierda, en el primero alguien compró un comedor provenzal después de ganarse un premio en la lotería. Pero el comedor dejó de ser nuevo apenas se instaló en la habitación, tal vez porque la fragancia de la madera se perdió entre la cantidad de polvo insecticida que hay que echar siempre en los zócalos y rincones por las cucarachas; no hay niños pequeños, no hay peligro de que unten el pan con manteca con el polvo para las cucarachas. El comedor provenzal quedó en la mitad de la sala, súbitamente marchitado, como si pronto volvieran a recogerlo para llevárselo de nuevo a la mueblería y es que nunca se sabe, han embargado tantas cosas, tantas veces. Entonces nadie entra, nadie se sienta, por si acaso: las cosas no se apoyan, aguardan un interminable trasteo. De modo que. Ya se está desdibujando. Alcanzo la otra esquina y queda borrado también el comedor.

Está contenta porque nada le causa mayor placer que ir asesinando a fuego lento la imagen de su casa. Entonces da un salto y la emprende con una rama baja de aromo hasta que arranca un manojo; los capullos amarillos, opulentos, se desparraman, los estruja entre los dedos, la mano queda amarilla como si tuviera guantes, pero los

guantes no van bien con el vestido rojo; da igual, tan horrible vestido rígido, duro, y qué decir de los zapatos de lagarto. Se queda pensativa, tal vez refregando las flores de aromo en el vestido para que se manche para siempre de amarillo, pero ¿quién se daría cuenta?; trabajo perdido. Sin embargo, no, claro que Ada se daría cuenta, hay que arruinar el vestido como única forma de librarse de él, mira hacia todos lados y se restriega rápidamente las manos amarillas contra la seda. Le da una risa incontenible.

Ya ni aquella casa lóbrega, colectiva, de Gualeguaychú (barrio y no comarca), pesa. No pesa pero está. Todas las puertas exactamente iguales y ni un árbol, ¿para qué?, aunque el verano raje las piedras no hay derecho a los árboles en los barrios colectivos.

El vecino plantó uno y los chicos saltan sobre él, descaradamente frente al hombre que matea, impotente, sentado en el umbral y aniquilado por el calor: un árbol que nunca alcanzará a tener una rama, ni un mínimo capullo. La solidaridad de los barrios colectivos es el odio, un odio explicable por vivir en las mismas cocinas, en los mismos dormitorios, sin misterio. Usted no tiene vida privada, todos saben cómo es su dormitorio y hacia dónde va al levantarse.

La imagen de la casa se resiste a atenuarse, a desaparecer. Hay que borrar la escalera de madera para que no cruja más en el séptimo escalón, sí, un crujido inexorable, la noche que entró un ladrón yo contaba los pasos de mi padre con el corazón sofocado en la boca, eran doce bajando y siete subiendo para que crujiera y claro, crujió exactamente en el peldaño preciso y se oyó un vago suspiro, anhelante, terrible, de alguien que esperaba en una oscuridad desconocida, y luego la carrera, una y otra, y las maldiciones, aunque ella sólo oía, metida hasta la cabeza entre las sábanas, su propio largo ruego para que el hombre huyera y nadie pudiera alcanzarlo, hasta que al fin así fue, lo cual prueba que existen los ángeles, aunque sólo en invierno cuando el frío congela las alas y las torna vibrantes y traslúcidas. Ya me separé de la escalera con el asunto del ladrón, qué distracción, debo borrar la escalera antes que nada, porque es el más agobiante, el más obsesivo elemento de la casa que derrumbo.

Hace tiempo. Cuando llegaron a la casa, ella compró un mi-kinito: algo de nada, veinte centavos en el almacén de la esquina y lo entregan con cuatro películas de repuesto. La mica por donde hay que mirar es ligeramente amarilla y todo cambia de color al apoyar el ojo. Al principio cerraba el ojo que no era y por supuesto no veía nada. Por fin pudo, emocionada, ir colocando correctamente los cuatro diminutos fragmentos de película en la caja del mi-kinito y buscó un buen ángulo de luz. Entonces vio la escalera, la misma, igual a la de su propia casa: de madera, con el pasamanos gastado y el rellano en la mitad. La puerta cerrada que daba hacia el rellano era la misma. Sólo

que en la película la escalera y el ámbito entero eran amarillentos, como instalados en otro tiempo. En la segunda película se veía la parte superior de la escalera, igual de nuevo, con una baranda tan sombría como la suya: pero en lo alto aparecía sentado un hombre infinitamente triste, con la cabeza entre las manos. Su corazón se contrajo y luego empezó a latir como una tromba. ¿Qué hacía ahí? ¿Por qué la cabeza entre las manos? Esta película no era amarilla sino muy gris y rayada, y tal vez por eso parecía el fin de la tarde. O quizás no hubo nunca luz en esa casa, nadie bajó ni subió las escaleras nunca, por eso el hombre desconocido yacía en la desesperación. Temblando, puso la tercera película en la rendija de la caja del mi-kinito. Ahora una mujer estaba parada frente al hombre, que también se había puesto de pie. Ambos tenían las manos apoyadas en la baranda, pero no miraban hacia abajo, sino hacia adelante. ¿Qué miraban? ¿Qué oían? Posiblemente no fuera así, pero ella se los imaginaba alertas, crispados. La película era aún más oscura y rayada que la anterior y la parte baja de la escalera estaba oculta por una espesa sombra. Sin embargo, la toma era distinta. A través de la puerta abierta detrás de ellos se veía, solo, absolutamente desamparado, el frente de un catre antiguo de bronce. El hombre y la mujer permanecían inmóviles. La cara del hombre estaba atravesada por una raya de la película y no había manera de desentrañarla. La mujer aparecía vestida como los figurines de 1920, con un traje grotesco y el pelo ensortijado y despavorido. Estaba claro que temían algo, que esperaban algo. Cuando puso la cuarta película las manos le temblaban tanto que no daba con la hendidura del mi-kinito. Al fin se atrevió a mirar y una escena insólita, radiante, estalló ante sus ojos. Frente a ella se abría un desierto devastado por el sol: lejos, lejísimo, un árbol rodaba por el paisaje, la escena tenía un tal exceso de luz que al principio parecía una película dañada, blanca. Nada que ver con las anteriores. Si ese mundo explota, cae en el sol, jamás se sabrá por qué esperaban en la escalera. Las miró de nuevo una a una. La numeración era correcta. Serie de cuatro con número escrito a máquina en el ángulo superior izquierdo: una, dos, tres, cuatro: pero el misterio había sido violado, estafado, a menos que alguna vez subiendo la escalera, la verdadera, la de la casa, ellos estuvieran, primero él, sentado con las manos sosteniéndose la cabeza, luego él sin cara, rayado, pero expectante. O tal vez nunca, porque el crujido del séptimo escalón ahuyentaba los fantasmas, y el sol, y el desierto, y ese modo brutal de morir, de desaparecer todo, escalera, casa, hombre y mujer, de ahogarse, de perecer todo en el verano.

Llegó a la tercera cuadra. Ya no quedaba sino su cuarto para borrar. Porque yo vivo en casa sola. ¿Qué son los demás, quiénes son? Nadie cuenta, todos entran y salen sin alcanzar nunca el contorno de

una imagen precisa como la de la pareja del mi-kinito. Ella sola entonces, catorce años y esos tremendos zapatos de lagarto, defendiéndose contra las cosas anodinas, neutras y horribles, contra la camiseta y el mate del vecino, contra todo lo que no esté bajo el cartel de v- i- c- e- n-t- e-l- ó- p- e-z. Contra el mundo inodoro, incoloro e insípido. h2o. Ya no falta más que una cuadra pero es tan intenso el perfume de los aromos que casi no puede caminar de dicha. Además un perfume caliente se pega, se adhiere bajo el vestido rojo de seda artificial, y crece el deseo de ponerse ya el traje de baño y dormir sobre la tosca, con el ruidito leve, emplumado, del agua del río que, si no se la mira, sólo se la escucha, hasta podría ser azul, como debe de ser, seguro, la del mar. O mejor dormir aquí, bajo esta lluvia, diluvio, inundación amarilla. Pero antes hay que borrar el último vestigio de la casa, verdaderamente el último, su cuarto. Es bien fácil, no hay más que una cama y una ventana. La cama es un catre de metal, pero no uno de esos catres retorcidos, con cobre o bronce opulentos, que suenan musicalmente, como campanas, al golpearlos con la uña: éste no tañe, apenas un catre de hospital y se le ha saltado el esmalte por algún lado que escondo cuidadosamente bajo el cubrecama y el borde del mosquitero, porque entran miles de mosquitos por la ventana abierta con el agravante de que si se cierra se muere uno asfixiado. Da lo mismo, el mosquitero es un engaño más, los mosquitos entran siempre y lo más atormentador, lo inaguantable, es el zumbido que se está aguardando en la oscuridad, en una expectativa absurda; jamás se acierta al dar el golpe hasta que después de varias tentativas la cara comienza a arder y el mosquito sigue zumbando; es el símbolo de la noche atroz del verano en Gualeguaychú. Abrir entonces la ventana y comprender, estupefacta, que esto no es la noche de verano, que es el vacío del barrio colectivo. El pozo, la hondonada sin un solo grillo. El eclipse total, el naufragio, la noche extraída de su verdad, del rumor, del murmullo atonal, inmenso, que la vuelve carne y hueso de la oscuridad.

Ahora piensa que esta noche rescatará la noche, la que descubrió en Vicente López cuando se asomó por primera vez a la ventana y supo que la noche no era, no, ese morir total sino algo increíblemente, dolorosamente vivo y sintió que se sofocaba y le corrían las lágrimas, siempre lo mismo, absurdo, hasta que el recurso de las cuatro columnas y los avisos estúpidos del *Leoplán* volvió a tranquilizarla y oyó el murmullo, hasta que se durmió sobre el marco de la ventana.

Al tocar el timbre de la casa de Ada, ya había borrado totalmente la suya. Ada estaba en el piso de arriba y abrió la puerta una sirvienta santiagueña, enana y deforme, a la que nadie consideraba persona. El fresco del *hall* la hizo estremecer. El enorme vestíbulo de baldosas negras y blancas, brillantes, permanecía en la penumbra con todas las

persianas entornadas. No había nadie ni se oían, cosa extraña, los gritos habituales. Le parecía maravilloso que su tía Esperanza, cuya vocación y profesión más constante era la de hablar imperiosamente, dar órdenes y montar en perpetua cólera si se la contradecía, no apareciera por ningún lado y pudiera así, sin interferencia alguna, hacer su inventario. Comenzó por sentarse en cada sofá y hundirse voluptuosamente, cerrando los ojos con fruición, apretándolos, hasta poder alcanzar a fondo la sensación de bienestar físico. Enseguida se acostó en el sofá y miró gravemente las vigas del techo destacadas con violencia contra el cielo raso blanco. Las contó una por una. Estaban todas y no había arañas. Tranquilizada, caminó resbalando sin ruido por las baldosas hasta desembocar en el comedor principal, el que no se usaba nunca sino para las grandes fiestas. Cada mueble estaba en su lugar, plantado en tierra, maravillosamente estable. Rozó la mesa de caoba con la punta de los dedos y después de asegurarse de que no venía nadie, abrió uno a uno los cajones del aparador y luego los del trinchante. Se puso de rodillas para estar más cómoda. Hundió la cabeza entera en el cajón de los manteles de hilo: un vaho refrescante, crujiente, subió dulcemente hacia su cara, rozando los ojos cerrados, el pelo colgante, negro, tumbado sobre las servilletas bordadas. ¿No era eso el hogar, la casa, lo que une para siempre los seres? Cerró cuidadosamente el cajón y abrió el contiguo, allí donde estaba la caja forrada en terciopelo con todos los cubiertos alineados. Maldición, la habían cerrado con llave. Quedó pensativa, los brazos inertes, imaginándose los tenedores de plata maciza. Los cubiertos alineados, cada uno en su sitio preciso. Luego se paró, entreabrió silenciosamente el trinchante y pasó el pulgar sobre las copas de cristal. Un sonido frágil, casi imperceptible, se fue debilitando en aire tibio. Ya había entrado en la atmósfera de las cosas seguras, en la atmósfera melodiosa. Un ruido en la cocina la hizo salir de su ensimismamiento. Una puerta golpeó con furor y estallaron, vertiginosos, rompiéndose y paralizándose en el aire, los idus de marzo. La tía Esperanza entraba, segura, infalible hecatombe. Al fin y al cabo, pensó con aprensión, el mundo perfecto de los tenedores, las copas de cristal, las baldosas blancas y negras, los sillones espesos y blancos, podía ser corrompido, flagelado, destruido. Se sintió menos desamparada en su infinito desamparo. Y corrió a la cocina atenaceada por un hambre voraz.

Me reconozco poco en ese espejo dorado, turbio, de las ollas y sartenes relucientes que están colgadas en la cocina: pero sí, la cara se distorsiona, se borra y regresa, ahí estoy, haciendo visajes con una cara insignificante, el pelo lacio y pegado por el calor y ya no hay modo de tener tranquilidad porque mi tía vio, claro, las manchas amarillas en el vestido y ha puesto el grito en el cielo; ha dicho —criatura, ¡hasta cuándo!, ¡no te fijas en nada!—, siempre me sobresalta

su pronunciación española y que diga «fijas» y no «fijas», me parece a ratos que está fingiendo y a veces me da nostalgia imaginándola en la orilla de un río con un pañuelo en la cabeza exhalando esos suspiros profundos que parten el alma y que parecen más bien el resuello de un buey, espantado, que va al matadero. Ella y también la abuela que no conocí. Son como otro mundo para mí, algo seductor y perturbador al mismo tiempo, algo clavado en un paisaje tan insólito, tan solitario, como el desierto del mi-kinito. Y ella piensa una vez más que no reconocerá, no, nunca, otra familia distinta a esa abuela que cuentan que se murió de *saudade*, de morriña, porque la trasplantaron de Galicia a un agujero negro en los barrios del sur, que llaman pudorosamente «departamento», pero debió de ser sin duda un conventillo donde todos entraban, y salían y gritaban, mientras ella permanecía pegada a la ventana, con unos ojos grises licuados, perdidos, aferrada quién sabe a qué amanecer perpetuo congelado en su memoria, quién sabe a cuál madrugada lechosa de donde la arrancaron a la fuerza para desembarcarla en una ciudad —como si esta muerte apestosa de los barrios fuese alguna vida, como si al barrio sur se le pudiera llamar ciudad, como si los zaguanes pudieran considerarse casas—: nada, mentira, debió entrar con su silencio tierno y definitivo en aquel conventillo sombrío y mirar las cortinas floreadas de separación entre las camas y asomarse púdicamente por la única ventana con reja para ver el cartel de la vereda de enfrente, lo cual es un modo de decir, porque lo correcto sería confesar lisa y llanamente «la vereda de encima»; mirar el cartel, repito, donde decía «Almacén El Pibe», despacho de bebidas, hoy no se fía, mañana sí, ¿total, para qué?, si no sabía leer y ese cartel debía de antojársele la suma teológica; pero al fin, así derrotada y agonizante, infinita, sólo a ella reconozco como familia, porque sólo los incomprendidos y solitarios somos familia, lo demás es recua, están bien en la ciudad, comen brutalmente en los cubículos negros donde viven, salen a las puertas con sus destartaladas sillas de mimbre como espías satisfechos que se alimentan de las sangrías de los demás: salen en piyama, gordos, relucientes, armados de sus signos de ignominia, el palillo entre los dientes, el mate, la palmeta de paja deshilachada para abanicarse las moscas; salen para hablar del fútbol y del «torito», mientras ella no entiende nada, ni comprende nada, ni reclama, claro, porque ¿qué es un gallego, o peor, una gallega, en Buenos Aires? Nada, ¡menos que un portero! ¿Quién se detendría, qué poeta, qué ser humano inexistente, a oírle decir detrás de la reja que aquí no se oye la lluvia ni se ve el amanecer? Mejor callarse, extinguirse, la ciudad está llena de muertos desconocidos que exige en holocausto para poder seguir bullendo, alborotando, manteniendo su prestigio de gran capital del sur, ofreciendo interminables chocolates con churros en la

avenida de mayo. También la tía Esperanza, cuando resuella como un buey, pero sólo así, agónica, pertenece a alguna raza; por desgracia enseguida se repone y aúlla metódicamente. No se cansa de mirarme con reprobación y lástima por los manchones amarillos —¿y ahora con qué vestido irás esta noche a la fiesta?, valiente idea, ridicula, una mocosa en la fiesta, solamente a Ada se le tienen que ocurrir esas cosas…—, y ella no entiende, al principio no le importa nada, oye el clamor y mira los enormes tomates, sensacionales, seguro que serán rellenos con atún y siente el fresco del atún correr por todo su cuerpo como una vertiente, hasta que comienza a despavorirse, ¿al fin qué dice la bruja, el torrente, de qué fiesta habla, qué cosa debo hacer esta noche?, y comienza a sentirse desasosegada y perdida, la sirvienta santiagueña la está mirando de frente como un tótem hasta que un alarido de tía Esperanza la manda al fregadero. Entra Ada con la cara contraída diciendo la frase inútilmente clave: —mamá, por dios, callate, aturdís a todo el mundo—, pero ahí mismo ve las manchas y también se conduele aunque y antes que nadie se dé cuenta de lo que pasa, ya está enfrente con el costurero y el metro tomando las medidas del caso —qué cuer-pito, nena, no te dan de comer en tu casa… pero estás raquítica—, y sigue, hasta que la humillación se instala, así, dolorosamente, en cada centímetro del cuerpo y hay que acordarse de las columnas del *Leoplán* a toda velocidad o mejor, ensañarse con el engendro santiagueño: ¿qué, acaso no soy divina a su lado? Sí, claro, engáñate, pero no te mires en la sartén de bronce, mejor pugna por explicar a alguien que el sol es espantable, irritante, atroz, que no puedes mirar hacia afuera sin lagrimear, es eso, por eso lloro, y ¡oh!, maravilla, la ventana se abre y comienza a desplegarse el desierto del mi-kinito, un desierto azul, ondulante, radioso; pero no, es el vestido azul de Ada visto a través de las lágrimas, ángeles derretidos, intactos, que no se den cuenta, pero sí, ya se han dado cuenta —¿qué te pasa? —, y comienza la alharaca más espantosa, Ada también aprovecha para llorar, entre argentinos esa oportunidad no se pierde —mamá, ¿la has ofendido? Tonta, tonta, ¡quedarás lindísima!—, y tal vez sí, tal vez haya bruma esta noche, eso pasa con frecuencia en el verano a la orilla del río, tal vez bruma como con Ana Karenina, si levanto la ceja en expresión atónita puedo parecerme a Vivien Leigh, sería romántico morir bajo el cartel de Vicente López, o tal vez idiota, me empujan de la cocina, comienza la criada a preparar los tomates rellenos con el atún helado y alguien, caritativo, dice —sube a tu cuarto, hay un montón de «leoplanes» nuevos.

Esa tarde cometió un grave error. Mientras Ada cosía en bata, desbaratada por el calor pero llena de ánimo y buena voluntad, su vestido nuevo de seda estampada con sombreritos negros y marrones, invertidos, uno hacia arriba y otro hacia abajo, ella se puso a devorar

con frenesí *La madre*, de Gorki, en el primer *Leoplán* que le cayó a la mano. Al atardecer estaba desfigurada por el pesar, el cansancio y el llanto. Su traslado a Rusia fue tan total que ni siquiera los avisos intercalados en el texto pudieron distraerla y olvidó por completo el baile de la noche. Su descenso a la vida real tuvo, al atardecer, todas las características del descenso a los infiernos.

El cuarto donde Ada cosía estaba edificado sobre el garaje, en la que fue antes la terraza. A las seis de la tarde ardía como un horno, sin que nada de esa luz clamorosa cediera un ápice. Bajo el techo se estiraban las insoportables paredes blancas. Alguien misericordioso había colgado al fondo un pequeño grabado de un tocador de laúd. Ella apoyaba tenazmente los ojos en ese remedo triste de Watteau, se aferraba a él con ahínco, se metía en la fronda verduzca, opaca, reclamando una frescura imaginaria, mientras Ada daba las últimas puntadas al vestido de los sombreritos. El vestido caía sobre ella de una manera lacia y lamentable. Comprendiendo que esa sensación de escurrir (no de fluir), de resbalar sin gracia, no favorecía en nada a su prima, Ada comenzó a ponerle diques al deslizamiento catastrófico de la seda sobre un cuerpo inútil, desmañado. Era una mujer obstinada y no se daba fácilmente por vencida. Además, quería verdaderamente que su prima hiciera esa noche su debut en el baile anual de Il Trovatore, y que saliera de su inverosímil vasallaje a los «leoplanes». En seis meses había leído más de cincuenta novelas del *Leoplán*, sólo en los fines de semana que iba a Vicente López, lo cual ya resultaba algo enigmático, aberrante. Puso todo su encarnizamiento en detener ese vestido triste como una avalancha, mediante pequeñas escarapelas de cinta marrón que pegaba con habilidad sorprendente. Pero a pesar de encresparse y escarapelarse, el vestido seguía cayendo piadosamente. ¿Eran tal vez los zapatos de cuero de lagarto? ¿Largos, demasiado largos, con una hebilla minúscula? ¿Era el pelo, duro y sin alas sobre la frente? Ada contempló su obra desde lejos, ladeando la cabeza, mientras ella se sumergía en el tocador del laúd como si de esa unión dependiera su vida. Ada decidió arreglar la cabeza puesto que no podía hacerse nada por el lado de los pies. Corrió a buscar las tijeras de rizar, las calentó diestramente y comenzó a enroscar un pelo que recaía inerte, indócil, hasta que al fin tomó una forma ligeramente cóncava. Satisfecha, Ada consideró que su trabajo estaba listo y que la criatura podía alternar sin problema con sus semejantes. La conminó a quedarse quieta y a distraerse mirando por la ventana, sólo detrás de las persianas por si se levantaba viento y se le desarreglaba el ondulado de las tijeras. Así la encontró, inmóvil y tiesa una hora después, cuando fue a buscarla en grupo triunfal para ir a Il Trovatore, al mismo tiempo que el día sin fin claudicaba, quemado, ante el crepúsculo.

Tantas veces había pasado frente al club sin imaginarse siquiera que algún día entraría. Ni tampoco le interesaba, realmente. El nombre era ridículo y pensaba que adentro siempre estarían disfrazados como en la ópera, cantando o haciendo esas cosas misteriosas, insulsas, que hace la gente mayor, porque II Trovatore es un club «social», uno de los clubes sociales más antiguos de Olivos, que es como decir uno de los sitios donde más se ha divertido, se divierte y se divertirá la gente. Y de pronto es extraordinaria esa diversión, si son capaces de pasar tantas horas, de reírse con tanta euforia, de bailar. O también puede ser algo espantoso —¡Oh, vosotros, que trasponéis este umbral, perded toda esperanza!—, podría ser también el escenario de *Nacha Regules*, se le apareció vividamente, algo extraño, inconfesable que sube por el pecho, nadie sabe qué es, salvo la sensación inconfundible de caer en el barro, de arrastrarse. ¿De quién era *Nacha Regules*? Ah sí, de Gálvez, de Manuel Gálvez, da lo mismo uno que otro, o de Dickens o de Gorki; no, Gorki, no, hay que andar con cuidado en estas cosas, al fin alguien que escribe cada palabra con cuidado, no es el sólo contar, no, pero de ninguna manera pensaré en *La madre* porque bien ridículo sería que comenzaran a asomarme las lágrimas. Ada y Ernesto van delante, ya están en otra cosa, pero ella sabe y no se dejará vencer por el rencor, sería terrible que el rencor apareciera como el síntoma hiriente, fatal, de la adolescencia despechada. Al contrario, hay que fingir toda clase de indiferencia, o una franca alegría, quién sabe, pero es difícil dadas las caras de los circunstantes. En todo caso, lo sabio es dejar de caminar de una vez. ¡Si se supiera al menos dónde van! Cuántas gentes, cuántas mesas tendremos que recorrer antes de encontrar la nuestra —reservada a la familia tal, con letras doradas, tal vez góticas: «Reservada»—, así, como si uno fuera realmente una familia o perteneciera a una familia. De pronto todo se me hace verdaderamente insensato y estúpido, inclusive mi actitud de reverencia ante los tenedores. Quizás es mejor venir de la nada e ir hacia la nada, sin manteles de hilo, como yo, sin madre ni padre. Porque hay otra chica en esta fiesta, claro, mayor que ella, pintada y a propósito de pintura, tengo en la cartera el lápiz labial que me dio Ada; me invade de pronto una risa absurda, incontenible, porque después de pintarme me vi en el espejo y como no tengo más modelo que la mujer borrada del mi-kinito, me hice prolijamente una boca pequeña, en corazón, en mitad de la mía hasta que las carcajadas generales y sobre todo el resoplido de tía Esperanza me hizo caer en la cuenta de mi lamentable, más que lamentable, parecido con un payaso —¿o con quién?—, Sazzu Pitts, gritaban, palmoteaban: así que refregué y borré la mancha infame, no sale del todo, y luego caí en las manos o en las garras de Ada quien hizo algo semejante a una boca

pintada mientras la tía hablaba de lo grotesco, de la perdición y de otras cosas, aunque su ateísmo irrefrenable y su odio sempiterno por los curas, heredado directamente de mi abuelo —su padre— anarquista, le impedía ir más lejos y referirse a una palabra comprometida con iglesia y catolicismo, pecado. Ahora la otra muchacha me da una lección, probablemente sin quererlo, con un disimulo digno de mejor causa, acerca de cómo debe arreglarse una señorita cuando lo es de verdad y no una estafa como yo; veremos, me envalentono y al fin y al cabo el aire se ha vuelto completamente transparente y ni siquiera parece demasiado húmedo. Al entrar vigilé bien la vereda que es mi barómetro y no estaba del todo negra por el agua que brota por lo general como un surtidor: es posible entonces que mi pelo mantenga su forma y no empiece a caer como una letanía, como una lluvia, una melancólica crencha que va perdiendo forma humana, lo sé, porque una tarde sola en Vicente López probé a calentar tijeras y ondularme y al salir al aire sentí de inmediato resbalar el pelo y deshacerse como los fuegos artificiales. Al fin —¡oh, tortura infinita de los zapatos de lagarto!— nos sentamos en una mesa y puedo colocar los pies debajo, en algún lado, siempre me sobran, sin embargo he pisado a la otra muchacha a la cual odio cada vez más intensamente y sonrío sin ganas, balbuceo una excusa, pero no me devuelven más que eso, lástima, hasta que la madre solícita ya no puede más, necesita marcar las diferencias, subrayar el producto de tantos años de educación, de tantos años de revisar el mosquitero para que a su adorada hija no le entren mosquitos, de buscarle las comidas y seleccionarle las compañías predilectas: no puede más, necesita identificarse y aclarar las situaciones porque toda buena madre es moralizante y exhala, expele, como un escuerzo sus moralejas. Al fin dice —¿cuántos años tienes?—, aunque ya lo sabía la arpía, sabe que ella y yo tenemos la misma edad, es decir, su hijita adorada y yo, pero si yo no fuera tan cobarde le respondería «diez años» para liquidarla: sin embargo no puedo y la voz me sale estúpidamente trémula —catorce—, y todo lo que sigue está previsto. —¿Catorce? —repite el batracio que crece minuto a minuto, se redondea, se derrama sobre el mantel a cuadros de II Trovatore—, nadie diría —la conmiseración se espesa sobre la mesa, ya quedaron los platos llenos—, ¿catorce? —y parece que todos van a servirse esa comida tangible, suculenta, que se les ha servido: pero yo me mantengo con una sonrisa fija, impertérrita, y hasta me acaricio el abominable traje de seda blanduzco, me permito hacerlo, casi desafiante, si pudiera mirar con lástima el organdí, henchido donde corresponde, amplio, opulento, como si el vástago afortunado del batracio saliera de una nube, ¡oh, mísera de mí!, ¡oh, *infelice*!, sin una sola lágrima hasta que tengo la dicha infinita de acordarme de Penélope, no fue Penélope, Telémaco,

tampoco, alguna heroína esdrújula griega, y puedo heroicamente levantar escaleras reales sobre el desierto infinito del mi-kinito: y ahí estoy. Ahí me quedaré. El batracio retrocede de pronto, como fulminado. Algo del aire real de las escaleras donde me he instalado lo toca, inclínate servil, animal despreciable. Dejan de comer su vestido de sombreritos de seda, arranca la orquesta con formidable estrépito y Ada mira a Ernesto con ojos ampliados de tango. Entre aplausos abren el baile, al menos en nuestra mesa, porque las otras se descomponen enseguida, febriles, inventando un poco la febrilidad, todavía están tiesos y los hombres se tratan de usted a usted, modestamente. Bailan mal o es posible que así sea, amén. Amén, sería divertido bendecirlos al partir hacia el largo tráfago del baile, sólo para molestar la memoria de mi abuelo. Por un momento me veo sobre la mesa en traje de sacristán repartiendo bendiciones y vuelve a atacarme una risa insólita. Pero en la mesa hay movimientos sospechosos. La pareja de los vecinos se levanta ceremoniosamente y ella se baja la faja también con gran finura y modestia, al menos así lo cree, y de nuevo me acomete la tentación de bendecirlos, el batracio madre comienza a mirar con ojos saltones a diestra y siniestra mientras mi compañera se arregla unos lazos ridículos, menos ridículos desde luego que mis escarapelas. En realidad miro bien y lo que hace es estrujarlos hasta que caigo en la cuenta de que madre e hija están progresivamente poniéndose nerviosas, no sé por qué, quizás porque nadie viene a sacar a bailar a la nube de organdí con puntas definidas; pero sí, alguien está de pronto de espaldas a mí, se produce un revuelo, el organdí se aplasta contra un traje oscuro y comienza a rodar, irreconocible, por la pista. Sigo fascinada las circunvoluciones, el tango es un rito, pero de nuevo invencible, sube la sensación de *Nacha Regules*, partículas finas, gruesas, borbotones de lodo caen sobre las parejas. No hay tregua, el espacio entero se va cubriendo y cosa terrible y monstruosa, cesa el aire de circular, una humedad atroz va enturbiando la escena. Dura horas, segundos, siglos. ¡Oh, dios!, ¡ángeles!, ¡si lloviera, si algo pasara, si esto dejara de espesarse y contraerse! ¡Si parara la música! Todo empezó con la orquesta, lo demoníaco, esto que no cesa y crece, miro de nuevo, no puede ser, ya no hay parejas identificares, sólo una masa espesa, una gelatina que asciende y desciende, miles de puntas de organdí, algo inicuo, crapuloso, y de pronto, desfallece, muere el aire. Cesó la música.

Hipnotizada, ella presencia el regreso de las parejas a la mesa. Un hombre se palmotea groseramente con otro, los cuellos se han desarticulado, Ada cuenta algo al oído de su vecina que se tapa la boca con una risa obscena. El batracio examina con complacencia los apretujones del organdí, de eso se trata, al fin ha sido hollada, macerada, alguien llama a gritos, impúdicamente, al mozo. Éste llega

sudando, al trote esforzado de su pie plano, derrama la cerveza, yo vi a Baco, una vez mientras esperaba en el consultorio del dentista, Baco de no sé quién, creo que de un pintor famoso español. Era bello y tenía pámpanos rodeándole la cabeza pura. Orejas, no más que orejas tiene este Baco, ¿qué tal una corona de orejas en cambio de pámpanos? No más. Siente que ha llegado, que está llegando al límite de la repugnancia, pero ¿por qué?, hay que recapacitar, todos en la mesa, mirándolos bien, son seres normales, ya se han ajustado de nuevo sus cuellos, alguien le pasa un vaso de cerveza que naturalmente no probaré, basta ver la espuma que les queda en los labios y se relamen —¡cómo se relamen!—, pasando ya de batracios a gatos o perros bebedores, hasta que logra enfocar de nuevo el desierto del mi-kinito, y enseguida, ¡oh, desgracia!, como si esta noche fuera una conjura, un solo y largo martirio inexplicable, de nuevo la orquesta arranca con una conga, al menos así lo gritan todos, frenéticos, ya de pie para ir a formar la gelatina enorme de la pista. Esta vez también se levantó el batracio, no supo en qué momento, el resultado es que ha quedado sola y visible, visiblemente sola, situación que debe ser execrable a juzgar por las miradas furiosas que de vez en cuando le lanza Ada desde dentro de la gelatina. Alza entonces la vista y encuentra al fin el remanso, salvación de tanta ignominia. Arriba, en lo alto, brilla clamoroso el cartel luminoso: II Trovatore. Primero se descifra, después se deletrea y resulta que al llegar a la enorme o segunda, trovato… ya no hay letra encendida, se dañó la letra, queda pues trovatre, «trovatre» que parece lunfardo y ella se siente inesperadamente lúcida, puesto que es la única lúcida y sólo ella ha advertido la desgracia del cartel. Entonces se va hasta la mesa próxima, se sube a una silla y comienza a arrojar serpentinas en el hueco de la o. Tarea difícil, pero no hay nadie, es tiempo de divertirse solo, la orquesta y la gelatina crean un vacío benéfico, poco a poco las serpentinas se van acumulando en la o, resbalan, la o inmensa parece la boca de un payaso, una boca desarticulada, vomitando, la caricatura del batracio. Ríe a mandíbula batiente, pero ya viene alguien, el mozo, pobre, indefenso plantígrado, dan ganas de decirle que venga y juegue, se acerca de buen humor, está sudando, pegoteado de humedad y de cerveza, y de humillaciones: ella le da una serpentina y él la arroja torpemente, entera, sin desenroscarla; se ríen, la o salvó la noche, bendita sea, pero de nuevo cesa el estruendo y ella se baja disparada de la mesa y se sienta a toda prisa en la suya. Al batracio, sin embargo, no lo engañan, no lo engaña nadie. Ha contemplado toda la maniobra y está anegada de lástima, de viscosa y untuosa lástima ante este caso perdido de infantilismo, de cretinismo congénito. Habla en secreto con Ada, hasta se ha parado a propósito, indudablemente la pone en antecedentes de la infamia. Sé que

mirarán todos hacia acá, uno a uno, y comprendo que será intolerable. Pero Ada defiende aún algo del honor familiar y trata de moderar su voz al preguntar —¿por qué no bailás?, anda, arréglate un poco en el *toilette*, no te quedés como una momia—, y la sonrisa del organdí se me clava bañándome con su gran onda conmiserativa. Felizmente la orquesta es inexorable y ya está de nuevo la gelatina en función. Puedo mirar la o de nuevo, no obstante ya parece muerta, ahora, una irrisión de la alegría anterior, para qué disimulo, a mi edad echar serpentinas desde una mesa… Algo se quiebra en mí, un dolor, un ridículo frío, una conciencia de culpa, ¿por qué?, ¿quién la motiva? Por entre la o aparece algo, ¿qué es?, lo veo sin ver desde hace un rato, puede ser un bombillo, una luz fija, ¿qué? Con gran esfuerzo recapacito y de golpe la veo, la estrella. Venus. ¿Puede una estrella golpear en el pecho de esta manera?

¡Oh, pura, increíble, prodigiosa!

Entonces se levanta como un rayo y corre sin parar hasta el baño, porque de algún modo tiene que detener la marea incontenible de lágrimas.

No encontraba la puerta del baño. Varias puertas desembocaban sobre un estrecho balcón con baranda desbarrancada de glicinias y al fin, absurdo, simbólico, vio el pequeño cisne de calcomanía sobre la puerta de donde salió, opulenta, una gran mujer de tela rosada. El rosa del cisne y el de la mujer eran exactamente el mismo. Se detuvo un momento a pensar en que todas las cosas hinchadas, los cisnes, los globos, las velas, las mujeres, eran rosadas. Y los elefantes, pensó aliviada. Y los elefantes. Al trasponer el umbral ya habían cesado sus lágrimas pero todo iba convirtiéndose en un gran objeto, como si algo duro, mineral o quizás una gran máquina, se hubiera apoderado de ella, y permaneciera elaborada y armada en su interior, impidiéndole respirar. Ahogada, eso estaba, por la orquesta, la gelatina, el batracio, el organdí. Irremisiblemente ahogada y anclada en esa baba espesa y pétrea del baile de II Trovatore. Pensó en la o y en Venus, resplandeciente en medio de la o, pero no sintió ningún alivio. Y de pronto, el desastre, el cataclismo definitivo.

Estaba allí frente al espejo, una hilera de espejos, para colmo, seguidos, uno al lado del otro, implacables, enormes, y ella en la mitad de la pared, expuesta como una mariposa (y de verdad lo parecía), flaca y disecada, sin color, definitivamente escurrida entre la seda pegada, las escarapelas ablandadas por la humedad, colgando en pequeños guiñapos —¿no dicen que así es la comida china?—; pero lo peor, lo definitivamente cruel, el pelo abierto, erizado, ni siquiera ella y sus crenchas indóciles, caídas, sino un remedo de ondulado, las puntas en el aire. Espeluznante. Se lo alisó con la mano húmeda, frenética, pero las puntas se seguían abriendo en el aire. Y la boca

pintarrajeada, una boca como de otra persona, ¿quién la puso ahí?, ¿quién?, ¿qué es eso y de dónde viene?, y más sola y desamparada que la mujer de la baranda mientras los culpables se deslíen en la gelatina móvil, ¡ah!, no más, ¿por qué esto?, si los aromos están en flor y todo el mundo se deshace así, de amarillo fragante, limpio y fragante amarillo y yo aquí nadando en este olor dulzón y repugnante de amoníaco caliente. No tiene voluntad, está ahí raída inmóvil frente a los espejos; peor destino que el de la abuela gallega, peor porque esto es mancillarse, ni siquiera agonizar, ni siquiera nada. No sabe quién la empuja a abrir la cartera de Ada, y buscar lo único que hay, el lápiz de *rouge*, ni tampoco sabe por qué se sonríe con una sonrisa maligna, que la desfigura, y se dirige a toda velocidad hasta la puerta del cisne; nada afuera, sólo las glicinias alborotando la baranda, las propias glicinias trepadoras, sinuosas, repugnantes, carnalmente invadiendo el balcón, y al fin entiende lo de *Nacha Regules*, entiende esa palabra oscura que se desliza a lo largo y a lo ancho del *Leo-plán* con la novela de Gálvez, sí, al fin entiende, y se dejó pintarrajear igual que todas. Entra. El corazón desbocado: pero con la mano firme va escribiendo con el lápiz de *rouge* las letras enormes en los espejos.

t - o - d - a - s. Se interrumpe, vuelve a la puerta, penetra como una oleada, el feroz ruido de la conga, p - r - o - s -t -t, se equivocó, maldición, dos tes juntas, escribe entonces una «i» pequeña justo sobre el pomo de jabón que gotea una espuma verdosa, prostit - u - t, pero alguien llega, alguien que aparta las glicinias y se oye un ruido leve de fronda. Desemboca en la puerta, pálida, no, unas mujeres conversan, pasan y se alejan. O la música cesó para siempre, o el mundo es el desierto del mi-kinito, pero ahora un desierto oscuro, trémulo oleaje de la sangre, la noche toda parece un pulso. Se desliza de nuevo en su asiento, nadie ha visto nada, nadie ha presentido nada. Cierra los ojos. Un infinito cansancio la embarga, dulcemente, ¡oh!, sí, dulcemente, fue Penélope, no, ¿quién, quién enterró el cadáver de su hermano a pesar de las amenazas y prohibiciones de Creón? Ya se acuerda, ¿fue Antígona?, era esdrújula; al fin descansa, todo el mundo está en orden, lavado, puro.

En un momento salieron todos, deshechos bamboleantes. Menos ella, que caminaba como una sonámbula. Alguien quería insistentemente esperar la madrugada, pero lo empujaron al coche. Ya empezaba a subir el calor del día próximo y la fragancia de los aromos era insoportable, casi áspera. Se quedó acechando en la ventana, acurrucada, con la cama abierta y fresca, pero sin ganas de extenderse en ella.

Ponía la atención más dolorosa en escuchar, pero el silencio fue total. Se había perdido la hora de los grillos. Se despertó al recibir el sol de frente, que dolía sobre su brazo como una quemadura. Una

quemadura absurda, un triángulo. Comprendió que no podría resistir otro calor igual, otro día igual, otras horas desesperanzadas, flageladas por un sol de infierno. Se arrinconó al lado de la silla después de cerrar herméticamente las persianas y cayó en la cuenta, con la velocidad de una revelación, de que hacía tantas horas, tantas, tantas, que no lloraba de verdad. Por eso comenzó a llorar concienzudamente, con la paciencia y el fatalismo de quien se desangra.

A las nueve de la mañana un portazo violento anunció el comienzo de la actividad de tía Esperanza. Desde que llegó la criada santiagueña sus persecuciones distribuidas entre los distintos miembros de la familia se habían debilitado para concentrarse exclusivamente en su desdichada víctima. Entre la criada y ella se libraba una batalla silenciosa, cuya tensión iba aumentando progresivamente, hora tras hora, la criada tratando de mantenerse fuera de la terrible zona de tempestades, la tía buscando con delectación la caída.

La tía se sentaba, suspirando con sus hondos, verticales resuellos, en una mecedora baja estratégicamente ubicada para dominar la puerta de la cocina y la puerta del patio. La puerta de la cocina daba al comedor de diario donde estaba el botín más codiciado por la criada: aquella heladera enorme, repleta de comestibles que ella, según la tía, no tenía derecho ni a probar ni a tocar. La puerta del patio daba al jardín, a un pequeño antejardín con un naranjo repleto de frutas sobre el cual se ejercía el segundo punto de estrecha vigilancia, y luego a un amplio prado, perfectamente desolado donde caminaba despavorido, buscando sin éxito una mínima zona de sombra, el tero de la casa.

Con el portazo se despertó, volvió hasta la ventana aturdida, magullada; no podía comprender ni percibir sino el calor intenso filtrándose por las persianas. Levanta la persiana cautelosamente y todo de nuevo se le viene a la memoria, todo navegando en un mar de glicinias, eso es Vicente López, el color, la fragancia. Recuerda muy bien que el atroz día pasado comenzó por los aromos amarillos y terminó en el lila despetalado, voluptuoso, de las glicinias de II Trovatore. Entonces descubre con furia el triángulo en el brazo, ahora quedará fatalmente el brazo desparejo y la fruición de tenderse al sol se le apareció entera, y comenzó a paladearla golosamente. Por el pequeñísimo ángulo de visión atravesó el tero, animal ridículo, basta imaginarlo en la mitad de la pampa con esas patitas frágiles y un grito de asombro, rauco, intermitente. No mira nunca de frente, ¿cómo hará para no chocar?, es tan torpe que se choca de pronto en mitad de la pampa con el único ombú plantado en toda la inverosímil llanura. Anhelosa llanura, desmaterializada, alguien lo escribió, ¡qué más, ¡ah!, «fantasma de este mundo que el mundo me escondía», un poeta que

trabajaba en correos y telégrafos, se le desaparece el nombre, como siempre; se acuerda de aquella vez que estuvo en la pampa y de verdad era como decían, el único paisaje que es exactamente como lo describen, o sea, nada, la llanura verde, el desierto verde, ¿el mar será así? Decididamente todos sus paisajes son siempre infinitos, carecen de puntos de referencia, como ese lío del paisaje del mi-kinito y la pampa y el río, por eso será ese desamparo, claro que sí, por eso, cómo no van a ser los porteños desamparados si cualquier cosa se escapa brutalmente de la escala humana, los estadios de fútbol, la avenida nueve de julio, el obelisco, todo es más grande de lo que debe ser y apabullante, es inútil el machismo porteño ante tales despropósitos. Y esa ciudad (Francia debe de estar más cerca de Alemania que Vicente López de Gualeguaychú), ¿para qué querrá ella viajar?, ¿para qué querrá nadie si en Buenos Aires se consumen todos los viajes?, Ulises, el periplo, todo es irrisorio frente a este andar continuo, a este desembarcar de barcos-buzos en barcos-trenes, en barcos-tranvías, en barcos-colectivos, todo estallando, reventando a la gente que parece haberse equivocado de barco-vehículo y va con cara de odio colgando en racimos compactos de las puertas. Pero no todo el mundo debe ser así, ¡ah!, no, por ejemplo el tocador de laúd está fuera del problema del colectivo y las gentes del almanaque suizo colgado en la cocina, esas gentes que se asoman sonrientes a las puertas de sus casas, en unas callecitas empinadas, sin rastros de vehículos. Quizás en alguna parte queden huellas de humanidad, sí, puede ser, Dios mío, y ella ya se está de nuevo reconociendo en su abuela aletargada detrás de las persianas. Hay que salir de este marasmo, hay que derrotar el calor creciente, pero nada se oye en la casa. Ada debe dormir con Ernesto y la tía está al acecho vigilando las puertas; la criada esta vez será vencida por más argucias que use para tratar de robar una naranja o de meter la mano en la heladera. Y realmente la tía va poco a poco conteniendo sus suspiros profundos para que no sólo sea el ojo, sino el oído, el que no falle. Ella se calla y la criada va apagando uno a uno sus movimientos para mortificarla. Es un juego de cacería, apasionante y espeluznante. La criada ya no camina, se desliza y la tía comienza a torturarse pensando, imaginando en qué rincón de la cocina acecha, o aprovecha para dormir, la muy cerda, y así se burla de los veinte pesos que le pagan mensualmente; cómo es posible que no se perciba ruido alguno, ahora debería estar limpiando el cobre según orden impartida dura, drásticamente, pero la criada llega a geniales perfeccionismos y ya la mano se desliza, se aplasta contra la viruta fina de acero, prefiere destrozarse la mano antes de hacer ruido y llevar así a la arpía a la desesperación; a la que por cierto ya está llegando, de un modo sordo e ineluctable. El silencio es total por ambas partes, pero, ¡ay!, la criada suda bañada por el calor infame de

la cocina y algo de su alma (si la tiene o ha podido recuperarla por un instante) le llena el pecho de zozobra. Entonces ocurre lo espantoso; suspira quedamente, pero ya la tía ha encontrado el motivo, da el salto justo y preciso, empuja la puerta de vaivén y la atrapa en el pecado, el ocio, con la cara totémica babeante mirando fijo por la ventana, mirando ¿qué colinas perdidas?, ¿qué monte o qué agujero, no importa, negro, pero suyo?, y fluye de su boca a borbotones la dura, agria réplica —¿de qué te quejás?, ¿qué hacés mirando como una idiota por la ventana?—, ¡oh!, siempre fracasará el juego para ella, pero qué más da, ella tiene un cuero duro, impermeable, puede llegar a la más pura condición totémica que saca de sus casillas a la tía, puede alcanzar sin dificultad la naturaleza mineral y quedar ahí, por los siglos de los siglos, amén.

Se retira de la ventana y saca de su pequeña valija el traje de baño y el delantal que dejará, prolijamente envuelto, en la tosca, junto con las zapatillas de tenis. Mejor salir ahora, antes de que Ada se despierte y comiencen a recriminarle su actitud de ayer, mejor así y la tosca estará aún desierta y no es el sol que raja las piedras, claro; se coloca el traje de baño rápidamente y ve las margaritas de lana blanca bordadas castamente en el escote; no está mal, hasta parece bonito, ya está el delantal encima y corre al baño, baja también corriendo las escaleras, pasa al lado de la tía que ha retomado su puesto de alerta ahora más cerca de la puerta del patio pero que, ya descargada de su primer *round*, la recibe con una sonrisa amplia, ahí, en la heladera enorme está su paquete con *sándwiches* de salame y en un segundo está en la calle, volviendo a ser ella misma, feliz, ¿cuánto?, mil metros, cien mil metros de felicidad, una felicidad que se desenrosca como una serpentina interminable, trota, salta, se tuerce un tobillo, va declinando el ritmo a medida que se acerca a la estación. Porque la estación es sagrada. Es el recinto de llegada y partida, el puente. El lugar del fin, el asilo de los jubilados, el escenario de Ana Karenina, en el muelle, el acto litúrgico de desembarcar. Es el espejo oscuro de los vidrios, donde se mira de perfil y se ve hasta bella, misteriosa, apenas un dibujo, desvaído, un rostro para que le digan «me gustas cuando callas porque estás como ausente, y mi voz no te alcanza y mi voz no te toca»; ¿pero quién, qué dolor?, sólo los hipopótamos pueblan este mundo, los hipopótamos de organdí que hablan sin parar, que comen sin parar; ella vio una instantánea de Neruda en Isla Negra y la tiene guardada entre las páginas de un *Leoplán*, desde luego se da cuenta que es ligeramente ridicula y casi compañera de la mujer del mi-kinito, el poeta con un sombrero de ala ancha y una gran capa, pero flaco y sombrío, afilada la cara, única capaz de decir «me gustas cuando callas». Se aleja del vidrio oscuro y mira, casi en éxtasis, la pasarela. Para llegar al río hay que atravesar la pasarela alta que va de

andén a andén, por sobre los trenes. Es la dominación del paisaje, la manera única de salir del plano, siempre plano, eternamente plano, porque desde el río no se ve el río, sólo se ve el plano, la tosca se achaparra contra el horizonte, todo es pampa en Buenos Aires, todo es horizonte, menos las pasarelas sobre los trenes, ¡tan graciosas y aéreas!, ella no ha visto nunca nada más grácil que la pasarela, entretejida de hierros y además liviana, cruje a su paso, parece un arabesco negro sobre el cielo; qué prodigio si los porteños tuvieran imaginación en vez de estómago y se dieran cuenta de que la única manera de hacer vivible la ciudad es levantar torres, miradores, pasarelas, algo que destruya esta sensación de escuadra —cubo—, geometría, mundo racional, pedestre; pero ya sube la pasarela y el rito se consuma poco a poco, va deteniéndose al llegar a la mitad y ahí se acoda. No importa que el sol ya baje en picada, me quedaré aquí hasta que llegue el tren, qué absurdo, ni miré el horario, pero no tardará mucho porque los jubilados se sobresaltan, un leve estremecimiento los sacude y ellos ya sienten el lejanísimo correr por los rieles, mejor dicho, ellos no tienen ya sangre, sólo tienen rieles, y es a ellos a quienes recorren, mansamente, los trenes. En efecto, allá lejos aparece un tren como de juguete, zigzagueando, dirán lo que quieran de los ingleses, pero al fin pusieron los trenes ellos y no nosotros, vendrán las hecatombes pero se salvarán los trenes y una ciudad con trenes y estaciones es ya algo parecido a la vida, al llegar, al irse, al encuentro, a la partida. Hubiera sido grotesco, sí, positivamente grotesco, que Ana Karenina se lanzara desde una pasarela, el bello traje de Vivien Leigh como un paracaídas sobre el techo de los vagones le da una risa loca y unas ganas de hacer algo; entonces arroja una rama de aromo sobre los vagones, el tren florece, qué lindo si lo viera Neruda. Cruje, se para. Hasta la pasarela sube un calor metálico que ella aspira con fruición. Con el pie en el aire, deslizándose del último peldaño, baja el inspector al andén y pita largamente. Tac, tac, tac, y el tren de nuevo en movimiento. Se vuelve rápidamente del otro lado de la pasarela y lo ve alejarse, escudriñando la minúscula mancha amarilla de la rama de aromo hasta el final.

De un lado de la avenida del Bajo están las casas y los helados Zanettín; del otro, casas mezcladas con recreos y clubes, estirándose hasta la orilla misma del río, en una baraúnda confusa de edificios horribles, mostradores y asadores, terrazas con mesas descalabradas, chalets, balnearios rodeados de una tierra que ya es greda y resaca y pajas dejadas por las crecientes del río. El río no es una sorpresa, se va anunciando, mostrándose por indicios cada vez más seguros, los recreos, la resaca, la greda amontonada en las veredas, un descuido, un dejarse ir de la ciudad. Va entrando en las calles como una lengua sucia o las abandona sin gloria después de manosearlas y ensuciarlas

con un agua que parece saliva mansa, desprovista de brío. Pero así y todo es algo, es naturaleza, algo distinto del cemento y el calor y el asfalto donde se quedan marcadas las zapatillas de tenis con un dibujo tan fino que nadie sospecharía en artefactos tan despreciables. Y la playa no se abre, clamorosa e inesperada como cualquier playa del mundo, sino que es anunciada por la tosca, elemento fundamental de los domingos porteños. La tosca es indescriptible; es una plataforma aplastada de arena dura, oscura y petrificada, resbala como una piel algo repugnante y la rodean juncales ásperos, cenagosos, única triste vegetación del río. Cuando el río baja, la tosca se va desvaneciendo en una playa cuyo rizado implacable y duro rompe las plantas de los pies desnudos; los dedos van buscando la veta del rizado y acomodándose a ella; hasta ahí llega la ilusión de playa y en esa playa la feroz alegría, la feroz hambre de vacío, de inmensidad, que desvela a los porteños. Los días de playa son días radiantes. Hay una penetración del hombre en la naturaleza por más marrón, lisa, desposeída que ésta sea. Cuando el río está crecido y sólo se ve parte de la tosca al desnudo, los bañistas entran en una siniestra melancolía; es un mal día, un día frustrado, no hubo playa.

Al doblar el primer recreo comenzó a mezclarse con el aire el olor caliente de los asadores. Ella odiaba ese primer encuentro, esa interferencia entre la ciudad y el río planteada por las parrillas frías o humeantes, pestilentes, olorosas, carnívoras.

Elige una tosca, la más seca, para tener la ilusión de arena raspando así, con la uña y haciendo montoncitos minúsculos al lado del cuerpo. Se siente bien, pegada a la tosca fresca y con ese sol ardiente quemándole la espalda, coloca la cabeza entre los brazos cruzados y todo el sueño de la noche perdida se le desploma encima. Entredormida, oye el fino, imperceptible rumor del agua llegando hasta la tosca sin cubrirla. Este río es sordo, sin expresión, parece una gran masa inanimada, es verdad, pero hay algo de grandeza en ser tan absurdamente enorme, una rata del tamaño de un elefante (y tiene un poco el color), mejor no mirar su gris achocolatado, un color que es absolutamente horrible si se empieza a analizar pero que, lo mismo que el río, debe verse así, en bloque, sin compararlo con ninguna noción conocida del color; piensa en todo esto hasta que casi se duerme aplastada, aniquilada por la plancha radical del sol. No dura mucho tiempo esa plácida, deliciosa somnolencia: cerca se oye el estrépito de una canción. No puede ser, pero sí, despierta y mirando hacia abajo por entre los brazos, ve que ya toda la tosca se ha poblado velozmente de otros tantos cadáveres ardidos y requemados como el suyo, el verdadero infierno, la playa sin playa comienza al fin, un camión se ha detenido y bajan uno a uno los miembros de la familia típica. Bonito, para un análisis espectral, el equipo de fútbol del

cuadro uno —¿cómo es posible que todos sean gordos en una familia? —, el padre lleva puesto el pantalón de un pijama a rayas, naturalmente (hasta ahora los argentinos se niegan a reconocer que el pijama es para dormir solamente), y encima la infaltable camiseta, toda la ropa interior exhibida impúdicamente, pero sin duda es aún peor, si puede traspasarse el límite del horror, mucho peor —no hay por qué hacerse ilusiones—, la bata floreada a ramazones de rosas de la mujer y la coronación inaudita, inverosímil, del sombrerito Gath y Chaves sobre la carota hinchada y rubicunda. El niño sale del camión de un salto dificultoso, es de esos gordos fofos que sólo se ven en las películas pero por suerte desaparece, cae entre los juncos, si al menos se ahogara y alguno de esa raza fuera extinguido: falta aún la niña cuya normalidad se ignora porque la tricota la cubre como un sudario, qué locura, con este calor espantoso, pero apenas ha puesto un pie en el estribo el chillido estridente de la madre la paraliza y el —Nélida, ¡no te sacás para nada la tricota!— rompe el aire y comunica un tono desaforado a todo, la tosca, el camión, los juncales. El hombre vuelve a entrar al camión, o mejor dicho, entra a medias y queda en la posición perfecta del puntapié, así, interminable, llenando con el inmenso pijama rayado todo el campo visual, hasta que empiezan a salir y salir utensilios domésticos: sillas plegables, ollas, la pava, el mate, los paquetes de sándwiches, una sombrilla, el colchón de goma para inflar y —¡qué hiciste con la yerba, seguro te la olvidaste, con esa cabeza de chorlo, la culpa es mía por confiar en vos…!— una especie de ronroneo rebuzno sin altibajos, monotonal, mientras el camión llamado «El Lince», sí, asombroso, «El Lince» en grandes letras policromadas con florecitas a los costados, miosotis, exactamente, «El Lince» vomita la cocina entera, los patios, las trastiendas, y la casa se va armando sobre la tosca; sólo faltan las camas y ya está rehecha del todo una casa de barrio porteño, qué asco impúdico, suspira casi tan hondo como tía Esperanza, dobla al fin la cabeza hacia adelante y sale de la fascinación de la mudanza de los otros. Ah, si pudiera concentrarse, hay que ensayar mirando sólo hacia adelante, el mentón sobre las manos cruzadas, mirando fijo hacia el río, y por suerte, ni un solo barquito en la línea del horizonte, sólo el río y nada más que el río, un río como La Pampa, sería bueno llamarlo así, pampa-río, repite una y muchas veces el nombre, lentamente, hasta que la palabra se transforma y adultera, queda «pamparrio», es decir nada, una especie de nombre de compadrito de la Boca, «Pamparrio Pérez», ¿qué tal?, le da risa y regresa a las palabras iniciales, les da vuelta, río-pampa, eso suena precioso y se llena la boca, prolongando el pammm —así, pammm-pa—. Recuerda su capacidad de concentración y se siente feliz porque esto la salva de los paquidermos —siempre la ha salvado —, desde la primera vez que aprendió a concentrarse, hace tres años

cuando hacía el sexto de primaria y entró al grado Nancy, el primer paquidermo, que aprovechaba velozmente los momentos en que salía la maestra para juntar las chicas y contar cosas horribles, incomprensibles, obscenas, y ella, que al principio no entendía nada, de pronto cayó en cuenta y comenzó a mirar fijo un punto de la pared, siempre el mismo, debajo de un mapa del estrecho de Magallanes, pero no hallaba el sistema de concentración porque le dolían los ojos del esfuerzo y continuaba oyendo las palabras inmundas, hasta que comenzó a repetir la fábula de *La Cigale et la Fourmie*, sí, en francés, *la Cigale ayant chanté, tout l'été*, y las é monocordes la salvaron para siempre. Le da tanta risa pensar que algún día llegará a París. Dios sabe cómo, y no sabrá repetir más que eso, *la Cigale ayant chanté, tout l'été,* cuando le pregunten qué quiere comer o dónde va a vivir, pero de todos modos y a pesar de lo insensato de la fábula pudo así sustraerse de la cloaca y aprendió que nada era mejor que ella, ella adentro, y todo lo demás podía ser tragado, deglutido, por los infiernos, como esa familia del camión, por ejemplo. Más bonita, sin embargo, que la *Cigale*, esta nueva concentración de pamparrio, río-pampa. Río pampa de la Plata, y de pronto, ¡oh, maravilloso río!, resplandece el sol, alto como un espejo infinito, ahí te miras, sol, dónde un cristal más puro, ¡oh, maravillosa y horrible Buenos Aires!, y se da vuelta y mira la línea de la ciudad, horizontal y cándida bajo ese cielo enorme, la mira por encima del camión y de los carbonizados en las toscas, por encima de la pava y el mate y de los gorritos de «Gatichaves». La ciudad parece una cinta ligeramente rosada; está bien, en alguna parte hay que vivir y qué culpa tiene de ser achatada y rampante, así son las lagartijas en el libro de zoología y no me parecen feas, no. Hasta da ternura ver cómo rampa tan dulcemente, y nadie deja que desborde el río, el cielo, la pampa, oh, ¡Buenos Aires!, pero no hay que dejarse conmover, ella alimenta su rencor con profundo cuidado, no debe olvidarse lo que fue su infancia en el barrio sur; de lo contrario, todas esas noches que en lugar de rezar como los niños de las películas, decía: «no me olvidaré», «no me olvidaré», habrían sido desperdiciadas, perdidas. Cae en la cuenta de pronto de que su capacidad de concentración viene aún de más lejos, quizás desde la casa de la calle Chacabuco, si a eso podía llamársele casa, una especie de conventillo vergonzante, género híbrido, típico de esa zona, en donde los corredores de los departamentos tienen una pared bajita, que termina en vidrio para que el de arriba y el de abajo se asomen y liquiden su vida privada. Justamente ahí comenzó a comprender que había un refugio en ella misma que la salvaba, cuando la vecina de abajo ponía a todo volumen el fonógrafo con una abominable canción española que aún le resuena adentro, con dolor: «ay, ay, ay, ay, ay, qué trabajos nos manda el señor, levantarse y

volverse a acostar y el día largo y la puesta del sol», y volver a empezar de nuevo hasta que ella, todavía sin cara ni cuerpo, ni nada —nueve o diez años perfectamente olvidados—, hundía con furia creciente la cabeza en la almohada y repetía la regla del cinco, que era la más fácil, hasta llegar a cinco por diez cincuenta y al revés, cada vez más rápidamente. Entonces, al llegar a la concentración perfecta, el silencio se hacía alrededor suyo y poco importaba que sonaran todos los fonógrafos del mundo y hasta que gritara como loco el niño que al fin se murió de meningitis, y podía revisar sus odios:

primero, el casero que venía misteriosamente a hablar con su madre;

segundo, el ferretero que vendió para la hamaca una cuerda podrida y la hamaca, es decir, la tabla que se había trabajosamente enganchado en el dintel del dormitorio, se vino estrepitosamente al suelo con ella, con cuerda y todo;

tercero el disco de ay, ay, ay, ay;

cuarto, el disco de Carlos Gardel que resuena siempre al anochecer y causa una especie de silencio religioso en todo el inquilinato, como si los paquidermos se agazaparan detrás de las paredes bajitas, hostigados por un misterioso, místico, apremiante llamado. Eso ya pasó. Tendrá sumo cuidado en borrar todas las huellas, pero ¿se puede alguna vez borrar todas las huellas, puede desaparecer del todo, hundirse del todo la memoria? Hay que fingir que uno se ha olvidado, ésa es la cosa. De todos modos Gualeguaychú, aunque sea ese deterioro, ese páramo, es una casa y no la de Chacabuco. El mediodía va cayendo escandalosamente sobre la tosca; entonces se da vuelta y asume el sol de frente, el sol a pique, el naufragio del sol; los párpados se defienden, pero es inútil, quedan por dentro llenos de soles reverberantes, aprieta los ojos y puntitos negros, blancos, estallan en la pupila. Ahora todo desapareció, el camión, los cientos de cadáveres sobre las toscas y hasta el río, de espaldas, y la ciudad derramada allá enfrente, no más que ella y el sol, yo y el sol, porque esa euforia total no se ha borrado en mí, no, no, esa invasión absoluta del verano. Un mundo que es sólo brillo, resplandor, fuego fatuo, luz insostenible, adoración solar, rito puro, y se puede llenar de todo pero siempre que se trate de cosas que estallen, llenen el ámbito y caigan, se desplomen; por ejemplo, de centenares, de miles de margaritas de lana blanca, calientes, inocentes margaritas, flotando como una nube transparente entre el sol, sólo el sol, y ella.

II

París era una fiesta
—Hemingway

Todo en la habitación está absolutamente inmóvil.

Gira la vista tan, tan despacio como si la pupila fuera capaz de hacer ruido; pero no es el temor al ruido, no; es que todo ruido genera actividad o sensación de, toda actividad genera calor. Da calor vivir, si el corazón se parara también refrescaría, claro, estúpida, te morirías y tiene que ser con aguacero, como dice Vallejo, «me moriré en París con aguacero, un día cuyo nombre no recuerdo». Alguien escribió una cosa muy cursi que se llamaba *Prohibido morirse en primavera*, Casona, eso es, incomprensible que me gustara *La sirena varada*, claro que todo va junto, la sirena, vereda tropical y mantener un horario para vigilar como una cucaracha todo movimiento del muchacho de enfrente. Eso fue hace mil años y esto es París, treinta grados a la sombra, el último piso del hotel Welcome, siempre el último piso, por supuesto, porque hay que ser impertinentemente romántico a los veinte y ojalá siempre dure, siempre sean veinte magullados años como éstos a causa del colchón de naranjas, algo único, increíble, producto nativo y original de los franceses, rellenar con naranjas los colchones de los peores cuartos de los hoteles de estudiantes ¿para qué? No hay otra explicación que por sevicia, por odio ancestral al desgraciado que no da propina y debe condenarse a arrastrar su sueño entre montículos pétreos, desvelarse de por vida. Al principio no podía comprender qué extraños materiales internos del colchón producían los bultos fatales, imborrables, hasta que al fin poéticamente decidió bautizar los colchones de naranjas y su cuerpo se acomodó, cada vez con mayor pericia, entre montículo y montículo aunque siempre un brazo, el hombro, los riñones quedaban maltrechos y llenos de agujetas al despertar; qué hacer, éste es uno de los precios que se pagan por París y otro el de las *concierges, concierges* así, en francés, como diría un argentino viajado, las *concierges* de París poniendo cara de conocedor en un café de la calle Corrientes y los demás pitucos lo envidiarían profundamente sin saber que las *concierges* es el último reducto de las brujas, las arpías, los seres desdentados, borgianos, goyescos, monstruosos, varias cabezas, múltiples brazos crecidos en las horas de espera; aunque no es justo decir espera sino acecho, porque las *concierges* acechan, relamiéndose al paso de su presa para demostrar que París, contra todo lo que se dice y proclama, es una ciudad casta, la más casta del mundo y que la virtud de las muchachas en flor está precavida ferozmente por las *concierges* que no lo dejarán subir a él, no, no hay el menor peligro salvo que se le dé plata, lo cual es materialmente imposible, o se le administre por dosis estricnina, lo

cual también es impracticable porque las brujas siempre prueban la comida con el gato y por eso tienen los cubiles llenos de pieles de gatos muertos y salen los domingos envueltas en pieles rameadas y espantables, mientras el marido en calzoncillos, posesionado ya del papel de brujo de turno, acecha por la mirilla con la cortina de macramé entreabierta por la mano-garfio con uñas negras.

Comienza a sudar lentamente, y eso por qué, si no ha hecho el menor movimiento, es la angustia de pensar en la *concierge*. Lo de anoche fue inverosímil, apenas eran las doce y cuarto de la noche cuando llegaron ella y Michele, Michele había tomado una copa de más pero qué, nada extraordinario, y tenía ese aire de muchachito cándido con el pelo al rape y la guitarra, durante toda la comida había estado sombría y llegamos así, sin problema, pero la maldición quiere que hayamos perdido la llave, nos miramos pálidas y a golpear, qué remedio, largo rato, cada vez más fuerte, hasta que al fin sale la cabeza del monstruo desenroscando su lengua bífida y lanza un —no se abre a esta hora—, quedamos demudadas y Michele de pronto se transfigura, patea la puerta como una loca gritando —¡*la garce, la garce!*—, pero bien podríamos derrumbarla, adentro no se oye ni un suspiro, Michele está a punto de llorar, buscamos piedras para darle a la ventana de Roberto que queda en el tercer piso, de los buenos cuartos con baño y no las repugnantes buhardillas nuestras, todo está oscuro hasta que Michele recuerda que vio a Roberto comiendo en el Deux Magots, pero yo prefiero esperar, ella sale a la carrera con su guitarra, la calle se desocupa y vacía súbitamente, como un huevo.

La calle toma ese aire secreto, lustroso, hermético, que tanto ama. Se sienta en el cordón de la vereda y el empedrado, ligeramente tierno y redondo, le queda tan a la mano como para tocarlo. Eso fue lo primero que le gustó de París, ese empedrado noble y cóncavo, que va ajustando la calle como un abanico, se empluma, se parece a las tumbas italianas o a las baldosas del Duomo de Pisa, se colorea, pasa de ser gris metálico al azulado de los bordes, a veces se desvanece en morados, en arabescos, ¡oh!, la calle de verdad, la calle que intuía mientras se le pegaban los tacos de los mocasines en el asfalto de Buenos Aires y enseguida las paredes de las casas detrás de las cuales puede pasar todo, la casa convertida en un misterio, al fin, la intimidad, la vida privada, no hay esquema que sirva a pesar de las fotos de Colette en un cuarto barroco, inverosímilmente cubierto de cosas, de retratos, de plumas, de bolas de cristal, de gatos, de carpetas de *pelouche*, de cortinados, a pesar de Vuillard y de Bonnard estos cuartos permiten todos los descubrimientos sin perder en nada su clima único, imponderable, de cuarto donde se vive, se ama y se muere, de cuarto donde el hombre puede reclamar pasados e imaginarse cualquier futuro, ellos lograron hacer eso, aunque sean

detestables, y lo son como nadie, y lo más seguro es que vivan en esos cuartos como liendres, como parásitos sucios y que no se bañen, ¡pero dios!, eso es algo para vivir y no las piezas de Buenos Aires con muebles provenzales perfectamente grotescos. Los faroles caen sobre la calle, no la iluminan, la lamen, todo París es voluptuoso y sórdido, hay una energía amorosa desvelada pero quién sabe para dónde y para qué, más que una energía es la naturalidad del amor, o el oficio, el acto del amor es aquí como las bolas de cristal o los gatos de Colette, se van acumulando porque sí, sin verdadera fruición, pierden su carácter compulsivo y único, hacer el amor es como abrir una lata de espárragos, o más fácil, cuesta aún menos, acabaron con el mito pero recalentaron la ciudad, la intoxicaron de actos amorosos sin gloria. Densa y turbia, salpicada de esperma por todos lados, va subiéndole una náusea incoercible al acordarse de la primera vez que subió al metro y durante catorce estaciones —las contó, las contaba cada vez con más creciente angustia—, un muchacho y una chica se masticaban y entredevoraban con gemidos entrecortados de ahogados, de náufragos de un deseo mutilado, mientras una vieja con sombrero de felpa negro pegada a ellos, metida en las costillas del tipo, leía con la mayor indiferencia *L'humanité* y nadie, nadie le ponía atención a la masacre impúdica, pero ya se habituó, ya sabe que la coraza es ser *blasé* y *canaille*, o al menos aparentarlo para que sus compañeros no se mueran de risa de ella en la mesa del *auberge* donde la camarera arroja el plato desde lejos con el mismo gesto, idéntico, que el discóbolo de mirón, y alguien, aquella vez, un francés, claro, un asqueroso, preguntó mientras engullía la morcilla si ella era virgen y los demás, todo el *auberge* o quizás todo el mundo, al menos —le parecía infinitamente inmisericorde y gigantesca la audiencia—, miraba con sorna y ella ensayó su primera mueca *canaille*, pero casi estuvo a punto de levantarse a vomitar sin que el milagro se produjera. ¡Oh!, no hay milagros en París. París es una ciudad atea, porque el milagro era que un rayo fulminara al asqueroso y a toda su raza, desde los merovingios en adelante.

El rayo de San Pablo; la luz bajando por el lomo del caballo de Caravaggio, bajando como una onda, rauda coda, abanico perlado cubriendo el caballo como un manto, bandera, oropel de luz desplegada, arrasando los brazos y las manos atónitas de San Pablo. El cuadro recordado creó una estación de luz en la calle. Pero el resplandor cesa, el espejismo, y la calle vuelve a ser eso lustroso y gris y espesamente cálido, el reverso, o mejor dicho, el negativo de Utrillo; un negativo que es verdad, esto es París, la calle descarnada, despellejada por la noche, la plaza de Furstenberg con los faroles iluminados, París es así de verdad, sin la plaga de los franceses, sin un sol demasiado claro para esta vida perturbadora y misteriosa, París es

nerval ahorcado, es este gris bituminoso, es esta discordia del alma que crece irresistiblemente sola, pero ¿cómo estar solo, cómo?, París sólo es de los suicidas, y Michele no llega. No es aquélla, aquélla es una mujer secreta que vive en el cuarto, todas tienen pelo de Colette, de estopa, una croquiñol teñida de rojo, a todas les queda el pelo ralo, el pelo no les pertenece, se ríe por dentro imaginándose a las mujeres de París revolviendo en las tumbas del cementerio para arrancar las pelucas de las otras muertas; eso es, exactamente, un pelo muerto y el suyo está bien bonito, entre otras cosas, Michele se lo cortó empeñosamente como el de ella, parecen dos muchachitos con los *blue jeans* y esos flecos sobre la frente, con un éxito loco, por supuesto, al menos ella que ha aprendido a ver y desencadenar las caras de admiración y de deseo y se divierte con ese deporte baratísimo. Michele es más impenetrable, nada la conmueve, su estratagema de tenderse boca abajo en la orilla del Sena y echar hojitas a navegar le pareció a Michele idiota, vio la reprobación cerrada en su rostro cuando los estudiantes se acercaron y siguieron el juego, claro que después el helado se lo comió, bien que se lo comió y con deleite, porque ni una ni otra habían tenido cinco para almorzar; pero después que ellos se fueron y comenzó a explicarle que el juego era como todos los otros una prueba de poder, un carearse de ella misma con su propia seguridad, con un sentido nuevo y creciente de dominio, Michele sacó despectivamente el labio inferior y se puso a silbar, máxima forma de su desprecio. En fin, algo falla, no puede seguir estudiando el problema porque la mujer del pelo de estopa ya está en la puerta y le pregunta si quiere entrar, claro que quiere, anhela con fruición el colchón de naranjas, total, Michele desapareció, entra con el monstruo semicalvo y va detrás de ella, mansamente, el cerebro lavado y cansado, por la escalera de caracol. En el cuarto se despide. Del cuarto al séptimo, la escalera se va volviendo como el pelo de la mujer; el tapete ralea, pierde los bordes, desaparecen las varillas de bronce y las tachuelas, al final, son reemplazados por clavos feroces de cabeza negra. Cada vez que sube, cada vez en este mismo tramo acaricia la idea de la buhardilla, la defiende de su propia ira creciente. Su parte razonable repite que lo mismo cuesta la buhardilla que el piso quinto y que el piso quinto tiene techo normal y mejor cama, amén de una chimenea con repisa de mármol y espejo casi visible. Pero su parte bohemia ronronea como un crujir de gargantas de palomas; bello el techo inclinado, bella la ventanita que otea de mansarda en mansarda, bello estar al final, en la cúspide, en los techos; todo por culpa de una ilustración idiota, gruñe su parte razonable, todo por culpa de ese cromo bastante infecto de Mimí muriendo de tisis en una mansarda por donde se recortaban los techos apizarrados y las chimeneas de París. Y qué tiene de… pero ya abre la

puerta, entra, enciende la luz para convencerse, y una oleada de calor encerrado la tumba; el techo bajo parece una lápida asfixiante, la cama se achaparra contra las paredes declinantes, corre a la ventana, la abre de par en par, todo lo que puede abrirse una ventana minúscula incrustada en la pizarra deslizada, y llega como una bocanada hasta ella ese rumor lejano, ese gotear lento, estremecedor, como el hálito de otro mundo perdido donde se amasan gemidos, sollozos ahogados y pitos de automóviles. Lo absorbe con fruición. Abre la boca, se traga la ciudad, es su oxígeno. Reconfortada, regresa al camastro y se desviste como una sonámbula.

A la hora o al siglo de dormir un sueño atormentado por el calor bajo y los montículos agresivos del colchón, sucedió la catástrofe. La despertó primero el ruido, el ruido de algo que se arrastrara y cayera. Se arrastraba, levantaba y caía algo, en la oscuridad. ¿De su propia pieza? Tuvo de pronto miedo, el corazón aceleró brutalmente. Sudaba en silencio, un sudor rápido, como una llovizna rompiendo la piel, quebrando su calor armónico y parejo entre las naranjas imaginarias. No, no era en el cuarto, más allá, dónde, en la escalera. Se incorporó sobre el codo y la sábana resbaló por el hombro desnudo. Le pareció que la miraban agazapados en la oscuridad, se tapó rápidamente con la sábana. El ruido se hizo más perceptible. Alguien subía la escalera, varios, dos. Alguien se sentaba, se caía, y el otro lo arrastraba, no era un ruido estrepitoso, cómo se hubiera podido con la *concierge*, era algo que se intentaba sofocar y al apagarse terminaba en un jadeo, en una pugna. Hasta que oyó las palabras delineadas, nítidas, como si alguien se empeñara en escribirlas en el renglón de la noche, letra a letra, palabra a palabra: —*je-suis-les-bienne*—, una voz de mujer, la voz de M¡chele. Y el hombre, quién, ¡ah!, la voz de Roberto, aplastando la de Michele, ahogándola —*mais oui, tu est, et alors, mais oui, tu est, vas*—, y Michele, Roberto arrastraba el Michele, sheeele, largo, largo, con la fruición de los latinoamericanos —*Alors Michele, sois sage Michele*—, interminablemente. Le pareció que Roberto se reía sordamente, que la voz era bajamente, abyectamente divertida, jubilosa. Ya la voz rota, angustiada, de Michele repitiendo únicamente eso, más alto, más bajo, controlada por la salmodia de Roberto: —*je suis lesbienne.*

Temblando con la sábana al cuello, ella respira dolorosamente en la oscuridad.

¿Dolorosamente por qué? No lo sabe, es un dolor más allá de todo raciocinio, trata de pensar en las canciones de Bilitis que fue el tema de monografía en tercer año de filosofía y letras; ella lo estudió con una amiga, se encarnizaron sobre el problema de la falsedad de los textos, brillante exposición sobre su carácter apócrifo, sus compañeras se reían porque ¿qué tal le iba con Delia y las canciones de Bilitis?; ¡oh!, su capacidad para no entender es infinita, y seguirá siéndolo, tal

vez, aunque todo está claro, perfectamente claro, en la comprensión inteligente del problema. Desencasilla a Safo, la extiende meticulosamente sobre las naranjas, ¡oh!, amor, ardiente amiga, tráeme el aceite y los higos, pero no reconoce en ella ningún movimiento lúbrico, nada; baja casta por la isla de Lesbos, despliega los manteles de pinos que se desanudan en el acantilado; el mar y los pinos la marean, gira espléndida, rosa, naturaleza. Y Safo, formidable poetisa, mucho mejor que los hombres, por supuesto, pero con su mala memoria no da con nada más que la única estrofa del único verso, del único Neruda que recordará siempre, me gustas cuando callas porque estás como ausente. El dolor de Michele entonces, de su guitarra absurda, de sus tijeritas de uñas cortándole el pelo, y sobre todo eso, de no entender porque es un dolor, sino siempre la misma pertinaz, obstinada, estúpida sensación de caer en una ciénaga, patalear, me hundo, pura película de vaqueros, pero de los malos vaqueros en que al fin no se ve sino una mano, todo se va hundiendo, lentamente, mientras en la orilla los paquidermos sonríen y les crecen las bocas y los dientes en ancho, largo y espesor; claro, el pantano está formado por esas babas, viscosas, lenguas, serpentinas que salen de las bocazas de los paquidermos. Pero no es ella sola la que se hunde, no, también está Michele con su bello rostro de muchachito enfurruñado, el labio interior despectivo y silba, silba la canción que ambas tararean en la guitarra cuando el calor arrecia y no se aguantan más que las baldosas del piso bajo la piel y los bikinis que se hicieron exactamente con medio de tela verde a puntitos blancos; *allons dans le bois ma mignonette, allons dans le bois du roi, nous recueillerons*, y al Hegar a ese punto le dan ganas de gritar, pero no es ella que grita, es Michele gritando verdaderamente como una loca desaforada —*je suis lesbienne*— y en un momento revienta el peor y más funesto de los estrépitos, las puertas se abren, todos gritan, la mujer semicalva en bata de peluche con treinta grados a la sombra blande un puño, un hombre en pijama se retuerce de risa, sube el obús impelido por la extraña, incontenible ira justiciera, y ella baja con un camisón de florecitas que se puso no sabe en qué relámpago, ayuda a Roberto a arrastrar a Michele que se debate, la meten en su buhardilla y cierran la puerta dejando al enemigo frustrado, al obús maldiciendo tras la puerta, oh, Michele rendida, bañada en lágrimas, en la más lamentable borrachera en tanto que Roberto sentado en el borde de la cama pulcra de Michele se dobla de la risa, el puerco, le dan tentaciones irrefrenables de abofetearlo, pero da igual, Michele cae en la cama como un peso muerto y su carita de niño se compone.

Pero todo se ha roto, algo cruje en el aire como patitas de alimaña y borda trampas resbalosas. Al salir con Roberto ve el oso de Michele, oso amarillo de felpa y lo patea brutalmente. Quisiera romper los

manteles de pinos, desgarrarlos de arriba abajo, para que se desplome esa estafa cándida verde sobre el mar y perezosa, que perezca Safo y sus uvas monstruosas, o que crezcan las uvas y rueden por las escaleras, tumulto incontenible, para matar, aplastar, masacrar al innoble obús de la portería. Roberto forcejea en su puerta, con la cara peor, la que baja los párpados y los va doblando sobre la cara, la cara de la lascivia —no serás tú también, ¿no?—, hasta que ella lo empuja y por fin se libra de él. No ha dicho una sola palabra, está sudando, el camisón de florecitas se le pega al cuerpo y se siente desnuda. Noche agria y dura, París destila su baba corruptora, pero tal vez esto sea la belleza, este dolor sea la vida, o tal vez sea el signo para combatir hasta el alba, cuerpo a cuerpo, boca a boca, ojo a ojo, mano a mano, vientre a vientre, pecho a pecho, lengua a lengua, con el ángel.

Tiene hambre. Da un salto y sale del colchón de naranjas para ponerse su bikini verde.

París se había vaciado lentamente, hasta el extremo de arrancarse también de encima los turistas yanquis. Parecía que la ciudad no soportara más gentes, más cosas; que no quisiera más que desocuparse bajo el calor tórrido, constante, y estirar a comodidad sus calles, limpiarlas de la maleza humana, de un ir y venir desatentado que la seguía acalorando. Un verano es lo más semejante a una guerra, acaba con la vida de la ciudad, la reduce a su esqueleto y forma visible pero es entonces cuando la ciudad resplandece sin el elemento perturbador, el hombre, y puede definirse a su antojo, mostrarse tal cual es, salvar sus parques y sus plazas del trajín hasta que las cosas titilan como astros, las cosas faroles, muros, escaleras, los avisos tenebrosos de *charcuterie-cheval*, los tachos de basura, las alcachofas y los espárragos extendidos en los mostradores callejeros, todo brilla, el macramé de las cortinitas se vuelve plateado o transparente, la grasa de hollín depositada en los recovecos subraya cada cornisa con un valor insólito, hay un afianzamiento plural, múltiple, de los elementos normalmente indeterminados, distraídos, de la ciudad. En verano todas las calles de París parecen cambiar de rumbo y escoger un destino común; desembocar en el Sena.

Las calles piafan sordamente, se tuercen como crines de caballo y allá caen, dóciles, flameantes crines sedientas. Ese cauce de agua convoca la ciudad y le modifica su destino lineal, su imperio austero y firme de cemento; todo tiene aspecto o aspiración de orilla, vocación, en todo caso, y la gente, la poca y valiente gente que se quedó en París cae irremediablemente en el cauce, resbala: hacia allá como por un tobogán hasta que el cordaje espeso y sinuoso de los árboles del Sena le advierte una vez más que está alcanzando la máxima curva de las vacaciones, que hay un cielo irritado —azul de vacaciones, que hay un caminar desarticulado de vacaciones, que París declinó el cetro

y lo desmenuzó sobre el Sena y por ahí corren las partículas de oro de la corona.

Bajó de dos en dos, a saltos pero sin ruido, porque no quería que Michele supiera que se iba a la piscina. El hotel Wel-come estaba callado, resentido aún por el escándalo, sin duda, y tampoco había nadie en la mirilla de la portería. Afuera la ola de calor la abatió un instante, pero el sol caía a plomo sobre la calle y hubiera sido necesario treparse a las paredes y meterse de nuevo en las casas para encontrar un poco de sombra. Pensó mentalmente en los árboles pero por ahí no había más que tiendas de víveres y las galerías de arte de la *rué* Bonaparte, rigurosamente cerradas por supuesto y nada más que la plaza Furstenberg, de todos modos era el primer oasis. Caminó rápidamente atravesando las calles despobladas mientras los árboles de la plaza le iban creciendo en la memoria. La fronda memoriosa resultó al fin mayor, más opulenta que la real; los árboles verdaderos le parecieron mezquinos y de todos modos el sol se filtraba entre las hojas como por una lupa y caía pulverizado, pero ardiente bajo las ramas. Enfrente la fachada de la casa de Delacroix se resecaba al sol como un cuero, despojada de su encanto y su misterio.

Sí, en verano no habría que salir en París más que de noche, pero se acordó del Sena y apresuró el paso. Al desembocar al final de la *rue* Bonaparte la guirnalda verde, el festón, bordado clamoroso sobre un cielo terso de espejo, coronó su carrera. El Sena corría dulcemente, sembrado de hojas de álamos, barcos infinitos, inútiles, diseminados por el cauce que parece ir, sólo ir hasta que en alguna parte se desocupe y se seque, no, sería horrible, con agua gruesa y leve al tiempo es el único paraíso que nos queda a los pobres de París, a los que no tenemos ni siquiera los francos para el pasaje a Saint-Germain *aux-ro¡s*, donde está la venus aurignaciana con su escandalosa esteatopigia desafiando cualquier belleza renacentista y bendiciendo con sus monstruosos redondeles cualquier acto de Picasso; y más allá del museo absurdo lleno de piedras valiosísimas que no sirven para nada, sería divertido usarlas como tejo para que el conservador del museo que debe tener barba entrecana en punta muriera de un infarto, después, digo, comienza la reja dorada de Saint-Germain y aunque el parque esté todo lleno de vivacs innobles de franceses que llevaron sus *baguettes* llenas de mortadela y la botella de cerveza y persisten en no bañarse y en no quitarse los pantalones de corderoy o pana lisa porque así es la cosa y no se puede perder el estilo ni siquiera con treinta grados a la sombra; a pesar de todo siempre parece que uno entra en el jardín real y que Luis xv está esperándolo; así será por los siglos de los siglos, amén, todo árbol de Saint Germán debe estar pintado por Fragonard y deshacerse en el cielo como un plumón voluptuoso, y todo grupo bajo los árboles debe,

obligatoriamente, tocar los laudes de Watteau aunque lo que empuñe sea una cerveza marcada, y esta transformación es obligatoria, irreversible; quien diga lo contrario miente, miente de manera canalla sobre un prado que no puede, no se hollará jamás aunque en apariencia lo cubran de cajetillas vacías de Gauloises. Porque ¿qué es la vida más que un preservar constante de las imágenes?, ¿cómo se podría vivir, cómo, sin el poder de metamorfosis?

Por ejemplo, el Sena no es un río, es una plaza, las márgenes no son de dura piedra sino eso, arena, blanca, dorada, kilómetros de arena como un polvo, paredes duras, y cada vez, es claro, avanza más contenta hacia ese cálido, refrescante paisaje. La *péniche* está anclada en una margen del Sena, enfrente y más allá flotan otras grandes planchadas bamboleantes, atraviesa de un salto la pasarela y entra en el barco anclado; quien, acaso, puede impedir que en la imaginación camine y remonte el río como un hipopótamo, no, mejor la ballena de Jonás, llena de gente en este caso acompañando a Jonás, y que desemboque por ahí en el Havre, puede ser ahí porque es el único puerto que conoce del norte, aunque sería más bello que el Sena desembocara en el sur, cerca de Niza, y ahí de verdad el mar, cerca de donde vive Matisse en su casa alta y blanca, toda blanca y alta de cristales, alta de blanco, alta de hojas de papeles pegados de colores, alta de fingidos vitrales lilas y verdes, Matisse no vive, se muere, pero entre flores de papel que no es lo mismo, se muere dibujando que no es un morir corriente; sin embargo no importa ni nadie tiene derecho a morirse en este día, frente suyo aparece la piscina y mil personas somnoleando al borde o pataleando dentro. Así, de golpe, hay que reconocer que no es un espectáculo muy edificante, pero ya está en bikini y por cierto que la miran, lo cual en París no deja de ser una proeza, está todo Saint-Germain-des-Prés agonizando bajo el sol, los nocturnos convertidos en camaleones, las rubias de pelo largo convertidas en lagartijas, todos semidesnudos o francamente desnudos; algo no va bien en esa desnudez, son los barbudos, francamente impúdico un hombre con barba y bikini, jamás, jamás lo aceptaría el Greco, se muere de risa pensando en el hombre con la mano en el pecho y s//p, qué horror, pero también Florián estará así, de modo que a liquidar el sentido crítico y la burla porque todo lo de Florián es perfecto, y lo busca entre cientos de cuerpos y al fin da con él, leyendo, claro, entonces atraviesa la maleza de hombres y piernas, alguien se ríe, alguien quiere apresarle un tobillo, llega.

Florián apenas saluda; ella se acuesta a su lado trabajosamente haciéndose campo al lado de una muchacha rubia o literalmente empotrada a ella porque de todos modos, de todos modos, de todos modos tiene que quedar al lado de Florián. El gruñe algo incomprensible y empieza a retorcerle metódicamente una mano, es

algo particular y por supuesto no tiene nada que ver, ni remotamente, con una caricia. Pero siempre fue así, zarpazos o abrazos mortales, distraídos, lo que se podría hacer sin inconvenientes con un perro dócil o con un oso de trapo. Siempre, desde que lo conoció en la calle Tucumán, donde tenía el estudio de arquitectura, o algo que parecía ser un estudio aunque no hacían más que oír música y leer y discutir infinitamente sobre libros y revistas, y de vez en cuando se sentaban en los taburetes altos y fingían mirar un plano pero enseguida se morían de aburrimiento y volvían a hablar, a discutir, entraban y salían como si la inteligencia no les permitiera quedarse quietos en un sitio.

La oficina de la revista estaba en un costado, detrás del supuesto estudio y cuando ella llegó aprendió a conocer todos los pasos que iban y venían en una desazón creciente; era su primer trabajo y no comprendía bien por qué tenía que estar las horas en la oficina cuando en realidad no había nada que hacer, nada más que cobrar un sueldo mensual, para poder irse a Europa apenas tuviera lo del pasaje. Al principio se moría de ganas de salir y hablar con ellos pero ni siquiera la determinaban o peor, aparecían de vez en cuando por la puerta entreabierta con una cara de burla fenomenal, dándose cuenta claramente de que estaba allí sin hacer nada, pero no eran ofensivos, sino al contrario, cada vez más nítidamente reflejaban risa y ternura por los quince años que aparentaba aunque ya estaba llegando a los veinte, sin embargo un día se atrevió a quedarse un momento hojeando una revista que estaba sobre la primera mesa de dibujante, aunque no veía lo que hojeaba por los latidos del corazón, siempre superiores a los del cuento de Poe del tipo que entierran bajo el piso, qué horror, hasta que Florián la advirtió y empezó a reírse de ella pero enseguida se rehízo y comenzó a mostrarle con cara muy seria, de padre, más revistas y más libros, y ella fue ingresando así, lentamente, a un mundo cuyos detalles la seducían y la embriagaban y al que en su inocencia identificó no sólo con el espíritu sino con la elegancia y el refinamiento; los arquitectos remplazaban con ventaja a los escritores y a los filósofos, es decir, eran los primeros capaces de corporeizarse, de volverse una imagen tangible, era la casa habitual, fatalmente desmantelada, que se llenaba de detalles, como los sacos de pana o de terciopelo *cotelé*, blandito, que usaban en el invierno, y las gabardinas blandas, ligeramente sucias, los fulares de seda, todo doblado y caído, o las camisas de color palo de rosa, de tela de hilo, y los zapatos de gamuza, desarmados, desarticulados, con medias de lana gruesa, y la revista *Domus*, que es al principio de la carrera, porque ya luego las suscripciones van para *Du* o *Cimaise*, y hay sonrisas perdonavidas para el que se suscribe a *l'oeil*.

Y frente a qué cosas hay que quedar en éxtasis, no sólo ante el arte

moderno, y en ese aspecto hay que ir con gran cuidado porque la menor falla puede suscitar una oleada de misericordia, sino ante lo que aparentemente y según toda lógica no tiene absolutamente nada que ver, como por ejemplo los arquitectos neoclásicos de principios de siglo, extasiarse ante el Art Nouveau y hablar de algunos *collages* precisos de Switters, no se trata de frases ni tampoco de actos de pedantería, sino que en la infinita negligencia que viene del infinito conocimiento, de trajinar esta senda del arte como quien juega fútbol, igual, con la misma naturalidad, y maravillarse de poca cosa, porque hay que recibir los patrimonios como si uno hubiera nacido bajo ese cuerno de la abundancia, tampoco exagerando la posición *blasé*, claro, en fin, es exactamente la posición justa la que se busca, ni un centímetro más ni uno menos, refrenando esa cosa fatal adolescente de que de pronto y sin motivo todo es sensacional, maravilloso y dan ganas de treparse a la punta de los árboles, pero de todas maneras los impulsos salen y todos se mueren de la risa de ella, inocente, frágil, aturdida, atenta a este nuevo mundo y poniendo cara de *blasé* sin serlo,

y las lámparas, el detalle de las lámparas que nunca, jamás, *never*, puede fallar en un arquitecto, se trate de los canastos invertidos o los mejores Noguchis,

y las botellas, otro elemento forzoso, impostergable, desde la botellona damajuana enorme, con una pepa de aguacate que ha dado hojas que van resbalando por la panza de la botella, hasta las piezas danesas,

y el olor especial, aroma de hojas de Cansón, puntas de lápices y Jean Marie Fariña pero la buena, no la colonia neutralizada que se hace en nuestros países, no,

y los libros que se van dejando sobre las mesas, libros de verdad, en ediciones normales y no aquella bazofia incalificable del *Leoplán,*

y la música, no en la manera caótica y aluvional en que ella la recibió, música porque sí, porque había dos boletos gratis no se acuerda por qué extraño motivo para la galería, o gallinero, del teatro Colón, y entonces oyó todo lo que había en este mundo, y series enteras de ópera alemana interpretada por la Kirsten Flagstad bajo la mano de Furtwángler, o cualquier cosa, lo que fuere, más oyendo la música como una salida de barcos por el puerto, un navegar desconocido, infantil y pura catarsis, que la música en sí, hecho ponderable y analizable; en cambio ahora debe dividir una sinfonía y aprender los opus porque si no quedará como una bestia, diciendo por ejemplo que la novena de Beethoven es el llamado a la puerta y otras idioteces anecdóticas por el estilo, cuando donde hay que morir y renacer es en los cuartetos y no en todos sino en alguno especial y torcerse de risa interna cuando alguien habla de música brillante

porque lo dodecafónico, etc.

Florián era eso, el mundo nuevo, bajo todo aspecto; sin descartar, sino al contrario, el aspecto del amor, donde se marcaba la más radical diferencia entre los muchachos de su edad que ella había conocido y algunos de la playa cuando ya empezó a tener un raro, inesperado, insólito éxito pero todos terminaban en lo mismo, en una especie de requerimiento plañidero, se pegaban, se torcían como babosas y ella después de comprobar y ejercer su dominio sentía piedad y asco por esas criaturas sub, sometidas, hasta que apareció Florián y se asomó por la puerta de la oficina diciendo sin mirarla —¿usted es así o está quemada?— y se quedó un segundo con los ojos verdes clavados en el vacío, hasta que se fue y se oyó afuera en el corredor una incontenible carcajada, mientras ella sentía que el rubor y la rabia juntos le quemaban las mejillas porque estaba exactamente de color terracota, o peor, después de dos semanas de rigurosa exposición al sol, con un blanco de ojo crecido y enorme, único elemento visible en su cara, y el idiota preguntaba si era ella así de naturaleza, es decir, africana o zulú, lo hubiera abofeteado.

Desde entonces, siempre era así, ni más ni menos. Palabras, frases sueltas, ingeniosas, y progresivamente se volvió el juguete de los tres, Florián, Peter y Angela, el ratón de los gatos, hasta que le machucaban los dedos, o la alzaban mientras ella se debatía inútilmente, los juegos más locos e inocentes, un descargar energía, un entrar en la vida de las ¡das y venidas, de las palabras a medio decir, de la intensidad del pensamiento, siempre afinándose y contestando cada vez más exactamente lo que se debe contestar, la hicieron al fin, igual que a la florista de Pigmalión, pero aún más heroico, porque hay que ver lo que es venir de la calle Chacabuco y de Gualeguaychú y de ese caos, de ese caos, de ese embudo formado por miles de «leoplanes», entonces, ya.

Como diría Florián, que escribe poesía, la más bella del mundo, claro, y dice «el amigo llegaba, pero», o sea el ir y venir joyceano, que a ella le parece como si Florián hubiera descubierto el misterio y la potencia de cada palabra.

Siempre pensó en ir a Europa, pero desde que entró en aquella oficina se propuso ir con ellos y así fue, siempre, siempre, hace lo que se propone y sin tener cómo, sólo a fuerza de concentrada, desesperada voluntad, así subió al *leggero*, un barco inconcebible que hacía la carrera de Buenos Aires a Génova, subió con el pasaje y una valijita que daba vergüenza, pero Florián y Angela y Peter estaban en el muelle con otros que amigos y compañeros que corrían cuando el barco desamarró y ellos bajaron dejándole escrito en el espejo de su camarote *bon voyage* con el *rouge* de Angela y ella se dio perfectamente cuenta de que había hecho el viaje para adelantarse a

Florián y dominar la situación cuando él llegara, cosa que ocurrió así, exactamente, porque dos meses después cuando Florián y Peter desembarcaron en la Stazione Termini ella parecía una romana envuelta en un capote con *pelliccia* que había pedido prestado a una compañera de la pensión de la Suore Ravasco y disimulaba bien su hambre y su flacura, hablaba italiano sin acento y dirigió la operación de las maletas con verdadera maestría apartando a los muchachos que ya llevaban la valija especial para robar las que estaban depositadas en el andén de la estación; en fin, Florián por vez primera en su vida desarrolló todo su asombro y su admiración como una bandera, no cesaba de mirarla y maravillarse hasta que al fin le dio una especie de risa loca y se sentó en una maleta para reírse más a gusto, pero ella no se molestó en lo más mínimo porque sentía la admiración y la ternura que había bajo la risa y hasta se sonrió condescendiente. Situación dominada. Al menos lo creyó por un momento y es cierto que en las interminables caminatas por Roma y luego Florencia las cosas ya eran de igual a igual, no de gato a ratón, aunque Florián se pusiera serio y distante para explicarle con condescendencia afectuosa los planos de Bernini para Sant'Andrea della Valle. Daba igual, el impacto había surtido su efecto y de pronto Florián sé quedaba mirándola o la empujaba contra los marcos opulentos de rosas de la escalera de Piazza di Spagna o la aplastaba contra los pinos del Pincio y por un segundo que le parecía un siglo la examinaba con una seriedad casi dolorosa aunque ya estaba de nuevo caminando y tarareaba cualquier cosa mientras ella se salía del marco floral sacudiéndose ramitas de pino. En París repitió el mismo truco; la cuestión era precederlo y deslumbrarlo, pero ya no fue lo mismo, no hay acto que se repita, Heráclito.

No fue lo mismo porque el día que llegaron a la Gare de Lyon, París estaba especialmente sombrío, amortajado por ese gris terrible como un sudario que cae de pronto en el otoño y vela la ciudad, la opaca; París es una fiesta, dice Hemingway, pero habría que aclarar en qué estación, porque en invierno es un funeral lleno de cafés donde velan cadáveres. Todo era siniestro viniendo de Italia y fue difícil reponerse de la brutalidad húmeda de los changadores hoscos o vociferantes y ella se desanimó y también los demás hasta que entraron todos furiosos en un taxi, pero de repente Florián dijo no más —pellizquémonos, estamos en París— y mandaron las valijas solas al hotel y se bajaron aunque el taxista protestó como un energúmeno y comenzaron primero a caminar, luego a correr, corrieron, caminaron y se sentaron, esto durante horas, redescubriendo París a gritos, a lágrimas, a abrazos, ella y Florián exactamente como locos, aunque Peter no cambió su ceño adusto en ningún momento y miraba los Champs Elysées con el mismo asco que si tuviera enfrente a la 9 de

Julio; hasta que de pronto y sin transición alguna ese profundo e irrevocable escepticismo se cambió en un grito de felicidad y su cara se despejó con una profunda sonrisa de satisfacción frente a la vitrina de una farmacia que tenía seguramente desde la época de Napoleón tres frascos inmensos cada uno con un líquido de distinto color; todavía se ríe al acordarse de cómo ella y Florián la emprendieron a golpes con el idiota de Peter, cómo es posible que desdeñara Notre Dame y los jardines fugaces de la Île-de-France y el cretino se para boquiabierto ante unos macro-frascos, absurdos, en una farmacia negruzca y maloliente.

Tan bello fue el reencuentro, tan increíblemente bello, decían en frases entrecortadas y se paraban a respirar como si el aire les faltara o quisieran tragarse, absorber, respirar todo París como un balón de oxígeno. Así fueron las cosas.

Seguramente Florián se ha dormido al lado de ella, al menos no hace ninguna señal de vida y como está con la cara para el otro lado no le ve sino el cuerpo largo y dorado, pero ya se da vuelta y gruñe y sigue dormitando con la mano apoyada en un libro, no alcanza a distinguir el título, la cara le quedó frente a su cara aunque no tuvo ninguna intención, jamás la tiene, y duerme como si estuviera a kilómetros de ella; no puede analizar la cara, la tiene demasiado cerca y sólo ve la barba que se ha dejado al llegar a París, alguien pasa cerca y ya están las piernas bronceadas por encima, es Michele. A saltos sobre los cuerpos tendidos, llega al borde de la piscina y se zambulle en redondo, como un delfín. Trata de replantearse el caso Michele pero nada es posible con ese calor, ese aturdimiento; se pone de espaldas sobre las planchas ardientes de la *péniche* y ve el verde escuálido de los árboles del Sena recortándose contra el cielo. El cielo fulminado, el cielo ígneo, el cielo candente, el cielo absoluto del verano. Alguien chorrea a su lado, gruesas gotas le salpican la cara y el pecho; Michele se ríe de su furia, se ríe bajo, despacio, como si nada hubiera pasado en este mundo. ¿Y qué ha pasado? Nada, ¡absolutamente nada! —¿Vienes? —dice Michele—, conseguí la plata para dos sándwiches—. Y ella se va pasando y pisando de paso a Florián, con el corazón descargado de todo peso y de toda culpa, porque nada ha pasado en este mundo.

Durante varios días no vio a Florián, estaba haciendo una investigación en Saint-Germain-en-Laye, al menos eso dijo, en todo caso se fue bruscamente y sin despedirse. París quedó así, de repente, real y absolutamente vacío y el calor asumió proporciones espantables.

Hasta las siete de la tarde era imposible salir del cuarto donde permanecía en bikini acostada sobre las losas frescas, leyendo, dormitando, pero la mayor parte del tiempo anonadada por esa espera

pareja, apabullante. Michele se consiguió un amigo para ir hasta Niza en el fin de semana pero algo debió de quebrarse en el plan porque volvió sombría y de vez en cuando se oía, desganado y rápidamente muerto, el rasgueo de su guitarra. Roberto también estaba en el mar y la *concierge* desapareció, que era como decir que todos los factores de amistad, poder y represión hubieran naufragado en una especie de ardoroso cataclismo y la vida perdiera la noción misma de sus desgracias y placeres. En ese verano letal, que no era la aventura sino la muerte, le pareció que una idea se abría trabajosa pero duramente paso en ella, la de que Florián seguía jugando con ella al gato y al ratón y además con el agravante de que lo hacía porque el ratón estaba a mano o, mejor dicho, siempre se le ponía por delante.

Sin embargo, cada vez que se sentía llegar a un punto, el sitio misterioso donde alguien abría una puerta y mostraba, el umbral de la revelación, la puerta estrecha, algo interfería, se abría un desierto, una playa, en la memoria; agotada, se iba hasta el lavabo para meter la cabeza debajo del agua, se ponía un *blue jeans* y una blusa sobre el bikini y se iba para la calle, a deambular por los cafés vacíos donde algún que otro americano con cara impasible revisaba los rollos de su máquina de fotografiar. Se iba entonces, poseída de una furia y de una impotencia crecientes, hasta la orilla del Sena; pero el Sena parecía un caldo repugnante, un caldo entre pardo y lila de berenjenas putrefactas, y de esa sopa salía un leve hilo de humo, el hervor de las cocinas subterráneas, los álamos yacían petrificados, inertes, sin fuerza para su jubiloso y mágico tintineo; al fin de la tarde, ya cuando la noche intimaba la rendición final, cuando al fin ametrallaba el día, al bochornoso, asqueroso día, contra las paredes del Sena, una hoja rozaba a otra, y ésta a su vez a la siguiente y así empezaban los álamos a salir de su mortal aletargamiento; árboles, sangre, luz, comenzaban a circular en redondo, cada vez más aceleradamente. De nuevo se salvaba, respiraba, vivía, pero era una victoria pírrica porque Florián no estaba, nadie estaba, y París era la ciudad más hostil y desapacible de este mundo. Amén.

Florián ha vuelto, en este mismo instante lo sabe y lo repite con emoción perfectamente incongruente; porque hasta hace cinco minutos, hasta que miraba sin ver la gente que pasaba por delante de la puerta del café Royal, empotrada en un sillón frente a la interminable limonada natural con hielo, no hacía más que repetirse que al diablo Florián y toda su comitiva y su ridicula barba y todos los tics de arquitecto y poeta, combinación del todo absurda y sin sentido, los tics que se le aparecían a la luz de su súbita racionalidad como realmente insostenibles; en fin, todo estaba previsto para ser de nuevo libre y poder caminar bajo el cielo de París o bajo los puentes como dicen las canciones cursis, sin la presión constante, insoportable, de un

nombre; pero resulta que queda enmarcado en el vano de la puerta, sí, enmarcado como el aposentador del palacio velazquiano en *Las meninas* y lo mismo que el aposentador pone una mano lánguida en el marco, sólo le falta la capa pero hasta tiene el saco de hilo en la mano a la manera de capa; mira hacia adentro buscándola sin ninguna intensidad y la ve y se sonríe con un afecto enteramente paternal, ya viene hacia aquí él y su brazo que lo mismo daría, con igual pérfido entusiasmo, un perro terranova al borde del precipicio en los montes dolomitas. Sin embargo, a pesar de la claridad cartesiana de sus razonamientos, sus manos la abandonan; sale Descartes corrido bajo las mesas en forma transitoria de perro, o de cucaracha, y apenas se va el aire se torna turbio —¿ligeramente azufrado?—, no ve bien, ha entrado en el limbo beatífico de los enamorados, donde están en realidad, por encima de la lamentable equivocación del Dante, Paolo y Francesca. Se siente fresca, despejada, capaz de levitar; ha perdido tanto peso, tanto calor, tanto dolor, que es capaz de hacer cualquier cosa; por ejemplo volar, suave, tiernamente, como los ángeles de Botticelli, volar en diagonales lentas, bajando y subiendo como en un carrusel de gasa, de algodón, abajo y arriba sin cesar, sin determinación alguna porque sí. El espléndido mundo del vuelo se abre, ¡oh!, firmamento ígneo de los enamorados, aunque sólo es ella, lo sabe, sólo es ella porque Florián habla fluidamente de quién sabe qué cosa y come un *croissant* con voracidad, sólo eres tú, el Café Royal es lo más terrestre de la tierra, acuérdate de los baños en la planta baja, por favor, acuérdate de los encuentros de lesbianas, arrastra la memoria por todos los fangos intuidos, oídos y leídos; pero no hay nada que hacer. Florián le da la mano y se cruzan a la librería de enfrente y ella siente que el verano tiene otro nombre sinónimo: paraíso.

Por la noche, para festejar el regreso de Florián, fueron con un grupo de amigos a una *cave* de Saint-Germain-des-Prés. Fue un problema desagradable la entrada porque no tenían los carnets de socios suficientes y hubo que bajar y subir por la escalerilla que daba al sótano varias veces hasta que al fin se acomodaron; lo cual apenas era una manera discreta de decir que se apelmazaron, articularon metódicamente unos sobre otros hasta formar esa engranada masa que ocupara justo el sitio previsto para cuatro donde cupieran once o doce, hasta maniatarse cualquier movimiento y tener tanto derecho a sus propias piernas como a las ajenas, pero eso es la camaradería de las *caves* donde ni siquiera hay espacio para movimientos malintencionados o voluptuosos, la *cave* supone un nuevo concepto de las relaciones humanas, la entrega física sin entrega, más que la entrega física, la suma aritmética de lo físico, el único sistema hasta ahora válido de enlatar gente sin asesinarla, dejándola sobrevivir para

que confronte en medio del calor más espantoso su equívoca y nueva condición de sardina; allí estaban y cuando pudo mirar con dificultad a uno y otro lado comprendió que Florián no estaba a su lado, sino otro cualquiera, lo mismo daba no siendo él, alguien que tenía también huesos en la cadera y rodillas afiladas pero que las clavaba en ella distraídamente, acompasadamente, ya que la música lo enajenó desde el comienzo y se sentía obligado a rubricarla con sus movimientos; música, otra manera de disimular de algún modo el tormento de ese ruido frenético, un trompetista bañado en sudor, ojalá fuera en sangre, así su fin estaría próximo, bañado en sudor pero encarnizado sin remedio en el ejercicio de su instrumento, nada de tocar, por supuesto, sino morder, escupir, lamer y succionar el instrumento, un puro acto de canibalismo musical; el devorador de la trompeta se doblaba y el de al lado desplazaba enteramente mimetizado el hueso de la cadera, es increíble cómo se puede soportar tanto martirio porque uno está en París y lo más increíble es que los sentidos y el juicio crítico se embotan hasta tal punto que al final todo parece bien y ella acaba por doblarse con la trompeta y la cadera del que está incrustado a su derecha; por la izquierda todo es más muelle porque la incrustada es una muchacha, pero con una nostalgia feroz de crin de caballo, y le sacude la cara cada vez, siempre quedando algunos pelos pegados a su cara porque ella también está chorreando como el trompetista; un pelo se le mete en la boca y le da asco y náuseas pero no hay la más mínima posibilidad de moverse; echa una mirada de angustia y pedido de auxilio para el lado de Florián, pero Florián le cuenta algo a un muchachito macilento que está a su lado, algo de lo cual parece depender la vida y la muerte. De pronto, el rostro de Florián no es el rostro que ella se sabe de memoria, algo lo ha hecho al fin bajar a la tierra, recuperar su esquiva y sinuosa condición de ser humano, algo, pero qué; Florián mira al vacío pero está transfigurado, las gotas de sudor le caen por la cara y ella siente que se está acercando en medio del silencio más terrible, que ni siquiera roza el estrépito de la trompeta, a la puerta vedada, al misterio; sin embargo, el ala de pelo negro y lacio le intercepta, de nuevo perderá el camino, le dan ganas de gritar y llorar, pero está agrampada, impotente, cuando el pelo descubre de nuevo la escena la cara de Florián se ha vuelto otra vez impenetrable. Este fragor duró mucho tiempo, porque la condición de los martirios es su extensión, su pareja, implacable, longevidad; se sentía tan mal que decidió dormirse, perecer; en algún momento el martirio cesó y el silencio real pareció estallar en los tímpanos. Estaban en la calle húmeda y gelatinosa, Florián no estaba, tampoco el muchachito macilento, y cayó en la cuenta de que nadie, ni Florián, le había dirigido la palabra; nadie la había mirado ni una sola vez.

Parapetada en su banqueta habitual del Royal, veía correr la lluvia frenética sobre los vidrios que daban al bulevar. Enfrente, el cartel del Flore se retorcía bajo la lluvia. Las letras se quebraban, se borraban; no había más que hacer ese juego de ver y no ver el cartel del Flore, porque no pasaba ni un alma bajo el aguacero y el café estaba medio vacío. Lejos de refrescar el aire, el aguacero lo cargó, lo saturó de una humedad asfixiante, impura. Ella se ahogaba en ese París caliente y tempestuoso, no hacía más que ir de su buhardilla al café y viceversa, perdido todo el ánimo, aniquilada la capacidad de pensamiento y de lectura, olvidada hasta su angustia de que lleguen las cartas de Buenos Aires para ampararse en el amor hostigante que se despertó en su madre con la ausencia, y también en ella, debe confesarlo, debe confesar que todas las extinguidas y vituperantes nociones de familia se pusieron de pie; cómicamente de pie, y se afilaron hasta volverse perfectas, burguesas, redondas, hay que querer a la madre y al padre, y a la patria lejana, y poco falta que a Gardel, el otro día estuvo a punto de decir que le gustaba Gardel frente a unos argentinos que sostenían que el obelisco de la 9 de Julio era más grande y más nuevo, por lo tanto mejor, que el de la Place de la Concorde; en fin, cualquier abyección es posible al cabo de varios meses de soledad y hambre en París y contra los franceses que no perdonan a un estudiante pobre y le niegan así, tranquila y radicalmente, su derecho a existir. Su música preferida será pronto el himno nacional —oíd mortales el grito sagrado— y otras maravillas por el estilo, a menos que se produzca el milagro y Dios se apiade de ella y termine este fragoroso verano que, para colmo, ahora se vuelve tempestuoso; tempestad de caldo, el Sena al revés, el ardiente diluvio y el Café Royal como arca de Noé sin parejas, no estaba previsto que uno solo se salvara, lo cual significa sin ningún lugar a dudas la extinción de la especie.

Entonces se acuerda de Florián y un dolor agudo le cierra el pecho. Cada vez comprende más claro que ella y Florián van a eso, a la extinción de la especie, porque Florián no sólo la ve y no la ve, como antes, sino que lisa y llanamente ha dejado de verla, y aunque anden juntos por la calle o entren a las librerías o se sienten a la orilla del Sena él está sin cesar en otro mundo y aumenta su brusquedad con ella mientras por el contrario ella se encarniza en este andar sin salida y se enternece en la medida en que él se enfría y endurece; si ella pudiera comprender por qué y cómo es posible que el amor no sea radiactivo y que la emanación del amor que sale de ella no lo rodee y afecte con la misma virulencia; hasta ahora creía que bastaba ser uno el poderoso, el radiactivo, pero cada vez está más claro que es necesario ser dos y que no hay contaminación posible sino reflejo de una radiactividad en otra; toda su vida no obstante se empecina en crear ese milagro, no es ni siquiera deseo lo que siente, ni piensa para

nada en el acto sexual, no, es la imperiosa irrevocable necesidad de estar siempre con la persona amada, adorada, de fundirse con ella y sentir el amparo de una comunicación total, de que acabó la soledad para siempre, es no estar solo porque cada pensamiento es rodeado, acoplado, cercado por el otro pensamiento, es la coincidencia de los ángeles, los actos fortuitos, las palabras dichas, ese reposar en otros y prolongarse. Pero mientras más aclara su necesidad de amor, más advierte sin remedio que nada de eso se revela en Florián, que todo sale de ella y únicamente de ella con una intensidad tan grande que golpea el muro que es Florián y rebota, regresa a ella y vuelve hacia ella como una onda que la conforta hasta que advierte que ella misma la ha generado y está harta y desesperada de ser esa especie de dinamo cargando y descargando sin cesar. Hoy ni siquiera aparecerá Florián, ya le dijo que el calor lo fatiga y quiere descansar y trabajar en su cuarto, en su hotel, al cual ella nunca ha entrado y ni siquiera imagina, pero en las pocas palabras que le dice ella comprende que hay algo más, algo espantoso que crece en el silencio y en la oscuridad, algo que sube por la escalera o chapotea bajo el vendaval, si al menos pudiera imaginar su forma, naturaleza y consistencia, pero no. Aunque cada hora se impregna más de ese horror desconocido y su sangre corre sordamente, como el Sena en las horas patéticas de la siesta, a la espera de algo.

Una pareja entra y se apelotona en las banquetas del costado; es un negro y una muchacha rubia caricaturizando por enésima vez a B. B. Exactamente lo que fotografiaría un turista yanqui como ejemplo del tipismo parisiense. De pronto le entra una repugnancia invencible de este aire de violación, de esta atmósfera cargada de estupro sin novedad, cansado, repetido desde las primeras películas que vio cuando era niña de Jean Gabin, o exactamente la primera película que se llamaba *El muelle de las brumas* con una actriz de ojos verdes y cara de gato que se desvestía en un cuartucho repugnante y tenía boina, la misma boina que ella se compró algunos años después, cuando ya podía imitarla y se peinaba igual con el pelo lacio y una boina metida en un ojo y caminaba en cámara lenta lo cual era simplemente para desternillarse de risa o darle una buena paliza si hubiera existido alguien capaz de hacerlo o interesado en hacerlo. Pero como en el caso progresivo de su casa pasaba infelizmente desapercibida, podía disfrazarse a su antojo y jugar al muelle de las brumas en los buses, colgada de una agarradera y luchando a brazo partido por bajar en la parada correspondiente entre las maldiciones de los circunstantes, moles estáticas e inflexibles que bloqueaban siempre la salida, y bajaba varias cuadras más adelante con el vestido desajustado y los brazos y pies magullados a riesgo de matarse porque la boina y el pelo le tapaban del todo un ojo y mucho más que el muelle de las brumas

se parecía a Polifemo. Ahora, frente a la pareja que ya ha comenzado a revolcarse sin entusiasmo, por deporte y mantenimiento de la tradición, vuelve a sentir el mismo efecto de parodia, de caricatura, en realidad París obró sobre ella como un antídoto. Los manoseos públicos y las parejas haciéndose el amor en los metros y los cafés suscitaron un irreprimible asco, un rechazo a esta fisiología amatoria más bien pobre y sin misterio, aspiró entonces a devolverle toda la magia al amor, no para regresar, de ninguna manera, al romanticismo barato de vereda tropical y lo que el viento se llevó que casi la desintegra por disolución en el llanto a los quince años, sino a la concepción del amor como algo perfecto y profundo, a la comunicación. Ella siempre ha vivido incomunicada. Siempre, en esa infancia macabra que no quiere ni recordar, y ahora, con tanta gente detrás de ella y un éxito sin precedentes, como dirían los carteles de toreros, un dominio franco sobre las gentes y las cosas y las situaciones; pero igualmente incomunicada que no es lo mismo que incomprendida y hay que establecer firmemente la diferencia, porque incomprendida es una palabra cursi, cargada de las adherencias equívocas que le agregan las señoras a los siete años de casadas, por consiguiente ya usada, sobornada, y hay que usar y adoptar palabras limpias, bruñidas, porque uno es algo distinto de todo el mundo, no sabe si mejor o peor, pero distinto, distinto a la rubia que acaricia al negro con visible intención preconcebida de excitarse pero desganada al tiempo, pervertido su gesto por la premeditación, por el empleo impúdico que está haciendo de él.

Incomunicada es otra cosa, es realmente vivir detrás de un vidrio oscuro, pasan las gentes por delante y al costado y atrás pero nadie oye de verdad, ven moverse los labios pero no comprenden y a ella desde la caja le pasa otro tanto y sólo el amor es capaz de asestar un golpe a la caja transparente, de abrir una grieta y que al fin las palabras, los gestos, los actos más secretos, se encuentren y se comuniquen; es hacer ese ligamento feroz, lo único que puede librarla de la soledad, de la condena a ser ella sin remedio, sin alivio.

France soir decía, a grandes titulares, que en veinte años no se había presentado en París un calor igual y aunque todos los años decían lo mismo con el tácito júbilo que producen las catástrofes colectivas, los titulares generaron más calor, más humedad y el aire pareció bloquearse definitivamente entre los árboles. París era, a cualquier hora del día, un mediodía inmenso; su pura pátina de los otoños se resquebrajaba al sol como una piel vieja y requemada. Una vejez real y pavorosa, una vejez innoble de prostituta, carcomía los edificios. Ella seguía con estupor el proceso de la desintegración de París, presenciaba ese eclipse fulminante como quien asiste sin quererlo ni proponérselo a la revelación de un secreto, la edad, la

fatiga de París. Este espectáculo aumentaba su desolación, pero no tenía ni cómo huir ni adonde; debía seguir ahí, maniatada frente a la veloz destrucción de los misterios y los mitos, agravando día a día el sentido de culpa por violar algo que hubiera querido, con toda el alma, defender y preservar.

Comenzó a odiar intensamente ese sol devastador y dejó de ir a las piscinas del Sena; ya no le quedaba más que la buhardilla y las calles al anochecer, que no lograban ni siquiera entonces, ya libres del asedio cruel del sol, ni refrescarse ni recuperarse. La noche tenía siempre algo de atónito, de desarticulado, como si en todo momento debiera seguir a la defensiva o reponer sus defensas, o aumentarlas para el combate sin cuartel del día siguiente. La crispación no cesaba ni un momento. La noche no alcanzaba nunca su pleno poder, ese abandono maravilloso y oscuro donde pueden consumarse todos los milagros y los crímenes. La noche no era más que una antesala, tensa y febril, del día omnipotente, omnipresente. La noche estaba estirada, expectante, como un arco tendido.

Florián aparecía y desaparecía, cada vez más distraído y secreto. El sopor era tan grande que llegó a no darse cuenta cuando lo encontraba en el café y cuando se levantaba y se iba, con un nuevo paso sigiloso, arrastrando, deslizando los mocasines blancos como impelido por una fuerza, un llamado extraño e irreversible, ya sin decirle nunca voy, vengo; pero ella permanecía largas horas en el Royal, aun después de sus partidas constantes, con la insensibilidad de los agonizantes, una insensibilidad especial, única, no marcada por la paz y la aceptación de los hechos fatales, consumados, sino una insensibilidad anhelosa y eternamente al borde del estallido, exhausta, rendida por el doloroso esfuerzo de empujar hacia atrás siempre, taparla y quitarle presencia a la pregunta «¿por qué, por qué, dios mío?», la pregunta que es la verdadera agonía, la esencia misma, la médula de toda agonía; el agonizante la arrincona y el ansia de vivir la saca de nuevo a flote. Exactamente este naufragio interminable, este boquear en el vacío de la pregunta espantosa, espantosa porque nadie la responderá, nadie la resolverá nunca, eso es la agonía. Agónica, ella caminaba por la *rue* Bonaparte hacia el Sena. Agónica, miraba sin ver, tratando inútilmente de rescatar cualquier punto de referencia, se paraba en las vitrinas cerradas y opacas, polvorientas, de las galerías de arte, el cartel de Vasarely se desteñía cada día un poco más y el sol competía con Vasarely destinándolo a rayas, triángulos marcados por los vanos de la puerta; pero ninguna imagen se fijaba realmente, todo fluía, se deslizaba como por un embudo, el mundo se volvía túnel ardiente y resbaladizo, en alguna esquina doblaba Florián como un relámpago, a veces con alguien, con Giles, el muchachito de la noche en la *cave*, a veces solo y el corazón se le paraba de golpe, en verdad,

es absolutamente cierto que la sangre puede detenerse y dejar de circular, no es ninguna figura literaria o retórica, la sangre se detiene y luego se agolpa y regresa en tumulto, en marejada insostenible. Ella sentía que la puerta secreta se entreabría, y lo peor de todo, sin ruido, como si no tuviera goznes, como si fuera de aire. Se abría pero la hendija era aún mínima, nada podía verse a través de ella, le daba verdadero terror ver nuevamente, intolerablemente resplandeciente, el paisaje de luz del mi-kinito, extenderse el desierto clamoroso, la insostenible luz, de nuevo la premonición, el hallazgo de que toda vida es desierto y allí la empujan, a ese devastado vacío hasta que rueden, sí, rueden los párpados calcinados y la pupila fija esté condenada a la luz perpetua, a la pérdida del llanto. Pero en realidad no sabe, ni siquiera intuye, lo que hay detrás de la puerta. El Sena es gris, enlutado, con una marcada vocación de muerte. Se acuesta sobre el pavimento de la orilla, de cara al cielo para no verlo, y el cielo iridiscente sobre los árboles parece una tapicería medieval. El silencio es total, gotas finas de sudor le caen por el cuello. ¿Cómo, cómo puede apagarse un río? ¿Por qué todo ha tomado de golpe este carácter furtivo, esta actitud equívoca de merodeadores? El Sena, tan claro y explícito, llenando el cauce como un brazo de mar, opulento, ¿por qué de pronto así, huyendo sigiloso de qué cataclismo? Es verdad que dicen en América que cuando un volcán va a abrirse y estallar, el aire y la vida entera se detienen y por un segundo el mundo pesa, inmóvil.

Así, como ahora, el mundo pesa, inmóvil. Pero ya hace demasiado tiempo que el mundo pesa, inmóvil. Entonces se levanta y echa a correr, ya no resiste más esta superficie erosionada del verano, este cúmulo de volcanes cerrados que reventarán de pronto, rubricarán de pronto en el aire los cornos emplumados, no, no más, atraviesa los pavimentos morados y sólo puede parar en la reja cerrada de la École de Beaux-Arts, está literalmente chorreando y la camisa y el *blue jeans* parecen una piel extraña, una piel de otro sobre su piel. Aturdida, cruza despacio buscando un poco de sombra, le desconcierta reconocer aún ese instinto de conservación, ese resquicio leve de sobrevivencia, se pega a la pared para lograr el hilo de sombra y una decisión se fija, crece en su memoria: ir a buscar a Florián.

En la penumbra de la recepción y del hotel de Florián el calor, lejos de ceder, aumenta. El peluche raído de los sillones hierve y los cortinados de invierno destilan humedad, un zumo espeso y maloliente que va cayendo y se retiene en las borlas despelucadas. Este hotel no tiene *concierge* con hendija en la cortina de macramé sino espía directo, un portero tristemente galoneado porque apenas es un hotel de dos estrellas, o sea la coda no rauda sino vergonzante de la industria hotelera, el *concierge* dormita tieso delante de su tablero de llaves, las llaves del Edén, pero un Edén sombrío con lavabos en

cambio de árboles de manzana, el hombre tiene un rictus doloroso como si el calor lo flagelara físicamente, al fin se desbarranca sobre el mostrador y se olvida irrevocablemente de que es el guardián del Edén. Ella trata de olvidarse de que tuvo la osadía de hacer llamar a Florián, quién sabe qué cosa terrible sucederá ahora, pero no, ahí baja Florián sin el menor indicio de asombro en el rostro, más bien sonriente, distraído, ella le explica balbuciente que quería tomar una limonada pero no tenía un centavo, él la lleva por el cuello con perfecta naturalidad, sí, perfecta, quién pone en duda que son dos impagables camaradas y echan a andar por el filo de la sombra, ella está feliz pero no completamente, puede ser que esta vez, sin embargo, Florián esté demasiado afectuoso, le cuenta que ha leído un libro estupendo, sí, da su lección con una voz pausada y monocorde, todo el mundo se va reajustando acompasadamente, pero la grieta de la puerta sigue entreabierta, ni un milímetro más allá ni uno más acá, en fin, que así quede, debe de ser el sol que la ha hinchado y resquebrajado, así caminaban hasta que Florián se paró de pronto y la miró.

Pudo pasar un tiempo, quién sabe si un segundo o un largo, largo rato, hasta que ella se dio cuenta bien clara de que Florián gritaba sin parar, de un modo espantoso. Al principio sólo se dio cuenta de que gritaba, había girado en redondo y se había puesto a gritar sin dejar de mirarla, pero fue tal su conmoción que no podía entender, hacía un esfuerzo sobrehumano y no alcanzaba a darse cuenta de las palabras, qué palabras, sino que oía ese rumor espantoso, creciente, era como si algo rodara y bajara de lo alto con indecible estrépito, la voz humana puede ser un fragor, un alud, puede matar o enloquecer, hasta que al fin salió de ese ensimismamiento atónito, doloroso y entendió las palabras sueltas, no podía hilarlas una con otra, era por momentos una imploración a gritos, imploraba terribles imprecaciones y de pronto la voz se afinaba y decía dulcemente «Giles» pero enseguida se alzaba y se rompía, desencadenaba un oleaje pavoroso, al fin el oleaje venció la puerta y se precipitó, la puerta daba a eso, al tumulto, a la confusión torrencial, el caos. Parecía tan tremendamente pesada, nadie había podido abrirla en tanto tiempo y ahora se destrozaba, volaban sus astillas por el aire, la puerta frágil, qué irrisión, batida por una avalancha de espuma, por nada; ella se sentía cada vez más aturdida y debilitada, había durado demasiado el calor y la espera, cada vez que Florián decía «Giles» la palabra se afilaba para penetrar en el corazón, en ese tejido inútil, anonadado; todo le daba vueltas y pensó en un relámpago que caería, no, sería el fin, necesitaba aferrarse a algo tangible, de este mundo, y detrás de Florián había una vitrina de *charcuterie* con una vieja, desguarnecida *co-quille* Saint Jacques de muestra y un cartelito torcido: «12 fr». El mundo giraba y

el calor… La voz golpea y de repente llega a su máximo poder y enmudece. Florián se iba, rápidamente. Si hubiera algún punto de apoyo cerca; la salvación sería llegar hasta la pared, coger el cartel de «12 fr», algo debe quedar en pie, la *co-quille* yace en la vitrina vacía como un regazo del mar, mancillado mar, pervertido en las vitrinas. Ha llegado hasta él y se recuesta, el vidrio está tan caliente que le quema la mejilla; esto es una calle de perfil, piensa, una calle que se desocupó y murió porque el verano es eso, una plena ignominia bebida lentamente, entonces comprende que de algún modo, arrastrándose o como sea, debe llegar a su buhardilla, atraviesa las calles sin noción alguna, el tiempo se canceló, y la conciencia, llega a su hotel y sube, y mientras sube suena un teléfono, más y más a medida que sube, al fin se da cuenta que es en el rellano del último piso, automáticamente toma el auricular y oye una voz entrecortada, lejana, diciendo «¿dónde estabas?», una pausa y la voz más angustiada: «estoy aquí… en la estación», por el auricular pasan rumores de otro mundo, lejanos pitos, rumores, gemidos; «¿estás bien?», repite la voz, y va confusa, deshilachada; «estoy en la estación». Cuelga despacio el teléfono, de nuevo la infancia, Ana Karenina y una nube de humo, vapor, que va borrando todos los contornos de la realidad, de qué realidad, qué realidad hay, qué verdad, se sienta en la escalera bajo el teléfono y empieza a esperar la otra llamada, de todas maneras necesita contestarle, debe decirle que sí, que está bien, o debe pedirle infinitamente perdón para que él no sufra como ella sufre, la gente no debe sufrir así, esto es para los animales que van al degolladero, los animales que pueden mugir largamente hasta que el aire queda espeso y lleno de ese lamento inmenso. El teléfono no suena en mucho tiempo. Entonces baja y regresa a la calle, puede volver a caminar aunque el dolor de la nuca, el mazazo, no cede. Camina hasta el Sena buscando el teléfono público y la cabina donde se encerrará, viendo la noche bajar más allá de los vidrios y depositarse sobre los balcones abiertos; alzará el teléfono y dirá imprevistamente, con su voz más firme: «no más querido, amor, no más te perseguiré», pero del otro lado del teléfono no se oirá más que el tono de discar, por supuesto, ese zumbido anodino que viene de la nada. Sale de la cabina y se acuerda que a cien metros hay otra, va hacia ella, repite la maniobra, es posible que algún auricular dé con la estación perdida, acaso no es posible todo, no es posible morir y seguir viviendo, aunque mejor sería morir del todo. Se siente asfixiada dentro de la cabina, mal se siente, pésimamente mal, al fin se declara derrotada aunque trata en vano de vislumbrar el rostro o nombre de su vencedor; el calor, París, Florián, ya no tiene ni fuerzas de abrir la puerta plegable. Entonces alguien aparece del otro lado del vidrio, es un rostro humano, otro ser distinto de ella en París, no es posible,

hace desesperados esfuerzos por fijar el rostro pero las líneas se desvanecen, al contrario, cada vez más; abre la puerta de un golpe y el rostro, como una pulsación cortada, se acerca y se aleja de ella. Comprende que se va a rendir, que tiene que rendirse y es extraño, cae sin dolor, con dulzura. Y después no recuerda absolutamente nada más.

III

la vermeeriana

—¡Cleme! ¡Cleme! ¡Clementiiinaaa!

El grito de la *signara* Traglia rebotó por la escalera, el primer «¡Cierne!» se incrustó exactamente en la pared del corredor, el segundo se perdió en la salita fresca y sombreada, y el *finale* triunfal entró en el comedor, llenó el ámbito y quedó temblando en el aire bajo, tintineando, aleteando, hasta que se desvaneció y todo volvió a recuperar su calma habitual: el armario donde estaban las tazas azules de cerámica, la mesa con la carpeta de flecos, las cuatro servilletas prolijamente aplicadas a la mesa.

En la cocina, Cleme y ella se sobresaltaron con el grito, pero también volvieron automáticamente a su tranquilidad. Clementina pelaba las habas verdes y ella picaba una cebolla, canturreando bajito. En el peldaño que comunicaba la cocina con el comedor, el niño tenía fuertemente abrazado al enorme perro, que permaneció inmóvil, con los ojos fijos en la puerta abierta de entrada. Más allá de la puerta, el patio se abría como un oasis. La pérgola estallaba de glicinias y de enredaderas espesas; de lejos parecía un viñedo aéreo y fragante.

Cuando el grito terminó su recorrido, Clementina comenzó su habitual letanía cortada como siempre con muecas, visajes y sonrisas maliciosas.

—Qué se cree, ya empieza, así son los poderosos, tú sabes que lo del obispo y lo de los abuelos condes es mentira, tan condes como yo, pero el cuento del obispo en la familia les sirve para aplastarnos. Debiera aprender de ti, mi ángel, tú nunca molestas, pero conviene ir porque algo le sacaré a la bruja, espérame, no se vayan al lago sin mí…

Y otras cosas incomprensibles. Todo termina siempre en una especie de ronco ronroneo de paloma, aunque Clementina no tiene nada de paloma, más bien un pequeño simio bamboleante y gesticulante, que ya está dando saltitos, ya echa las habas en un colador y corre escaleras arriba para obedecer al llamado del amo.

Ella la mira irse, sonriendo. Mira la hora y ve que aun es temprano para cocinar las habas. Se va hasta el dormitorio a buscar la canasta de ropa sucia y camina hacia la puerta de salida, detrás el niño y el perro. En la puerta del patio se detiene un instante, lo suficiente para repetirse la frase ritual —¡qué bello, dios, qué bello!—. Más allá del patio de glicinias se baja por unas escaleras gastadas a un jardín silvestre, lleno de viejas piedras romanas, gaud, está escrito en una losa truncada, gaud: la noble «u» romana afilada como una «v». Sobre

las piedras crecen los arbustos y las yedras avanzan arrastrándose hasta la vieja pila que en algún tiempo debió de tener su largo hilo de agua. Al fondo se alinean los ligustros como un balcón y más allá resplandece el lago, terso, bruñido, pupila intacta, dilatada, para recibir un cielo absoluto.

En ese instante el ojo cumple su cotidiano itinerario; repasa las glicinias, el jardín, el lago; se entorna para afirmar el dibujo tenue de las colinas que respaldan el lago; todo queda afianzado, escrito una vez más, corroborado por la memoria agradecida. Eso es ella; una memoria agradecida ante esta naturaleza en proceso permanente de acumular belleza, ha descubierto una forma estable de la felicidad que es ver, sentir las cosas. Las cosas la colman y vierten sobre ella un zumo, un polvo dorado. La naturaleza está aureolada, un espléndido trabajo de dioses secretos la socava sin cesar, la fertiliza.

Después que retoma la posesión de sus paisajes se dirige hasta el lavadero. El lavadero está en mitad de la ladera que termina en el lago. Hay que recorrer varios tramos enredados de escalinatas semidevoradas por la hierba; el niño y el perro saltan detrás, se empujan por descender tan velozmente como ella. Llegan, comienza a lavar enérgicamente la ropa extendida en la piedra de la alberca y, cuando ya tiene todo listo y retorcidas las piezas, va colgándolas en las sogas atadas de pino a pino.

Con una pinza de madera en la boca, piensa que ese lago reverberando entre los pinos, ese pinar doblado y reluciente, ese camino de lajas antiguas hasta el lago, no pueden perderse de su memoria. Se impone a sí misma una fecha cualquiera, dentro de algunos años, por ejemplo el 22 de junio de 1975, ese día a las tres de la tarde en alguna parte del mundo, donde también habrá verano, deberá acordarse de este momento; lo piensa con alguna tristeza porque cuántas fechas ha olvidado ya en ese constante naufragio del recuerdo. También cuando el barco zarpaba de Buenos Aires se dijo con igual ensimismamiento y terquedad: «de aquí a un año debo acordarme, celebrar este momento, la vida debería ser una constante celebración secreta», pero no se acordó, ni ahora siquiera puede reconstruir qué hacía y dónde estaba al año de embarcar para Italia; sin embargo no olvidará, no, nunca, el instante en que desembarcó en Génova después de quince días del viaje más absurdo del mundo en donde fue ascendiendo de la infernal sentina común de tercera clase hasta el puente de primera sólo por obra y gracia de su aire estupefacto y maravillado y del amor incontenible, de ópera italiana, que despertó en el primer oficial. Se enternece pensando en Sergio y se saca la pinza de la boca para acordarse a gusto. La conquista de Italia fue algo como el cuento de Amicis «De los Apeninos a los Alpes», así, algo de voluntad, corazón y pies, porque del resto, nada más que

la valijita ridicula y la dirección en Roma de las Suore Ravasco, porque decían que allí las hermanas recibían a cualquier pobre y hasta le daban trabajo. Sin embargo Sergio insistió para que pasara unos días en casa de su madre y allí fue a dar hasta que todos los detalles y la cuidada alimentación le hicieron caer en cuenta de que sería muy bien visto su matrimonio con Sergio; de todo cayó en la cuenta súbitamente cuando le mostraron el apartamento que tendría Sergio después de casado, y la sacaron a una terraza por donde resplandecía el agua como aquí, entre los pinos, sólo que allá era el mar, el más maravilloso mar que nunca había visto, ella no podía despegar los ojos del mar y se resistía a abandonar esa zona argentada, inmensa, móvil, y se esforzaba por afinar el oído y sentir el golpe de las olas en el acantilado, allá abajo, pero la familia la llevaba y traía como a la reliquia de un santo y así la fueron empujando fuera del apartamento y con aire de grave complicidad la dirigieron hacia lo alto de la colina, donde estaba el cementerio. Llegaron a una losa donde reposaba la abuela y a los gritos de «*nonna, nonna*», dobladas en sus rebozos negros como extraviadas confeas de *Electro*, hablaban con la *nonna* impenetrable bajo la losa y le aseguraban la perpetuación de la familia, y aunque se daba cuenta bien clara al fin de que el elemento transmisor y reproductor era ella, la fragancia de viento marino y de pinares la aturdía hasta tal punto que prefirió seguir dócilmente la comedia; comedia cuya indignidad se le hizo presente ya en la casa de regreso, y entonces rehízo la famosa valijita y aceptó una canasta con pollo y pasta frola para el viaje y huyó, escapó a la estación para tomar el primer tren a Roma sintiendo vagamente que había traicionado las mejores tradiciones italianas, la célula familiar, Eneas bajando en el Lacio con su padre a cuestas y los penates en las manos, pero resulta que no; ella era un ser indómito o al menos se creía así, necesitaba hacer el aprendizaje de la soledad y la libertad, quería sufrir y no comer pasta frola, avanzaba en el mundo como Juana de Arco y pretendían casarla en Génova para rezar sobre la losa de la *nonna* con la frente en tierra; sólo en el tren vio de lejos su historia y se justificó a sí misma pensando que su defensa no podía ser reprobable, aunque los alimentos terrestres que le habían dado le pesaban y al llegar a Roma olvidó, expresamente, la canasta con la pasta frola y el pollo que, dignamente, como corresponde a un guerrero que se apresta a librar la batalla, no había tocado.

Suspira y regresa dulcemente a su tarea. Prende la camisa con los broches y la camisa se infla como un velamen. El niño grita y el perro da saltos en el aire para alcanzarla. Un velamen, dos, tres, al momento la rimera de ropa flota, chasquea en el viento puro del mediodía, alguna sábana se encabrita y estalla, después cae lacia y vuelve a inflarse grave, poderosamente. El niño y el perro la miran, listos a

emprender el descenso.

¿Esperará a Clementina? Quién sabe lo que tarde y lo que la retenga la bruja Traglia, tienen comida esta noche. Clementina le ha contado que vienen un monseñor y un *commendatore*, y la señora del *commendatore* que parece que sí es de verdad noble y un periodista de Milán con el cual el señor Traglia mueve oscuros intereses, y hasta ayer, siempre según el cuento de Clementina, el señor Traglia, pequeño y desdichado, no había conseguido ni cinco centavos para la comida y la señora Traglia le aullaba improperios hasta que al fin logró levantar dinero en alguna parte, dios sabe qué misterioso tráfico resultó, felizmente, y Clementina se fue hasta San Marino para comprar en el almacén mayor de la plaza toda clase de maravillas que la señora Traglia extenderá sobre el mantel y la vajilla de los escudos, el mismo sello del obispo, dice la señora Traglia bajando la cabeza modestamente. Ella estuvo una vez para Navidad, y el despliegue de los manteles, vajillas y vituallas fue algo apoteósico, pero por desgracia el señor Traglia bebió más champagne de lo conveniente y comenzó a contar sus hazañas durante el fascismo, como fascista, claro, y se levantó pálido como si hubiera entrado de pronto el fantasma de Mussolini, pero eran los efectos mortales del champán, lo cual desencadenó la ira santa de la señora Traglia que lo sacudía inmisericordemente ante ellos y decía que la buena familia era la de ella, no la de él, que el obispo era suyo y no de él, la vajilla de ella y no de él, hasta que quedó el mísero señor Traglia despojado de todo, temblando en mitad del enorme cuarto como un avechucho apaleado y se aflojó, lacio, desgonzado, sobre los sillones de terciopelo. Sin embargo, al día siguiente la señora Traglia se asomó al cancel de su puerta como si nada, les deseó *bon natale* mientras se recostaba elegantemente, o al menos así creía hacerlo, sobre el brazo fláccido del señor Traglia que llevaba la tijera de cortar uvas y el sombrero arrugado de hilo, con la misma estoica serenidad de quien emprende un safari al África; eso eran los Traglia, unas marionetas italianas, el desecho, el rezago del fascismo, los sobrevivientes de un oropel caduco, de una mentira remilgada; pero fascinante, eso sí; jamás se sabría qué pasaba allá arriba cuando estaban solos, desmoronados uno frente al otro, descompuestos, odiándose; o tal vez la señora Traglia se sentaba sobre el lomo del señor Traglia como un cazador sobre el jabalí muerto, o tal vez desfilaban uno tras otro al son de las marchas fascistas puestas en una vitrola desafinada.

No le importaba. El misterioso mundo de los Traglia era parte del mundo de la gente y en este verano ella había renunciado, sin nostalgia, a la gente, para entregarse a ese absoluto, a la visión descubridora y ávida; y no toleraba más que al niño y al perro, y a Clementina, por supuesto, y en pocas ocasiones, cuantas menos mejor,

a su hija.

Una tarde llegó Clementina con una muchacha y la presentó como su hija; ella creyó que era una broma como tantas de la vieja simia, pero Clementina estaba muy seria, digna, y hasta algo avergonzada, manoteaba en el aire nerviosamente, persiguió al *cane-lupo* y se trepó al niño sobre los hombros para bajar corriendo la ladera; por todo lo cual ella reconoció los síntomas de una turbación muy rara en Clementina y esperó a que la vieja hablara. Habló días después, y, sin venir a cuento, explicó que su hija vivía en San Marino dedicada a la vida, ella reprobaba eso, desde luego, porque siendo pago el amor perdía su felicidad, etc. Clementina se enredaba en sus explicaciones y su tal hija le resultaba una espina, pero, al fin y al cabo, no hay más que una hija, lo peor es que una vez se había subido al techo del hospital de San Marino, que queda sobre una plaza, y había intentado suicidarse, bonito escándalo, ella miraba desde abajo y su hija le gritaba pero nunca pudo entender las palabras hasta que por fin la convencieron y no se tiró; pero Clementina no salía de su asombro con que alguien pudiera querer morirse, sobre todo alguien salido de ella, nacido de ella, para quien la vida era algo tan sorprendentemente maravilloso; entonces Clementina pensó que era por culpa de un ropero con espejo en el medio que su hija le había pedido y ella le negó violentamente. Después del frustrado suicidio juntó peso sobre peso, extraídos con sangre de la *signora* Traglia, y compró el ropero con espejo de luna, pero desde ese momento la hija no volvió a poner los pies en el cuartucho, rodaba por ahí indecorosamente, eso era. En fin, Clementina se limpiaba las lágrimas con el revés de la mano y pateaba con furia las habas, ella no sabía adonde mirar ni cómo consolarla, debía de ser grande el dolor de Clementina para patear las habas que eran su único patrimonio, las habas que plantaron los cuatro, ella, Clementina, el niño y el perro en el invierno y daban habas incansablemente hasta que aprendió a hacerlas en puré, sopa, buñuelos, salteadas, podría escribir un libro de cocina sobre la comida única a base de habas, pero ya Clementina se ha repuesto, se ríe como un bufón, la loca la enlaza por la cintura y danza —¡*angelo mio!*—, luego persigue al niño que huye riendo a carcajadas, el orden se restablece y el azul. Un azul de cielo eterno, de cielo imperial, bóveda romana; y el lago centellea como un mosaico bizantino, el aire recupera su resplandor, su fina consistencia de cristal, el verano vuelve a abatirse muellemente sobre las cosas, la luz es una onda vermeeriana, aire, luz y lago moderan el verano, frenan suavemente su exceso y lo van empujando más allá, lo arrojan al fin sobre el hoyo de Roma. Sobre el lago queda flotando un verano expulsado, reducido a una larga crencha de nube cálida, estática.

Ahora va colina abajo, pero la fila se ha invertido; primero corre el

cane-lupo, a grandes zancadas jubilosas, atrás va el niño agarrándose a trechos de los arbustos para no caer. Se para, mira hacia arriba —oh, rostro bello y tierno, ángel de cantona—, el pelo le resbala por la frente exactamente igual que a ella; pero ya sigue y se pierde en la ladera, ella se sienta para renovar el rito, echa el aceite en esa lámpara que es Italia, su revelación, su templo —¡qué hermoso, dios, qué hermoso!— y aquí ha aprendido, en medio de esta naturaleza cristalizada, a ser y pensar, a tallar la soledad, arista por arista, hasta volverla resplandeciente y polifacética. Cuando Sergio llegó a Roma ya era invierno desatado y la tramontana le cortaba la cara mientras bajaba por Piazza di Spagna a su encuentro. Sergio no comprendía. «¿Pasas hambre y no te importa?». «Escondo una manzana del almuerzo y la como por la noche, tardo exactamente media hora en comerla». «¿Cómo puedes sufrir el frío sin calefacción ni ropa suficiente?». «He conseguido un gato que duerme sobre mis pies». «Desde las siete de la noche te encierran y qué haces?». «Me acuesto y miro el techo». Sergio mira hacia afuera mientras ella se calienta las manos en la taza de chocolate; no comprende por qué rechaza su oferta de matrimonio; ella está a punto de explicarle pero luego se calla, porque no es posible; si ella le dice que lo que quiere es estar sola, y libre, y andar por las calles con las manos en los bolsillos apretando las castañas calientes para desentumecerse, si le asegura que está descubriendo los objetos, uno a uno, y los está alineando en una memoria que es sólo suya y que no debe compartir con ninguna vituperada, al fin perdida, familia, él no la comprenderá y será aún más intenso su deseo de romper ese misterio, de poseerlo, pero ella no quiere ceder, no le interesa convertirse en propiedad privada; esa felicidad de salir sin rumbo, de andar sin rumbo, de dar vuelta al mundo en ochenta mil días, no la cambia por nada y menos por un hombre humillado y desesperado; claro que este éxtasis emana todo de Italia, el sortilegio se cumplía y se cumple sólo aquí; se ve caminando por las colinas de Florencia y se ve sentada en el parapeto de la plaza de Siena con las piernas colgando en el vacío, cuando era libre y sola y feliz, pero también desgraciada porque lo maravilloso de la soledad es que involucra todo dolor y exalta todo desamparo, hasta que se combate y se reduce a polvo y ceniza pero dispuesto a reaparecer en el momento menos pensado y crecer como el árbol de Jesé; y se ve también ahora, recostada sobre el verano silencioso del lago con su niño y su perro, mientras Italia milagrosa le vuelve a entregar las nociones más elementales, más puras de la felicidad.

Pero ya Clementina baja corriendo, distribuye los víveres robados diestramente de la alacena de los Traglia, *¡oh my darling, oh my darling, oh my darling Clementine!* Ella come distraída, pausadamente, como lo hacía con la manzana que se escondía por la noche en el

convento pensión de las Suore Ravasco. Monjas arpías y miserables, a cambio de su trabajo de copiar durante toda la mañana las planillas del estado de sus pensiones le daban la cama helada y un almuerzo en el refectorio como una caballeriza; pero cualquier acto de horror, cualquier dura inclemencia valía la pena si al acabar el almuerzo, o la bazofia, salía en libertad a Roma y comenzaba a escudriñar la ciudad muro a muro, cosa a cosa, calle a calle, plaza a plaza; la ciudad que a su vez penetraba en ella, balsámica, perfecta antigua belleza. Roma, pontífice máximo, Roma, la mano de Marco Aurelio soportando la muerte desde su caballo verde chorreando de verde, lúbrica historia. Roma, el enorme camino corintio de Santa Sabina. Roma, el patio múltiple, maravilloso, torneado, barroco, de la Piazza Navona. Roma, el gran catafalco, el gran adefesio, la superestructura monstruosa de San Pedro donde una iglesia egipcia, mil y una nochesca, colosal, derramaba su imperio sobre los pobres turistas boquiabiertos.

Esto ya pasó y ya lo agotó. Sin embargo, Italia es infinita y le reservaba la vida vermeeriana, la de las cosas en silencio y el silencio metafísico de las cosas; porque este pasto que toco es el pasto, sí, pero algo más, el elemento perfecto sobre una laja y la laja es la perfecta gota de piedra sobre la ladera; y aquel lago es agua y lo recorren mansamente las barcas, es un agua quieta y contenida, pero es la lámina, la perfecta lámina para recibir el verde denso del campo y la colina; y los pinos escalan, trepan, contradicen los olivares que rampan hasta la orilla, el gris templa el verde, lo desafía y lo sostiene al mismo tiempo, el mundo es un color en paz, una tibieza repartida en tal forma que todo se ajuste como un engranaje.

Clementina, como un barco loco, sudoroso y deforme, sube coronada de pámpanos a su encuentro. Ha coronado al niño y al perro, que se debate furiosamente, tratando de arrancarse con la pata la grotesca guirnalda.

Esa mañana se despertó bañada en sudor. Tardó largo tiempo, en la penumbra, en advertir con claridad ese hecho inesperado. Muy arriba, en la calle, se oía el estrépito del Fiat, que siempre fallaba en el arranque. Al fin el auto partió, se lo imaginó doblando la curva de Castelgandolfo, todo quedó en silencio. Era un silencio extraño, de domingo. El niño dormía con un bracito colgando de la cuna y la mano casi rozaba el pelo jaspeado del *cane-lupo*. Cuando sintió una gota resbalar por la frente se sobresaltó; esto no estaba previsto en la superficie apacible de su verano. El cuerpo le pesaba y los brazos parecían pegados a la sábana. Sintió de golpe una extraña sofocación, una letal ráfaga de encierro y logró sacudir la molicie creciente y levantarse de un salto. En la cocina, otra vez el vaho enrarecido le cortó el aliento. No era sólo el calor, no, algo había caído sobre el aire, sin embargo el sol quemaba pausadamente un cielo despejado, el

mismo, pero no resultaba el mismo, el contorno luminoso y blanquecino del paisaje vermeeriano se recortaba con dureza. Desde la puerta de salida vio que las glicinias se derramaban con exceso, desbordaban la pérgola. Había un olor agrio de uvas fermentadas, machacadas. El sol fustigaba el lago. ¿Tal vez habría arreciado el verano? ¿Tal vez se desplomaba al fin, al fin lanzaba su espada devastadora?

Clementina apareció con un pañuelo rojo atado a la cabeza, bufando y quejándose del calor sofocante.

—Debería llover, se secará la uva, un día de estos me iré a San Marino para que no se vayan a la recolección sin llevarme. ¿Por qué no te vienes tú también con el niño? Cambias de paseo, siempre andando sola por los bordes del lago, a tu edad, te volverás una ermitaña. ¿Dónde está el niño? ¿Duerme todavía? ¡Deja que yo lo despierte!

No espera respuesta, se va hacia adentro a bailotear frente al niño para despertarlo. Vuelve con él en brazos y el perro atrás, lánguido. Se sienta a su lado en el escalón que da al patio. Ella toma al niño y lo hace cabalgar distraídamente en su rodilla, pero el aire no se acaba de ajustar; una pieza se ha soltado, un engranaje, ¿dónde, qué pino se desarticuló, qué olivo cayó al mar, qué cosa se fulminó esta noche mientras dormíamos? Pero no hubo tormenta, repasa sus posesiones vegetales, pero todo está en orden, sin embargo las hojas parecen desmoronadas, claro, es la falta de viento, del lago no levanta la menor brisa, es eso, eso era lo raro y la explicación racional la tranquiliza. Se rehace y bajo la ducha ya puede tararear los soles míos de Clementina.

—Angelo —grita Clementina golpeando la puerta del baño—, vamos todos esta tarde a San Marino. La *signara* Traglia me pagó y le compraré dulces y juguetes al niño.

Bajo la ducha se pierden las palabras de Cleme. Siempre es su voz sola, nadie le contesta ni lo espera; su voz va y viene y es la afirmación misma de su vitalidad, su euforia, sus ganas constantes de bajar a su hogar clandestino y de trampear a la *signara* Traglia. Sus carcajadas y el ladrido del perro van y vienen, se apagan, se dilatan entre el ruido torrencial de la ducha. Al cerrar el grifo, continúa el discurso de Clementina.

—… Y allí te mostraré un armario con espejo de luna, el más bello del mundo, y un elefante que tengo de cuando Rosina era una niñita como tú, no, más grande, tendría unos cuatro años cuando se lo regalé, tú sabes, Rosina adoraba el elefante y quería enseñarle a leer el periódico, pero como el elefante no respondía, le daba unas palizas tremendas. Y a ti —le increpa a ella, que sale ya vestida con su traje suelto y ligero—, a ti no te importará ir a mi pobre casa, ¿verdad?, la

pieza es linda, ya verás, tengo una cama de bronce de dote para Rosina si sienta cabeza y se casa, claro que no te importa, qué digo, tú no necesitas inventar obispos en la familia. Ahora me voy, antes de que la bruja note mi ausencia.

Y siempre a la salida, con el mismo gesto desde la puerta, haciéndose la que se olvidaba por lo insignificante del hecho y tiene que salir disparada porque la están esperando, se saca del bolsillo del delantal una lata, esta vez una lata entera y flamante de sardinas y la tira sobre la mesa, sale huyendo, no quiere mirarla ni recibir su agradecimiento, ¡oh!, Clementina, y ella siente un nudo en la garganta de pensar, de recordar cómo la alimentaron desde la pasta frola de su frustrada suegra hasta la lata de sardinas robada por Clementina, pasando por los salamis compartidos en los trenes, las tortillas divididas en dos, toda esa maravillosa solidaridad humana que siempre la ha rodeado aquí, no hay nada igual a esta tierra, nada.

No podía hacer nada esa mañana. Iba y venía hasta la puerta, mirando el cielo sobre el lago a ver si aparecían nubes bajas sobre la montaña y al fin la lluvia lavaba ese sopor intolerable. Algo de brisa sopló a media mañana, pero en lugar de evaporarse el calor se arremolinó, se condensó sobre las cosas. El niño decidió cabalgar sobre el muro de ligustros y desde ahí, inmóvil, oteaba el lago. El *cane-lupo* se echó a sus pies con el hocico pegado, arrastrado contra la tierra. Decidió bajar hacia el lago, llamó al niño y al perro y comenzaron a descender sin ganas, metiéndose bajo los olivos en busca de las piedras planas que después, desde el embarcadero, hacían chasquear sobre la superficie del agua. No hallaron piedras y esto los descorazonó. Fue en el embarcadero, mientras el niño se sentaba en las tablas para tratar de rozar con los pies el agua, que tuvo por primera vez la sensación de que alguien, desde arriba, la llamaba o la miraba. Se incorporó con un irreprimible escalofrío, miró hacia lo alto, más allá de la casa de los Traglia y de la pasarela que comunicaba con el jardín elevado y la cisterna, ya próximos a la carretera; pero ni en el jardín, ni en el portón de reja que daba a la carretera, ni asomándose por el muro que separaba la villa de la calle, había nadie. La invadió un malestar dulzón, una especie de parálisis. No se atrevía a mirar hacia el lago porque le entró un pánico irracional de sentir de nuevo el peso de una mirada. Siguió vigilando los jardines altos y las rejas, pero había árboles, malezas, montones de elementos que interceptaban la visión. «En alguna parte alguien está escondido, alguien vigila», pensó. Luego observó el juego cándido, el balanceo del niño sobre el agua, y el dibujo puro de la pierna creando y creando círculos concéntricos la distrajo un momento. Por primera vez en tanto tiempo su maravillosa soledad le pesó sobre el alma, alma o lo que haya, algo vivo y que aún reclama, que aún necesita

comunicarse. Hubiera deseado oír el ruido del Fiat, pero el Fiat nunca llegaba de día. ¿Y si el cartero trajera una carta? ¡Oh, que alguien en alguna parte estuviera pensando en ella! Tanto quisiera desencadenar un poder, un fluido que llegara hasta alguien y volviera a ella por reflejo y la rodeara y defendiera, porque es absurdo, así, de golpe, se ha sentido de nuevo desguarnecida, no puede asir los objetos amados, su vermeeriana se torna hostil, el lago se cierra, insondable.

Regresa lentamente. A medida que sube, cada vez se hace más clara la idea de que debe subir hasta la carretera en lugar de entrar a la casa. Bordea la ladera de la casa alta de los Traglia y mira hacia abajo. Al fondo, destacándose sobre el lago, la pérgola de glicinias parece un pañuelo azul, estrujado, marchito. Llega al fin a las escalinatas despejadas por donde se sube derecho hasta la reja de la calle. A la derecha, el jardín alto estalla en rosas trepadoras. Los mejores árboles de la villa están allí, opulentos, en este prado escalonado que en otros tiempos debió de iluminarse para las fiestas. Entre los árboles, la gran cisterna brilla al sol, pero el agua está tan cubierta de lotos que el espejo resulta quebrado, descuartizado. Desde allí mira hacia arriba. Nadie en ninguna parte, nada más que este peso, esta losa incomprensible sobre el cuerpo y la sangre. Está tan cansada como si hubiera subido una montaña, mientras que ese camino lo recorre en un segundo, subiendo los escalones de tres en tres, cuando pita el cartero.

Entonces se sentó en el borde de la cisterna y hundió la mano en el agua verde y fresca; y fue en ese momento, en ese exacto momento, que se dio vuelta como un rayo y vio el pelo de Rosina flotando, el pelo y una mano enredados entre los lotos y algo le fue naciendo en la garganta, un gemido imposible, el pavor más atroz, pero lo peor es no poder gritar, nada más que correr hacia abajo mientras el niño despavorido llora sin saber por qué, todo porque vio en un relámpago la cara de su madre y no la reconoció, nadie podría reconocerla, no para en su casa sino que sigue corriendo hasta el embarcadero y allí se desploma, íntegra, temblando y gimiendo sobre la madera. El lago parece un sudario, ¿por qué se ha muerto aquí, por qué aquí y no arrojándose desde el techo del hospital? La muerte amortaja su vermeeriana intacta, ya nada será lo mismo, nada.

Una gritería se oye allá arriba. Alguien descubrió la ahogada, el almacenero, seguro. El pensamiento de Clementina cruza veloz por su memoria, ¿cómo pudo olvidarse? Corre hacia la casa, sube a tropezones, pero alguien le ha asestado impiadosamente el golpe, alguien le ha martillado una y otra vez la noticia hasta que entró en la pobre cabeza, la mujer del almacenero le tiende la mano con falsa cara compungida, otro le pasa un pañuelo con vinagre sobre la frente, pero Clementina ha quedado atónita, no la ve, no puede verla, mira

hacia el frente como idiotizada, una flor de glicinia se desprende y cae grotescamente sobre su pañuelo rojo anudado en la nuca, parece una campesina que va a una fiesta; pobre Clementina, pensará en su armario con espejo de luna y en el elefante, un elefante irrisorio con la trompa aplastada por los puntapiés de Rosina, se siente descomponer al recordar el pelo enredado entre las algas. Leve, comienza a flotar la brisa. Mira hacia el lago y ve con asombro que su vermeeriana se recompone lentamente. Así, ante sus ojos. La línea azul de las colinas se afina, el lago devuelve la luz como una onda, los olivos se esponjan, o el gris se extiende a lo largo lentamente, la luz vermeeriana comienza a circular con su mejor aspiración metafísica. Sale del patio de glicinias atestado de gentes extrañas y paso a paso, precedida por el niño y el perro, recupera la soledad.

Le preocupaba mucho el estado de Clementina. Los primeros días no la vio ni supo nada de ella, hasta que la *signora* Traglia bajó una mañana como una furia y comenzó a explicarle con su voz irritante y aguda que no resistía un minuto más a la vieja incrustada en los rincones, sin hablar —para qué se cree que le pago, por lo menos antes de poco servía pero hablaba y llenaba la casa, ahora…—, ella se distrae, deja de oír la charla insustancial y chillona abstraída en un botón de terciopelo que está a punto de caer, de qué desván, de qué baúles sacará sus vestidos la *signora* Traglia, todo delata el esplendor de los años treinta, el ascenso mussoliniano, ve a la *signora* Traglia entrando en un salón de espejos con sus terciopelos raídos, un encaje mustio resbala por el cuello sudoroso, con este calor, inconcebible, al fin se atreve y automáticamente señala con la mano el botón que está a punto de zafarse; pero la *signora* Traglia no está para reparar en botones ni en encajes, de un tirón se arranca el botón y se lo guarda en el bolsillo; no, Clementina está imposible, echará a la vieja bufona para San Marino «o ¿si usted la quiere tener un tiempo?». «Sí, yo la quiero, ¡por supuesto!». Trata enseguida de moderar su piedad porque la *signora* la mira sospechosamente. Se está yendo, arrastra al subir sus tristes desdorados terciopelos y esa piel blancuzca de los que no salen en todo el verano para no curtirse, y pasan las horas atisbando el fin del día detrás de los visillos, ¿qué hará el *signor* Traglia, revisará las fotos de Mussolini y sus imaginarios árboles genealógicos?, hasta que la mujer lo arroja brutalmente a ese desquicio de luz estival para que traiga dinero y sale dignamente a hacer sus incursiones misteriosas con su traje de lino arrugado y sus polainas, bajo cualquier calor resistidas, porque son los últimos síntomas, visibles, de la alcurnia.

Al rato baja Clementina y se arrincona en un extremo del zaguán. Ahí queda horas enteras, muda, mirando al vacío. Por momentos se le cae la cabeza y dormita, cuando el calor arrecia más y queda bloqueado entre las puertas, desganado de circular. El niño y el perro

pasan y repasan siguiéndola siempre, hasta que el espectáculo de Clementina convertida en piedra puede más que esta organizada y metódica persecución; llega al dormitorio y cuando se da vuelta porque no siente ni al niño ni al perro detrás, los ve sentados en el zaguán, mirando de frente a la vieja petrificada. Entonces comprende que deberá comenzar a hablar y remplazar con su monólogo el que Clementina interrumpió abruptamente y según parece para siempre. Se da cuenta de que algo falta en la casa, en el paisaje; la voz. Ella y Clementina no dialogaron nunca; Cleme cultivaba la voz sola hasta bajarla y convertirla en el ronroneo incomprensible, y ella se limitaba a mirarla o a sonreír. Pero ahora el niño y el perro, inquietos, necesitan la voz y hay que remplazaría.

—Cleme —comienza a decir—, ¿has visto el hueco que se abrió en el ligustro? Seguro que el perro saltó o lo abrió buscando una rata, habrá que poner unos palos y unos alambres para rehacer el muro, tú sabes cómo son los perros y volverá el terco siempre al mismo sitio a excavar; ¿qué crees, para cuándo dorarán las uvas?, si hubiéramos plantado vides en cambio de tomates hoy ya estaríamos esperando, y los tomates se nos secaron, tú misma decías que era difícil, ¿eh, Clemé?

No importa lo que se diga; la voz se va instalando en el aire dulcemente y el perro y el niño se tranquilizan. Pero Clementina no da señal alguna de vida, por un momento, cuando empezó a hablar, le pareció que se sobresaltaba, pero fue sólo una impresión. Sin embargo obedece —Clemé, vamos para la cocina y me ayudas a preparar el almuerzo—, se levanta y va como una marioneta pero se acurruca en la silla baja de paja y no ayuda nada, por supuesto, vuelve a mirar atónita ese punto del espacio, con una concentración dolorosa. Felizmente llegó un cheque de América, un día el Fiat paró con su ruido estruendoso de motores y depositó un cheque y ella, el niño y el perro, sí, el perro con la canasta en la boca salieron del almacén verdaderamente triunfantes con los *spaghetti*, el chocolate, el azúcar y ella se paró un segundo a decir su oración, «qué bello, dios, qué bello», rubricada ahora por la auténtica felicidad de poder comer algo distinto de las habas frescas; y de verdad el lago desde arriba, desde la carretera, era el espejo más bello del mundo, el espejo de luna del armario de Clementina multiplicado por mil, por diez mil, algo nunca visto con esos pinos acelerados por el viento y el plumaje gris de los olivos como la boa de Sarah Bernhardt, puede ser, rodeando, acariciando el lago.

Entonces hoy han comido y ella trabaja con entusiasmo, «¡eh, Cleme!, ¿cómo era la canción napolitana que me enseñaste en navidad?», pero nada, Cleme se ha encogido y acoquinado como las cabezas reducidas por los jíbaros.

En plena mitad del verano, un movimiento insólito que estremecía los campos reveló que las uvas doraban rápidamente. De una noche para otra los racimos cayeron pesadamente, una oleada de fragancia, algo sensual, vital, indefinible, se abatió por las tierras sembradas de vides. Esa mañana la despertó una sensación mágica, de algo que hubiera cambiado sobre la tierra. El perro husmeaba el aire y de pronto, sin motivo, se puso a correr como loco alrededor de la casa. Acostada aún, empezó a oír una trepidación leve, así debían de oírse los camiones de los ejércitos avanzando, pero ahora era otro tiempo, tiempo feliz y recuperado; parecía un domingo, domingo de desfile, ese olor especial y único de las escarapelas de cinta nueva en veinticinco de mayo en la Argentina, las calles enarenadas y resplandecientes mientras todos caminan por la calle y las rodillas se vuelven maravillosamente marciales; restalla en el aire la felicidad de lo excepcional y es tan increíble que pase algo excepcional en Buenos Aires donde no pasa nunca nada, el veinticinco de mayo era prodigioso porque las calles se volvían cauces, ríos, y una fraternidad pasajera remplazaba la lucha por la vida acometida y sistemáticamente encarnizada en los colectivos y los buses.

Al llegar a la cocina, su euforia choca contra la figura estática de Clementina. El niño le coge una mano y otra, las levanta, pero recaen suavemente; la mueve como a un muñeco de trapo, la sacude, al fin debe amenazarlo para que la deje en paz.

Entonces tiene una idea genial, al menos eso le parece. Decide ir a la carretera y le ordena a la vieja que la siga, lo cual ella hace, obedientemente. Atraviesan el patio de glicinias y se sacuden al comenzar a subir las flores que gotean sin cesar, que se desprenden levemente y caen después de un frustrado intento de vuelo. Dejan atrás la silenciosa casa de los Traglia y pasan sin detenerse por el jardín alto y la sombría cisterna. Acercándose a la carretera ya se siente el movimiento, una secreta algazara que va pugnando por manifestarse, se abre la reja de la puerta cancel, ella sienta a la vieja autómata y muda en un poyo frente al portal y se acomoda con el niño y el perro, a horcajadas, sobre el muro bajo divisorio. Al momento pasa un camión cargado de hombres y mujeres que cantan, se le expande el corazón, así deben de hacerse las revoluciones, o las conquistas, o las colonizaciones, así se entra en las comarcas desconocidas, ha estado tanto tiempo sola que esa vida colectiva la conmueve hasta las lágrimas, tiene ganas irrefrenables de cantar y llorar al mismo tiempo, el niño palmotea y el perro se baja de un salto del parapeto y ladra furiosamente a las ruedas del camión hasta que se pierde en el recodo. Pasa otro y otro. Ella respira con fruición ese aire cada vez más cargado, voluptuoso. Se siente aturdida como si algo perturbador del verano se le revelara de repente; se aferra con cierta

angustia del niño y el perro porque eso es ella ahora, la vermeeriana, el niño y el perro. La angustia se borra súbitamente. Del otro lado de la carretera alguien se asoma a la ventana alta de una casa y comienza a cantar.

Un camión que pasa velozmente frena de golpe al ver a Clementina. Alguien desde dentro la ha reconocido y en un minuto se arma el estrépito más formidable —¡eh, Clemé!— en todas las voces, roncas, chillonas —*vieni dai!, andiam*, Clemé!—, gruñidos ininteligibles, sube el fragor, el camión retrocede estridentemente y se para de golpe frente al poyo donde Clemé sigue mirando al vacío, y de pronto Clemé da un salto, así, literalmente, un salto, aunque parezca absurdo e imposible, da un salto y comienza a hacer cabriolas como si obedeciera a la flauta de un dios pan invisible, los del camión se desternillan de la risa y múltiples manos se tienden hacia ella, Clemé se trepa y ya está dentro del camión donde naufraga en los brazos de sus amigos, el camión arranca, ahora es ella la que se ha paralizado, ella y el niño como dos estatuas ridículamente montadas en el parapeto, pero antes de que el camión doble el recodo Clementina emerge de la masa que la ha devorado, se planta sobre las dos piernas abiertas, se arranca el pañuelo rojo para hacerlo ondear como saludo, y grita: «*tornerò*, Angelo, *tornerò*!», a pleno pulmón, como una voz ronca y jubilosa. La minúscula oriflama roja se pierde en la confusión, otro camión los tapa, doblaron el recodo.

Entonces ella comienza a reírse, se ríe de manera tan incontenible y desatada que casi se cae del parapeto y el niño que no ha entendido absolutamente nada comienza a reírse como un loco, se ríen ambos hasta que les saltan las lágrimas y al niño le da hipo y eso les da aún más risa porque parece un reloj cucú, hasta que ella se acuerda de que tienen hambre y hay comida, ¡oh, milagro!, y bajan como si tuvieran alas.

A la semana regresó Clementina, bronceada por el sol y con dos canastos repletos de uvas, uno pequeño para la *signora* Traglia y uno grande para ella. La vida normal se reanudó y la vermeeriana recobró su más pura nitidez. El verano tenía un aire de eternidad. Ella vivía repitiendo sus gestos sin aburrimiento y sin impaciencia; bajaban hasta el lago y remontaban la colina, exploraban los bordes del lago, recogían piedras bajo los olivos, se acostaban en el prado bajo los pinos, revisaban los jardines. Todo el día estaban los tres en este examen meticuloso de la naturaleza, respirando el aire libre a pleno pulmón, lo que les ocasionaba, después de muchas horas, una especie de cansancio y de ligera embriaguez; entonces se recostaban en cualquier parte, ella de cara a ese inalterable, imperturbable azul, el niño revolcándose por la hierba, el perro ablandado, acometido súbitamente por un sueño caliente, de felpa.

Ella había llegado al punto exacto que deseaba alcanzar; cada vez más permeable a la recepción de las sensaciones mínimas, de la existencia de los objetos, las cosas animadas o inanimadas, todo lo que era y vivía fuera de ella misma; por vez primera podía librarse de sí misma y ver el mundo, descubrirlo en esa palpitación vasta, constante e insólita. Había iniciado esta tarea voluntaria de salir de sí misma como un acto de contrición, quería castigar su egocentrismo, quería diluirse en los elementos más insignificantes y al mismo tiempo crear con todos ellos un ámbito verdaderamente significante, donde ella se encontrara contenida, incluida. Pero para alcanzar ese estado de beatitud con respecto al mundo a su alrededor, no sólo debía deponer las armas, rendirse sin pactos o componendas, sino así, totalmente, hasta llegar a reconocer que el movimiento de una nube, la caída leve de las glicinias sobre el patio, eran más bellos e importantes que un gesto suyo; debía también dejar de pensar en ella misma, en su matrimonio, su hijo, sus cosas, su libertad, sus museos, sus calles. Su propósito de aprender a compartir, a ceder, tomaba no obstante las características absolutas de todos sus actos; y en esto volvía a reconocer su estilo y sentía, por momentos, la impresión clara de que iba a fracasar. Clementina le hacía mucha falta; su ronroneo monocorde la ayudaba mucho a entrar en esa irrealidad apoyada en el verano. Mientras Cleme hablaba ella dejaba totalmente de pensar, fascinada por la interminable ilación de palabras, por ese lenguaje directo y vital, sin ideas, promovido por el movimiento de los labios y las cuerdas vocales, y la lengua y la garganta, pero absolutamente exento de propósito. Sin Clemé volvía a sentir la angustia de las ideas, de los recorridos interiores, algo la empujaba a penetrar de nuevo en el laberinto y ella se negaba, se ofuscaba; entonces recurría al niño y al perro que volvían a representar, lo mismo que Clementina, la vida en sí y porque sí, sin embudos, sin meandros. Por un momento restablecía ese equilibrio lineal a que aspiraba y que le dejaba un goce explícito, sereno; pero no podía dejar de sentir, en el fondo de este trabajo minucioso, qué estériles eran sus esfuerzos y como en el silencio, en la oscuridad, cuando la luz perpetua ya no nimbaba las cosas con la onda de Vermeer de Delft, se iban agazapando oscura, torrencialmente, la angustia, la desesperanza, la rebeldía.

Por eso, cuando regresó Clementina la recibió con verdadero júbilo; ya mientras sacaba las uvas de las canastas y las iba alineando sobre la mesa de mármol de la cocina como una guirnalda y en la cocina se agolpaba una frescura, un aire de dioses rescatados, Cleme comenzó a hablar de nada, contaba detalles de la vendimia pero sus palabras como siempre iban y venían, parecían acercarse a una idea y la rechazaban, volvían para atrás y se complacían en una interjección, los adjetivos volaban dispersos, todo entrecortado por gemidos leves,

por exclamaciones desligadas del contexto. No se refirió para nada a su cambio vertical ni intentó dar alguna explicación racional a su incomprensible actitud; pero ella sabía que en cualquier momento, cuando menos se lo esperara, Cleme daría la clave de su transformación, y así fue días después cuando llegaban los cuatro al embarcadero a ver de cerca el lago que imprevistamente se había llenado de olas, Cleme aseguraba que algo se había descompuesto en las fuerzas, dioses subterráneos que vivían bajo el lago, ella siempre estaba rodeada de dioses justificadores y vengadores; en todo caso llegaban al embarcadero y Cleme cortó bruscamente su intento de explicación mágica sobre el oleaje inusitado que había promovido un rumor sordo, extraño, para increpar a la muerta, nunca había entendido a su hija Rosina, no, pero ya eso no le preocupaba porque Rosina no le tenía apego a la vida y por lo tanto no valía la pena que viviera, la vida había que merecerla viviéndola a fondo, agradeciéndola diariamente; jamás comprendería que se hablara de la muerte y mucho menos que se la anhelara o reclamara. En eso no se piensa, eso descarga la furia de los dioses, hay que asumir, consumir, estrujar la vida, todo lo demás no sólo es mentira sino también cobardía, por eso ella no puede preocuparse ni condolerse por la muerte porque la muerte es una ficción, una ficción provocada (no lo decía así, desde luego, sino que ella iba traduciendo la melopea a un idioma comprensible); la rabia de Clemé iba creciendo y ella comprendió con repentino dolor que Clemé se defendía, defendía con uñas y manos su derecho a vivir y su concepto primario, bárbaro, de que uno podía elegir la vida o la muerte; bruscamente Clemé se volvió contra ella y dejó de vapulear el pobre cadáver de Rosina, ya su furor tomaba otra dirección y, a pesar de ser ella la eventual víctima se alegró y respiró al fin libremente. Clementina tenía que salir de su enredado litigio con la vida y la muerte y la increpaba, por ejemplo tú, cobarde, tú crees que vivir es andar por la orilla del lago silbando con tu hijo y tu perro, no, desengáñate y termina la comedia o serás castigada como Rosina. Y vuelta a Rosina, bien hecho, etc., en fin, la tormenta va pasando, lo mismo ocurre con el lago, sin razón comienza a perturbarse y encresparse y sin razón recae en su lámina perfecta.

El domingo en que Clementina estaba libre de su servicio con la *signora* Traglia se fueron a San Marino a pie, por la carretera, para ver el armario con espejo de luna que Rosina, finalmente, nunca había aceptado. La pieza de Clemé estaba al final de una casa baja con hileras de patios donde varias familias amigas vivían en franco inquilinato. Montones de niños semidesnudos y escandalosos gritaban y saltaban en los patios. El niño y el perro, muy juntos, los miraban con estupor como si fueran seres de otro planeta. Ella se sintió mal por el calor asfixiante y la gritería y maldijo interiormente por haber

abandonado el reino solitario de la casa y del lago. La pieza no era realmente una pieza sino una covacha, una especie de corredor largo y angosto totalmente ocupado por una cama enorme, de metal dorado, en primer término, con un ángel tocando una trompeta que Clemé mostró enternecida hasta las lágrimas. El flaco colchón a rayas y un edredón descolorido estaban levantados y enrollados a un extremo de la cama, porque Cleme sostenía que una cama tendida era la tentación y que de pronto alguien entraba y se acostaba, mientras que así no se atreverían a usarla. Detrás de la cama, es decir al fondo de la covacha-corredor, Clemé había intentado inútilmente acomodar el armario y al fin, comprendiendo que de modo definitivo el ancho de la pared era menor que el del armario, se había resignado a colocarlo en ángulo. El armario parecía un barco a medio atracar, el enorme espejo de luna reflejaba cándidamente al ángel de la trompeta, pero ninguna de las tres puertas del armario podía abrirse, lo cual era indiferente para Clemé porque no tenía nada, absolutamente nada que meter dentro. Ella y el niño se sentaron sobre los elásticos de la cama al lado de Clemé, que miraba profunda y respetuosamente su fabuloso armario. El perro se recostaba contra el hueco de la puerta y detrás, en el patio, la reverberación del sol era tan intensa que cegaba. Por fin Clemé se rehízo, suspiró y comenzó a hurgar con cara de malicia en el colchón doblado, hasta que sacó un lamentable muñeco de trapo; el elefante de Rosina. Entre atónito y horrorizado, el niño miró la cosa que le extendía Clemé pero ella rápidamente agarró el elefante y comenzó a acariciarlo, hasta que el niño se sonrió, tranquilizado, y también alzó su manita para tocarlo. La visita había terminado. En San Marino compraron dulces y se sentaron en una terraza sombreada para tomar la granita de limón.

Clemé, que exultaba, no quiso que ella pagara nada y se decidió entonces que irían a Roma cualquier tarde pero esa vez sería Clemé la invitada. Clemé jamás había estado en Roma y su excursión más lejana del *paese natale*, Marino, se limitó a los viñedos del *commendatore* Carli, que se extendían suavemente por las colinas que bajan desde Castelgandolfo a Roma. Clementina le contaba que por las tardes, al acabarse el trabajo, se sentaba sobre un montículo y allá lejos veía encenderse las luces de Roma; nunca había tenido ni ansia ni curiosidad por llegar a Roma. Ella era una campesina, y su mundo no incluía la ciudad de Roma.

Dos tardes después bajaron a la ciudad. Aprovecharon el viaje de un amigo del *signor* Traglia y llegaron a Roma a las dos de la tarde y depositados en la Piazza Essedra porque ella quería ver la Venus del Museo delle Terme, pero Clementina se quedó fuera, negándose terminantemente a ver «gente desnuda». Entró sola con el niño de la mano, incómoda sin el perro, sin los pinos y sin el lago; pero apenas

franqueó el umbral y comenzó a aspirar ese olor especial del museo, olor de piedras y mármoles reposados, apenas entró en el espacio claro y detenido de las salas, todas las antiguas caminatas, los éxtasis, las felicidades y los asombros, el dolor perdido de los pies, la angustia de ver, las recepciones prolijas de la memoria, todo su deambular solitario, lo que ella había sido y aún ahora, en el fondo, seguía siendo pese al voluntario olvido y destierro de sí misma, todo volvió como una bocanada, y se paró un segundo, trastabillando. Llegó hasta su Venus y la contempló largamente; «su» Venus; todavía, después de todo, le quedaban cosas suyas. La abolición de la memoria fracasaba estrepitosamente. Ése era su mármol, su mano ahuecada, su línea melódica, continua, bajando y subiendo por la cadera, su descubrimiento de la forma aplacando sin cesar a la materia, desde la antigüedad, el mundo alejandrino pedía excusas por jugar con la dignidad griega y trataba de prolongar, inútilmente, el fluido goce de lo físico y filtrarlo a través de los duros estoques del cristianismo.

La historia era cosa terrible, física, sensual, carnal, visceral y ella quería apaciguarla y aniquilarla con la placidez sobrehumana de Vermeer. ¡Ah, no!, pero allí estaba, se defendía, flameaba en la sala vacía la bandera enérgica, silenciosa, de una gloria impura, la de vivir y padecer en cualquier forma, pero vivir y padecer.

Perpleja, arrastró al niño que tocaba, extasiado, la frescura del mármol. Afuera, el calor de Roma parecía de caldera, algo artificialmente montado y exacerbado hasta el máximo. Al principio, deslumbrada, no vio a Clemé por ninguna parte, hasta que un grito destemplado resonó en el aire y la descubrió adentro de la fuente en la mitad de la gran plaza empedrada, los zapatones en el borde de la fuente y las faldas arremangadas. Debió de comprender, sin embargo, que estaba cometiendo una profanación o algo espantoso como subirse a horcajadas en la Venus o cualquier cosa así, porque en un segundo estaba fuera de la fuente, calzándose con aplicación; pero a medida que caminaban y se internaban por las calles del horno su malhumor volvía, mascullaba amenazas contra Roma y contra la inutilidad de salir del campo, eso no era vida, imposible respirar, las casas cerradas y ni un alma por las calles, qué han hecho con los perros y los niños. Ella no se dejaba aplastar por el ronroneo de Clementina. La ciudad se le volvía a entregar piedra a piedra, como en las caminatas de otro tiempo perdido. De nuevo avanzaba hacia ella su gran viento barroco, comenzaban a caerle cornisas y oropeles, barandas, guirnaldas y columnas torneadas, fuentes, escalinatas. Los estucos se inflaban, se desprendían de las paredes, pulverizaban su polvo de oro sobre ella. Santa Teresa de Santa María de las Victorias se retorcía, la flecha angélica la atravesaba de parte a parte; renacimiento, imperio, edad media, quedaban masacrados por el Barroco. Roma era la trampa, la

tentación de la carne; podía tener todos los Papas que quisieran, y los guardias suizos con las caras más impávidas, pero el paganismo resbalaba por las columnas berninianas de la plaza de San Pedro y salpicaba voluptuosamente los palios.

Ajena por completo a este crecimiento de Roma en su sangre, Clementina caminaba furiosamente detrás de ella. Su malhumor sólo cedió cuando comenzó a verse el verde cada vez más denso de Villa Borghese y por fin el Pincio se abrió íntegro, el más espléndido jardín del mundo afiló sus pinos, sacudió sus grandes árboles y un olor de verde caliente, de humus, subió imperiosamente abriéndose paso entre la piedra, el mármol, el asfalto. Clementina y el niño corrían entusiasmados y ella echaba de menos al perro que debía de estar con el hocico pegado debajo de la puerta cancel, esperándolos. Su vida se le apareció como una paz ficticia, espantablemente frágil. La vermeeriana levantada con tanto celo, con tan infinitos cuidados, corría el peligro de hacerse añicos por los mandatos secretos de Roma. Trató de distraerse acercándose al campo de juegos donde el niño ya trepaba a un burro gris, redondo, algodonoso, ayudado por Clementina que tiraba del cabestro, pero la ¡dea volvía y volvía a su cabeza, o, mejor dicho, el temor. Temía el estallido de ese cristal finísimo del cual se había rodeado voluntariamente. Tejer una envoltura fina y leve de vidrio es tan difícil como increíblemente fácil que se desmenuce en un instante. Se sentía al borde de esa disolución, de esa catástrofe, y cerró los ojos tratando de no pensar qué sería de ella en caso de que esto ocurriera.

Cleme trotaba llevando al burro y tironeándolo sin piedad, azuzada por el niño transformado, radiante.

Pasaron toda la tarde en los juegos, incansablemente. Al fin logró arrancarlos de los juegos, los burros, los carros que chocaban, el carrusel, y emprendieron el regreso a Castelgandolfo. El bus estaba atestado de gente y de nuevo se sintió el calor asfixiante del mediodía; pero por todas partes trataba de abrirse un crepúsculo impregnado de morados enormes, apaciguadores. A la media hora de salir de Roma el calor cedió y el perfume acre y a la vez tierno del campo se abrió paso entre los cuerpos sudorosos apiñados en el bus.

Bajaron lentamente por las escaleras, bordearon la cisterna, pero ella no quería levantar la cabeza para mirar el lago, el rectángulo de las glicinias, los árboles. Tenía miedo de que su vermeeriana se destrozara delante de ella, de que las líneas puras de las colinas estallaran, reventaran en miles de esquirlas. Miraba encarnizadamente los escalones de piedra que tenían un color gris antiguo, de cosa muerta y desenterrada.

A la mañana siguiente el día comenzó como todos los días; sin embargo, había desaparecido su espíritu de rito, los movimientos no

correspondían a la ceremonia de que cada objeto, cada cosa, se había paulatinamente rodeado. A mitad de la mañana comprendió que no podría soportarlo ni un minuto más. Fue hasta la puerta del patio de glicinias seguida por el niño y el perro y tuvo el valor de mirar largamente, interminablemente, el paisaje vermeeriano, hasta que lo fue cancelando, pedazo a pedazo. Cuando terminó su análisis y cancelación decidió que había terminado el verano, que el tiempo de la paz también se había terminado. Clementina la encontró cuando ya las maletas estaban por cerrarse, los armarios se habían vaciado y toda la casa tenía ese aire indefenso de los lugares deshabitados y a la espera. Se quedó paralizada en medio de las cosas a medio cerrar, la miró sin entender por un segundo y luego se puso a cantar a grito herido mientras la ayudaba a terminar de poner en orden todas las cosas.

Cantaba desafinando terriblemente y a ratos parecía que la voz se le quebraba, pero tal vez era sólo una impresión; porque Clemé estaba de verdad contenta, contenta hasta el fondo mismo de su fresca, inocente alma, por que ella hubiera resuelto vivir.

IV

¡pasel ¡veal ¡entrel
al laberinto del amor…
Letrero de un parque de diversiones

Sí, amor mío, amor, querido mío, claro que sí, por supuesto, el aire es tan transparente como el sí, sí te amo, sí te necesito y eso es, básicamente, la idea misma del amor, la necesidad. Yo te necesito y no sabré nunca si tú me necesitas, puede ser que lo digas y hasta sea cierto, pero cómo comprobarlo, una necesidad no se transmite, no puede sino sentirse así, totalmente, la necesidad de amparo, la necesidad de compañía, la necesidad de ser dos, de sentirse dos. Sí, el cielo desde aquí se ve increíble, morado, color de piel de uva, un extraño, ceniciento, translúcido color que jamás se hubiera imaginado para el cielo. Este cielo color de párpados alguien lo escribió y me limito a repetirlo, pero lo repito con languidez, con felicidad, apoyo la cabeza en la almohada y la echo bien hacia atrás, veo la ventana al revés, un rectángulo donde no hay más que el cielo morado, el cielo color de párpados; el mundo visto al revés, vacío y traslucido, sólo cielo. Sin embargo tu mano se atraviesa en el rectángulo, queda suspendida sobre el cielo, se abre, se afirma sobre la piel finísima de las uvas moradas. Esa mano baja y sale del rectángulo de la visión; tu mano queda sobre mi cadera, pero ése ya es otro mundo que no tiene nada que ver con el rectángulo del cielo; se apoya y pesa, amor, pesa dulcemente, y a pesar de que ese cuerpo es mío y siente y recibe la huella no puedo apoderarme sino del rectángulo del cielo al revés. Recibe el tacto de tu mano como si fuera otro mi cuerpo, otra tu mano, y no tú y yo la misma cosa, una sola felicidad, un solo estado de alerta y de aquiescencia. Tu mano se apoya sobre algo duro, el hueso de la cadera es como un monte, una colina, una cordillera. Imagino tu mano pero no quiero verla, no quiero, de repente resulta una extraña mano, una mano de hombre, opresiva y ansiosa, largos, fuertes dedos, pero no. La imagino como es, sí, capacitada para las mínimas caricias, parece imposible que una mano masculina pueda ser tan leve, pueda reconocer las cosas con tal cautela, con tanto secreto pudor y al mismo tiempo ir engendrando el calor, organizándolo, articulándolo hasta que pasa de una zona a otra, va ascendiendo desde la más imperceptible tibieza, y al fin los dedos leves, incomprensiblemente dulces dedos dejan un hijo invisible sobre la piel, una quemadura en las colinas, en las cordilleras. Sí, la ventana está abierta y los ojos se van volando allá, al espacio, atraídos por el rectángulo morado; de niña me decían que si la tierra cesara de girar un solo segundo saldríamos proyectados al infinito, y todos mis sueños, las pesadillas pegajosas, húmedas, de la infancia, se relacionaban con la proyección en el espacio de mi cuerpo como un

bólido, ¡ay!, mis crímenes habían paralizado la tierra y todo saltaba de ella brutalmente, espantablemente, al segundo la tierra seguía girando vacía, despiadada, y mi cuerpo se hundía, se disgregaba en una nada azul, negra, flotante. Tu mano, tu mano, tu mano…

Decíamos que la ventana está allí, abierta, pero como no se ve más que el cielo ninguna ciudad nos perturba, ni sabemos qué ciudad está allá abajo, ni nos importa, porque lo maravilloso, lo indescriptible de ser dos es que se puede prescindir tranquilamente de todos los demás números, desde el tres hasta cualquier cifra, cualquier millón.

Ellos están ahí abajo, entran, salen de los supermercados, llaman a los taxis con la cara angustiada, sosteniendo convulsivamente sus portafolios, o pasean los cochecitos de bebé buscando en vano la entrada del parque, pero resulta que la ciudad no tiene parques nunca, jamás se calcula esa necesidad de los bebés de respirar en zonas verdes, y los cochecitos ruedan, vuelan, por las escalinatas de los metros; es posible que la ciudad que está allá abajo tenga subterráneos y también es posible que no; tantas ciudades hemos visto, tantas ciudades con ríos y sin ellos, planas y con colinas, tantas torres y edificios de apartamentos, tantas calles lisas y empedradas, que ya da lo mismo, exactamente lo mismo, abordar una ciudad o la otra; lo único que importa es estar así, amor; con esa mano que inclusive puede ser la tuya o la de otro, pero que como condición indispensable para ser mano, para ser reconocida y acogida como tal, debe ser capaz de todas las sutilezas, de todos los olvidos de sí misma; y así incorporarse a otra piel, la mía, irla encendiendo del modo más misterioso y remoto, nada indica que se va a producir un incendio, las yemas de los dedos palpan, tocan apenas la larga geografía extendida, el cuerpo, y atacan de pronto rápida, veladamente, algo se irrita y comienza a arder en un mínimo pedazo de piel; así empieza el fuego en las montañas, y en todas partes, claro, pero me acuerdo en especial de las montañas porque siempre he pensado que el fuego se generó en una montaña, allí, por vez primera, después de los actos triviales de un picnic con sándwiches de mortadela y de la peor vulgaridad y cansancio de los gestos de los durmientes; alguien que no quería hacer el fuego ni estaba en absoluto dotado de poderes mágicos o de la alta, inmensa dignidad requerida, alguien botó un fósforo sobre el montón de rastrojos y hojas secas, y lentamente se fueron todos, bajaron porque ya era la hora del crepúsculo, sin imaginarse en sus infelices, pobres, menguadas cabezas, lo que ocurriría al llegar al pie de la montaña. Apenas ellos la abandonaron una crepitación finísima comenzó a temblar, a azorarse, al pie de los pinos; y una llamarada, de pronto. Enorme, pura, enlaza cada árbol como una serpentina, el ruido, el calor se vuelven épicos, fenomenales. Nada más que ese fuego exasperado, bélico, subiendo por los árboles y obligando al cielo

a cambiar de color, a tomar ese tono morado, de azules impresos sobre fondos rojos, sobre sangre dura, coágulo. El mismo cielo del rectángulo de la ventana, ahora sin incendio, terso, limpio, tal vez la imperceptible quemadura que dibujó cada vez más duramente tu mano sobre la cadera tiene el poder de reflejarse, cambia el azul. Así como detiene el tiempo, así como paraliza la memoria. Una memoria despojada de todo, de ciudad y de gente. Un tiempo que se consteló aquí, como si fuera agua o vidrio, entre las cuatro paredes del cuarto. Levanto la cabeza, me duele el cuello. Le duele y siente vértigos, como si hubieran comenzado a decapitarla. Acomoda la almohada y así ve la mano, de repente, la causa del incendio; pero la mano resbala por su cadera y cae exánime al costado de la cama. Es gracioso, tierno, ligeramente ridículo, ver una mano de hombre cayendo abatida, una mano oscura de guerrero cambiando de vocación y destino y arrancada de su panoplia. Mano para escudo pero sin él, ya está cerca del suelo y encuentra en el camino las borlas duras de la colcha, un edredón jaspeado con madroños, y lejos de rechazarlos se complace en ellos, trenza un madroño con el otro, se enreda en el bordado, juega. Sí, amor, alma mía, todo está en orden y meticulosamente fuera del tiempo y la memoria. Nada pasará mientras nos defendamos del tiempo y la memoria, nada entrará por la ventana, ni pajarracos mortuorios de grandes alas fúnebres ni el Montgolfier de los chocolatines Nestlé; nos protege el olvido, el abandono, la muerte, el amor, la felicidad. Lo mismo daría que fueras tú u otro, pero eres tú ahora, el último, único capaz de producir ese efecto. Fuera del tiempo y la memoria, confundiendo deliberadamente la noche con el día y esta ciudad con otra y los cielos al revés con el pellejo de las uvas. Sólo queda, entonces, el espacio. Exactamente el espacio que se necesita para amar, o sea ser dos, o sea sobrevivir de la soledad y la muerte. El espacio justo de la defensa contra la muerte, un cuarto. No el paisaje, donde precisamente la soledad alcanza a expandirse, puede volverse malévola y punzante y terminar con los reductos, con las seguridades elementales. No la calle, no el café, no la casa entera, donde meandros, laberintos, recovecos, se agazapan para mostrar que los espejos multiplican y es posible cualquier metamorfosis en los espejos.

No hay nada, nada, más protector que las cuatro paredes. Están en el cubo, la forma perfecta, defendido del paisaje y de los hombres, amparado por las aristas del techo, los zócalos, la neutralidad del cielo raso, una pared empapelada con arabescos grises que no llegan a formular ninguna imagen y cuando parece que se convertirán en ánfora decaen, se aburren del esfuerzo y vuelven a repetir una línea gratuita en el aire. Te ampara también el tapete gris que cubre enteramente el piso y apaga todos los sonidos: no se sabe cuándo estás

parado, cuándo acostado; los gestos adquieren automáticamente un aire velado, aterciopelado. Sin embargo, cuando ya estabas completamente reconfortado y fuera de peligro, del peligro doble de las presencias extrañas y los ruidos identificares, se produce un ruido alarmante, cotidiano. Una llave entra en la puerta, el pestillo gira y entra el criado con la bandeja del desayuno. Entonces tú, que estás revestido de la magia, misterio, milagro, que concede estar enamorado, amar, ser dos, levantas esa mano que se distraía trenzando los madroños de la colcha y la suspendes un segundo en el aire. El movimiento ha sido tan rápido que ninguno de los tres habitantes de este planeta cerrado —cuarto de hotel— ha podido calcularlo ni preverlo. Pero bastó. Un muro de vidrio finísimo se interpone entre el criado y nosotros. Disgustado, al chocar con ese obstáculo, el criado busca la esquina del muro de vidrio, la encuentra, y vuelve, triunfante, a adelantarse hacia la cama, pero otro gesto tuyo levanta un nuevo vidrio y de nuevo se paraliza, busca la salida, avanza, queda nuevamente bloqueado y así hasta que se forma un laberinto duro e imperceptible, el criado bufa, no se da por vencido ante este espanto innombrable que deshace su noción de lo cotidiano, al fin comprende, cede, se derrumba entre dos láminas delicadas y firmes y ruedan las cafeteras de plata por el tapete gris, sin ruido. Es el momento en que tú bajas la mano, los muros de vidrio se desvanecen, el criado se levanta, muy digno, arregla su chaqueta de hilo blanco, recoge las cafeteras y se va hacia la puerta de salida; pero no se atreve a tomar represalias ni a golpearla. Comprende que ha sido cosa de magia. Pasa un segundo y nos reímos como locos, verdaderamente como locos. Pero nos debemos callar enseguida, porque se siente el ruido de la llave, gira el pestillo y entra el criado, tranquilamente, deposita la bandeja con las cafeteras de plata en la mesita de noche y se va sin dedicarnos ni siquiera una mirada.

Pero ni él ni ella hacen tampoco el menor gesto de darse por enterados de esta intromisión de lo real, de lo visible, en una vida inventada por ambos, despojada de tiempo y espacio. Demasiado frágil, demasiado breve vida para apresurar su muerte, su caducidad. Aquel imponderable cielo color morado tiene la ventaja de no definir ninguna zona del día; podría ser el crepúsculo de Bogotá, cuando la ciudad más fea del mundo se vuelve de golpe asombrosamente bella porque una luz transparente envuelve y redobla cada cosa, la intensidad es tan perceptible, la intensidad y el rumor secreto de las cosas, que no hay modo de distraerse de ella, de evitarla: la pupila se queda fija en las montañas talladas a punta de diamante, en los bordes, en las aristas: un mundo borroso, gelatinoso y sucio se define, no importa qué forma se vuelve nítida y cristalina. Azul, naranja, *chartreuse*, un aire que pasa rápidamente de un tono a otro baña la

atmósfera hasta que llega el rojo final del sol, la inquisición tardía, enorme, desesperada. Un minuto de rojo teñida al fin de su color natural, el rojo, la sangre, la íntima y secreta barbarie, y la ciudad naufraga en la noche, vuelve a ser esa horrible, disparatada ciudad sombría, llena de huecos, de edificios inverosímiles, sin estilo, ni moderna ni colonial ni francesa, ni nada, una acumulación porque sí de casas también porque sí, de habitaderos con planta baja y cuatro dormitorios con el sagrado corazón a la entrada y los muebles *artecto*, o en el mejor de los casos falsas antigüedades, una consola dorada ayer o un cofre con clavos alemanes: pero nada de eso importa porque la ciudad tuvo exactamente el momento que necesitaba para defenderse de sí misma, los quince increíbles minutos del crepúsculo y su alma está salvada. Este cielo enmarcado podría ser, digo sólo podría porque no es, no es ninguno, no es identificable, el del crepúsculo en Bogotá, o también el de Nueva York por las noches, cuando la luz de esa cosa horrible, indescriptible, llamada Broadway, esa feria de homosexuales mezclados con transistores, mantones de manila y pizzerías comienza a encenderse y aclara el cielo entre los rascacielos, le da un aire dudoso y absolutamente mágico de mediodía, de perpetua, turbia y líquida madrugada. Otros cielos hubo, así, como éste, amor mío, lo terrible es que no podemos ser ni tú ni yo ni nadie completamente amnésicos. La abolición de la memoria deshace en ella los hechos como condición fija, inmutable, pero en revancha los hechos se fragmentan, se desmenuzan, miles de esquirlas de memoria llenan este cuarto y cualquier cuarto y el amor está asaltado, poseído, incrustado en esas esquirlas. Por ejemplo ella va ahora en un extraño bus y baja, ya está bajando, en un parque de diversiones. Siempre amó estos parques que le parecen un cuento cruel, porque resulta demasiado ingenuo creer que de verdad la gente goza inocentemente con el tiro al blanco a los patitos de plástico y no está asesinando en potencia o de verdad a sus enemigos personales; y esos gritos que todos dan, compuestos desde luego, ensayados en los espejos, cuando la rueda llega a su cúspide y baja brutalmente; ama este final inconcebible, melancólico, de los misterios dionisíacos, entre usted aquí, la iniciaremos en el túnel del amor, en los vericuetos más lóbregos donde los esqueletos, y ya se sabe que el miedo es afrodisíaco, saltan en las curvas del trencito; esto era un bosque en otro tiempo, un bosque con ménades que trepaban por las rocas hasta que llegaban a ver abajo el mar como un estanque de plomo, de mercurio, y tal vez gritaban de ménade a ménade mientras las trenzas se despetalaban y escurrían, sudorosas; pero ahora la ménade es una vieja con un bolero de terciopelo lila salpicado de lentejuelas oxidadas; rubia, oxigenado, extiende la mano y dice con voz cascada: «entren, conozcan los misterios en el túnel del amor». Ella paga su

boleto pero no entra porque no resiste que ese despojo intervenga, se atreva a nombrar la palabra misterio, entonces baja al azar por el parque de diversiones atraída, empujada por los sitios donde hay más bullicio y escándalo, la catarsis se realiza brutalmente en la pista de automóviles que chocan, una muchacha persigue con los ojos brillantes el carrito manejado desaforadamente por un James Dean de parque de diversiones y al fin lo choca, saltan estrellas fugaces y se dobla, jadeando, sobre el diminuto volante. Y cuando ya está llegando a la convicción de que el misterio ha delegado todo poder y ella misma va a claudicar, va a entregarse a esa facilidad mecánica de la catarsis, ve enfrente el increíble lago, el agua quieta metida en un dique rectangular y solo, navegando solo en la mitad del encarcelado, sometido mar, el más grande cisne que ha visto nunca, un inmenso cisne de dos metros que se desplaza silenciosamente, como si el escándalo de la feria quedara disuelto, petrificado, a su alrededor. El cisne aborda lentamente una orilla; enseguida, sin ruido, da vuelta como un gigantesco trasatlántico y viene hacia ella, fascinada, herida de vida, no de muerte, transportada por el milagro. A dos pasos, el cisne se detiene; nítida, su caparazón de material plástico brilla de pronto bárbaramente, a la luz de neón que se prende y se apaga; pero en este mismo movimiento, sombra cuando el cartel se apaga, y el cisne entra en la región remota de lo fantástico, de lo posible pero no real; luz, se encienden una a una las luces de neón del cartel, letra a letra, amor mío, Asbury Park; y el cisne entra en el terreno monstruoso y maravilloso de los cómics gigantes, se le descascara un ala y alguien escribió un nombre, Jack, sobre el ala pero cuando el cisne se define en el inmenso cómic viene de nuevo la sombra, y así, infinitamente. Alguien dice, ah, alguien habla de la playa y los sombreros de paja, pero es la noche, no importa, con el calor nocturno la gente hormiguea en la playa. El ruido de voces sobresalta al cisne; llega una gran ráfaga, una bocanada ardiente del parque de diversiones. El cisne se tambalea, se desamarra con su movimiento puro de barco abandonado, y parte.

Todo cielo es playa, aterida, constelada, despojada playa. Toda nube es brazo de mar, todo mar es nube, todo aire es salobre, húmedo, cuando se recuerda el mar. El recuerdo del mar está hecho de partículas finísimas, infinitesimales. Porque todo recuerdo de mar es arena, algo imperceptible que se instala, anheloso, en el viento. Ella vuelve a bajar la cabeza hacia atrás en la almohada. El rectángulo color de uvas permanece exacto, inalterado, pero si las partículas de arena movediza se interponen, en un segundo será playa. Aquella oscura playa de Asbury, el único sitio del mundo donde la playa está abierta en la noche, y grupos informes susurran en voz baja rodeados de una brisa mojada que los va circundando, parecen médanos,

camellos recostados, un Sahara negro, extraño, las voces se apagan con el ruido del mar y todas las palabras, flotando, hechas girones, quedan desvirtuadas; se oyen sílabas, vocales, frases ininteligibles, entrecortadas, una risa ahogada, todos náufragos del sol, desvestidos en la brisa impúdica y fresca; la playa parece un dormitorio colectivo, un lugar secreto para abrazarse entre las asperezas, la irritación del salitre; lo más inconcebible es que las mujeres se tienden en la arena exactamente igual que bajo un baño de sol, se colocan el sombrero de paja, los atroces sombreros con cintajos, cascabeles y flecos dorados, hundidos sobre la frente. La playa adquiere un aspecto fantasmagórico, de negativo; posiblemente es una gran broma de un fotógrafo celeste y en un segundo se descorrerá una cortina y saldrá el sol, tal vez sea éste otro espectáculo del parque de diversiones, pero no, así es la cosa, la playa en plena noche llena de bañistas apagados y sonámbulos, las voces resuenan como si tuvieran un eco, un ribete plateado, voces con orla, figuras yacentes aureoladas por su respiración queda, por su voz en sordina. También ella se recuesta sobre la arena y lo maravilloso es que la arena está caliente en plena noche, la arena arde y va entibiando la piel a través de la seda fina del vestido, moldea las piernas, los brazos, así se estira y doblando la cabeza para un lado ve un cielo de pozo, una alegre, honda tumba salpicada de estrellas, y girando la cabeza para el otro lado se descubren los parapetos escalonados del balneario y encima, en las cúspides de las grandes, absurdas torres, el enorme cartel de neón que se prende y se apaga; cada vez que estalla en el cielo el nombre Asbury Park, cada vez se enciende el cielo, cada vez, cada vez, cada vez. Entre los relámpagos del neón el cielo se ve de pronto exactamente igual a éste; lila violeta terso, tierno, emplumado, antiguo, cauto, cielo de estampa extraviada. Por eso regresó Asbury, el recuerdo más bello, el inmenso cisne de material plástico con Jack, el nombre estúpido grabado al costado, y aquella playa negra, igual a la otra playa nocturna, a cualquier playa nocturna; no viene el recuerdo entero sino la esquirla, se estrella en el rectángulo violeta de la ventana, y otra se estrella y desmenuza detrás suyo; pero toda la arena impalpable no es dorada, no, es negra y nocturna arena siempre. Una playa más pequeña, la que se estiraba detrás del parque de diversiones, detrás de las cabinas de fotografía relámpago donde ella se sentó con un sombrero de cándida paja y cinta negra *y flash*, una mano perfectamente invisible y anónima la fotografió y le dio enseguida, detrás de una ventanilla tapada, por un orificio, las tres copias a cambio del dólar; entonces dejó las fotos en el borde de la ventanita y se fue pensando que alguien las recogería y se preguntaría, absorto, quién era aquella desconocida mirando al vacío bajo un ridículo sombrero de paja. Hay que dejar huellas, rastros, el anillo de

oro que identifica a los suicidas, fichas de teléfono, monedas; pero no estaba en absoluto triste sino todo lo contrario, radiante, proyectada hacia el círculo inmenso de tiza fantástico por ese solo nombre, Asbury, la sangre donde debía estar, y las uñas y el pelo y las pestañas en su puesto, todo vibrando o latiendo rítmicamente a la manera de quien está viviendo y respirando y oyendo cómo vive y respira, con la conciencia exacta de desdoblarse en otra persona. Así como esa pequeña playa negra y grotesca se desdoblaba en otra enorme, caliente y vacía, que podía estar en el Caribe por la espesa densidad del aire, el aire pesado y sensual como una catapulta siempre apuntando al blanco tímido del cuerpo y dando aquí y allá, rebotando, en una permanente trepidación que no deja un minuto de paz, espacio sosegado.

Recuerda muy bien aquella playa negra, enorme y vacía. Dondequiera que esté cierra los ojos, y la playa se desenrolla como un tapete mágico, como la piel de una tierra redonda y caliente, extraño, poderoso calor del Trópico que no se parece en nada a esa abrumadora capa pegajosa y postrante de Buenos Aires. No es un calor sometido a las calles, a los zaguanes donde se agolpan las silletas de paja, calor miserable, urbano, que lleva a las gentes a la vida paralítica exangüe, a la espera de horas, días, meses, que la plancha ceda y pueda volverse a ejercer normalmente la función de respirar. No; el calor del Trópico es precisamente algo para respirar, una bocanada que se alinea a la larga orilla del mar, el Caribe la estimula y la hace flamear, la llena de espuma y partículas luminosas, la lava sin cesar, la retoma lavada y la sacude; el calor tiene algo de bandera o de velamen porque resuena y chasquea en el aire, no aquella cosa amodorrada y petrificada de los zaguanes, no.

Aquella playa nocturna comienza a desplegarse entonces, ahora como en todo momento bajo sus párpados cerrados y es tan intensa la felicidad que ya no siente la mano leve sobre la rodilla. La playa está aparentemente vacía porque en la mitad de la noche no hay más que el mar y arena y un cielo tan lejano que nada emana de él, nada protege; sólo una trama enorme, inmensa trama que envuelve las cosas distante, con indiferencia. Sin embargo, bajo esa noche enmascarada comienzan de repente a oírse unas voces; la misma sensación de Asbury, de nuevo. Las voces se aterciopelan, pisadas de fieltro tocan aquí y allá la arena, las palabras quedan cortadas por el chasquido del oleaje próximo y las sílabas se desglosan; en la noche, las «aes» retumban dulcemente, ruedan afelpadas por el calor y enseguida se pierden, diluidas. No es posible recuperar el uso entero de la palabra, y además ¿para qué? En esa playa mágica el sonido cobra una nueva resonancia, cada sonido se dobla en dos, en tres, los ecos se golpean sin furia y uno se articula sobre el otro que forma un

rumor de fondo, algo semejante al oleaje pero menos nítido, quebrado, espurio, estremecido; por ejemplo, entre las «aes» y los furtivos ruidos de pisadas sobre la arena tibia abriéndose (más fría en la superficie y luego caliente abajo, cuando el pie descalzo escarba y encuentra una especie de nido oculto por dentro de la playa), entre todo eso se sigue oyendo el increíble sonido de las manos de los negros sobre los tambores, tocándolos, golpeándolos, incitándolos, acariciándolos, maltratándolos, eso que es algo más y menos que la música, porque no está hecho para oír sino para obedecer y reclamar, aunque no se entienda bien la naturaleza del reclamo, hasta que toda la sangre comienza a movilizarse, la circulación se altera y quién sabe por dónde va y viene la sangre, pero uno siente que algo definitivo se está revelando y es la capacidad que tiene un ser para entregarse, para ceder y anular las resistencias construidas trabajosamente en tantos años de soledad y de estudio, de represión, de disciplina; después de todo una vida se ejercita en el hallazgo de los controles secretos y aprende a manejarlos como un científico infalible, los cumbiamberos con unas caras absolutamente impávidas, cuerpo y rostro impasibles y sólo las manos dislocadas, desprendidas de ellos para llegar a las incitaciones más poderosas y más irrevocables sobre los tambores, destruyen en un minuto los controles, y vuelven al rito, a la caverna, a la magia, a lo que, en el fondo, se estaba siempre esperando y añorando. Todo se mezcla, la ansiedad, la liberación, la nostalgia más urgente de los ritos, la necesidad más punzante de comunicación, de comprensión.

Puede haber acabado hace rato la música. Pero sigue flotando a retazos sobre la playa. Más aún, es la que ha abierto la playa, la que le ha dado existencia. La música lleva y trae los hombres, los lleva a los sitios más inverosímiles, como esa inmensa playa nocturna, absolutamente vacía salvo una lejana fila de bohíos desiertos y un automóvil semienterrado en la arena, cerrado en mitad de la terca noche, pero ningún rostro ni cuerpo puede percibirse con seguridad. Todos están separados y deambulan como sonámbulos, no se sabe por qué la playa tiene un aire de destierro, como si la música los hubiera exilado, al cesar, y desamparado definitivamente. En el carro hundido en la arena alguien duerme un sueño desaprensivo y pesado, pero ella siente que las cosas están imponderablemente cargadas, todo es demasiado ¡nocente, o lo parece y después de despertarse los ritos, y esa creciente ansiedad y de producirse la ruptura de las palabras cortadas por el oleaje verdadero y fresco del mar, es imposible que las cosas sigan siendo inevitable, exasperadamente cotidianas. Entonces ella espera, y se impacienta y sufre por esta larga escaramuza que no puede ni adelantar ni dirigir, alguien la está dirigiendo, si se pusiera a dios a manejar las cosas y a administrar las situaciones, sería sin duda

él quien organizara esa escaramuza en esta noche increíble, pero no se puede creer en una solución tan cómoda; preferible es imaginarse ángeles, bandadas de ángeles, y es casi seguro que son ellos porque el aire se ha espesado extrañamente y no es sólo calor, por supuesto, sino que la bocanada circulante a lo largo de la orilla está llena de alas, un tenue, casi traslúcido tejido de alas que sin embargo llega a espesar el aire, lo vuelve más denso, masculino.

Se dice el ángel, los ángeles, luego hay que admitir el sexo, la virilidad. Un oleaje viril, y seguramente de alas de ángeles, trepa el aire y lo va rarificando. Al fin ella no puede más, va hasta la orilla del mar y mete en el agua los pies descalzos, alguien camina a su lado y hasta le tiende una mano para ayudarla pero nada alivia la opresión, la sensación de que de modo inexorable se desarrolla una batalla silenciosa, terrible, entre el aire, la noche, el calor y el mar; aguzando el oído se siente una especie de chocar finísimo de espadas de vidrio, alguien guerrea por ella, ¿en qué vida?, alguien se está abriendo paso en esa selva de controles y los está aniquilando tal vez sin darse ni siquiera cuenta; alguien lucha por ella y llegará hasta esa misma orilla, recogerá todas las «aes» dispersas y les dará forma y contenido, alguien, ¿en qué sueño? Entonces se acuerda del automóvil enterrado en la arena y del durmiente y la recorre un estremecimiento. Comprende que hasta ahora ha obedecido inerte a la escaramuza de los ángeles, pero que ya no puede resistirse más, que es obligatorio tomar partido. Tan evidentes son los latidos de su corazón que siente miedo, pánico. Ni el corazón ni la sangre deberían oírse nunca; se aterra de pensar que percibe su corazón, que lo siente en determinado sitio del cuerpo y que le molesta de manera terrible; que algo tendrá que hacer para acallarlo y volverlo de nuevo anónimo, imperceptible. Pero mientras crezca ese latido general, ¿cómo hacer? Porque se recuesta en la arena y el calor va subiendo desde adentro de la tierra compulsivamente, como un golpe de sangre; mira hacia el cielo y el pozo negro comienza a atormentarse, a vibrar; una gran diástole, una infinita sístole. El rumor va y viene, bate el aire. Se para aturdida por ese latido general y entonces ve de nuevo el carro, los cromados hundidos brillan fugazmente, el carro parece relampaguear, ¿o es una ilusión?, hay un brillo súbito, de espadas, ¿de cristales?, ¿o es un espejismo?

Algo debe hacer, sin embargo, para acallar los latidos. No encuentra nada distinto que sentarse, vigilando el carro a lo lejos. No llega a saber el tiempo que pasa, porque no hay tiempo esa noche, así como esa playa es un espacio más allá de toda referencia. Al fin una portezuela se abre y sale una figura; vacila, se recuesta contra la carrocería, va hacia ella.

Pero ella intuye que no podrá soportarlo, tiene terror de la

revelación; entonces se para rápidamente, va hacia el grupo de sonámbulos tendidos aquí y allá y desafiando todas las rupturas de las palabras propone a gritos que se haga una fogata; todos se levantan, se desperezan, corren, parece un *ballet* automático, menos el que ha salido del carro, que se queda en mitad de la playa parado con las piernas abiertas como Billy the Kid, sin saber seguramente que la ceremonia es para él, que es él el centro del rito. En un momento se ha hecho una gigantesca pila de hojas secas de palmera, alguien apelotona papeles de periódicos, maderas, el fuego se resiste al principio y lame y rodea la parte baja de la pira hasta que al final se desencadena como un vendaval, llamas enormes incendian todo el aire, entonces Billy the Kid se acerca lentamente, rítmicamente, sin cesar un segundo de mirarla, a ella metida casi en la hoguera, insensible a ese calor de horno que ha desatado a su alrededor, la mira y dice «qué hay» con una voz baja, profunda, arrastrada por toda la arena de toda la playa, pesada por las alas de ángeles que tiene que colgar de cada letra, inexorablemente. Y en ese momento el tumulto de latidos cesa como cortado por un tajo, guillotinado. Ella presta la atención más escrupulosa, vigila de reojo sus arterias, su sangre; todo ha vuelto a marchar silenciosamente, inefablemente bien. Los demás los empujan y gritan alrededor; nada perturba, no obstante, ese silencio perfecto. Ella hace un esfuerzo por reconocer el chasquido del mar, mira hacia la hoguera para identificar su crepitación escandalosa. Nada. Alguien, algo, los ha encerrado bajo una campana de cristal, tal vez esto sea el final de aquella indefinible batalla que se libró durante tantas horas. Siente el misterioso, terrible parecido entre el amor y la muerte porque ambos son lo mismo, exactamente la misma cosa; un desenlace. Y desde que los posee, ya comienza a sufrir por la muerte de esos ojos, de esas manos y, sobre todo, de esa voz.

La hoguera era tan alta que ya pasaba a ser pira sagrada, inmensa torre de incineraciones. En la felicidad y desentumecimiento general que produjo la hoguera, toda la fila de bohíos quedó destruida en menos de una hora. Seguía siendo plena y eterna noche, pero al llegar el fuego a su apogeo la playa se transformó súbitamente. El cielo brutalmente iluminado tomó un color lila, de uvas maduras y la noche se desnudó, se desenmascaró. Toda la arena alrededor de la hoguera, por otra parte, se volvió tan caliente como si estuviera sojuzgada por el brutal sol del mediodía caribeño. Entusiasmados por haber inventado aquel crepúsculo del cielo y esta siesta feroz de la playa, se sentían magos. Si alguien fuerza la naturaleza y la transforma a su antojo, siente como nunca la potencia de su divinidad. Este sentimiento general de haber forzado y vencido la ley y el destino de las cosas, llevó a la comitiva de sonámbulos a una prodigiosa euforia. Alrededor de la hoguera, parecían sacerdotes deslumbrados, atentos a

la extinción del sacramental. Pero la gran lámpara se extinguía, fatalmente. Hubo cierta desesperación y se registraron los sitios más lejanos de la playa buscando las palmas secas o algún bohío salvado de la catástrofe. Volvieron derrotados, ya dispuestos a admitir la extinción de la lámpara y el fin de la noche mágica. Cuando el fuego comenzó a declinar la arena se enfrió y simultáneamente, como si todo estuviera concertado para destruir la magia, empezó a amanecer. Una madrugada lívida y blanquecina se abría paso penosamente. Cuando alcanzó a rodear y entumecer los restos de la hoguera, ella metió la cabeza entre los brazos y quedó acuclillada en la arena como los bonzos frente a la inconmensurable extensión de una catástrofe. Sintió sin mirar que los demás se levantaban, palabras dichas en voz baja se entrechocaron, un bostezo ruidoso se rompió cerca de ella, como una ola. Alguien le puso la mano en el hombro, otro la sacudió suavemente, al fin la dejaron tranquila. Cuando sintió la punzada del sol quemándole repentinamente el cuello, alzó la cabeza. No había nadie. Adelante se abría un mar oscuro, lleno de algas flotando en las aguas remolineantes y turbias. La playa está llena de guijarros, de colillas, de pedazos de diario chamuscado. Cerca de ella, cerca del pie derecho descalzo, un fragmento de titular decía: «asesi», y terminaba en una orla graciosa y retorcida del papel chamuscado. Rococó. Estaba tan exhausta que casi no podía doblar la cabeza. Al fin lo hizo lentamente, asombrada ella misma de su estado vulnerable, de su inusitada fragilidad. En un lugar de los bohíos se levantaban unos palos macilentos, repugnantes. Todo tenía un color parduzco, la arena y la línea de tierra y caserío, allá lejos; un color de tierra miserable y desposeída. Miraba ese paisaje harapiento, atónita, como si la hubieran vaciado, sin formular ni dolor ni protesta. Entonces vio el carro yaciendo semienterrado en la arena y sintió un bienestar extraño, una irreconocible, fulgurante felicidad. Si alguien pudiera retener esa felicidad, crucificarla en cualquier pared como una mariposa: pero la clavas, amor mío, y resulta que ya no es la felicidad: en un minuto la mariposa se deseca y un diminuto cuerpo repulsivo y peludo queda agarrotado, como un gancho. Hay que hacer con la felicidad lo mismo que los chinos con las cosas que quieren, aman y temen; no nombrarla, no darse por enterado de que existe y, sobre todo, no convertirla, o pretenderlo al menos, no convertirla en propiedad privada. En cuanto te afirmas en su posesión, sacas los papeles correspondientes de propietario y le pones, en todo tu derecho de poseedor, el pie encima, se arma un verdadero escándalo de alas, una subversión vertical de los ángeles, y el entrechocar de alas es tan irresistible y frenético que al fin ya no sabes lo que haces, te extravías, y te es revocada brutalmente la revelación. Por eso tu mano, o cualquiera que ella sea, no puede detenerse mucho tiempo sobre esta

rodilla. Puedes explorar y reconocer, tienes el poder, la concesión completa de incendiar, alumbrar y revelar; pero no puedes poseer. Eso es una ilusión, una mentira, una quimera, una nostalgia, una estafa mutua, la conciliación de las partes, los gestos externos del ritual, las rendiciones intelectuales, el combate, la desesperanza, la angustia de absoluto y su frustración, la terquedad, la obstinación sangrienta por horadar, llegar al fondo mismo, desvelar el misterio, saber. Pero nada de eso es posible y es mejor no hablar, no citar ni siquiera esas palabras. Si desafiamos las palabras se quiebra el cielo, y este mismo cielo enmarcado en la ventana de cualquier ciudad se desmenuza, se abre el lila armonioso, terso, puro lila y se desviste, y entonces amanece, fúnebre, el amortajado amanecer que aquí como en aquella playa marca siempre el fin de la revelación, la llegada brutal del lechero y del panadero, la parodia de la vida pública.

Mientras ni tú ni yo hablemos o hagamos gesto alguno, y sólo tu mano trabaje silenciosamente afirmando y disponiendo el calor sobre mi cuerpo, no habrá peligro; el cielo de la ventana se mantendrá inalterable y habremos arrinconado a los ángeles en los ángulos del cuarto, por suerte todo parece nuevo en este cuarto y puede durar varios años si nos quedamos absolutamente quietos, la referencia será el empapelado con arabescos grises que no llegan a ser ánforas y no tiene todavía ninguna rasgadura ni se ha amarillado contra los bordes de la cómoda, habrá que vigilar bien ese borde para descubrir en qué momento el papel se gasta y se rompe y se ve detrás la pared descascarada, o a lo mejor otro papel donde se repite hasta el cansancio la figura de un tocador de laúd; le parece fascinante la idea de que pueda existir debajo del empapelado anodino de los arabescos otro con cientos de tocadores de laúd emparedados como en los cuentos de Poe, tal vez si se para y arranca los arabescos y…

¡Tanto le gustaría saber qué piensa!; ¿y estará, como ella, dentro de esa enorme memoria desmenuzada? ¿Qué playas recorrerá, qué cuartos? Ella recae entonces en su angustia permanente, en la incomunicación; porque ¿cómo puede comunicarse una persona con otra por medio de la palabra? ¿Qué quiere decir una palabra, qué significa, cómo puede dar cuenta de las cosas inexpresables, que son las únicas válidas? Tú puedes pedir un café con crema o repetir *this is the table* con los discos de inglés, da lo mismo, puedes alcanzar enormes repertorios de palabras, pero ¿qué hacer con ellas si de todas maneras el pensamiento que se va tramando sin cesar, entrelazando, es tan rápido y fugaz, tan impenetrable y completamente silencioso? Tú puedes alcanzar a decir a través de alas, barcos, historia; pero siempre será un lenguaje condicionado por la historia que has inventado y también resulta que a alguien que está a tu lado dejan de gustarle las historias porque no tiene tiempo o por cualquier cosa

como por ejemplo las letras o los pagarés que el banco no quiere descontar, y rechaza o deja de oír tus historias hasta que te reduce al idioma de los idiomas básicos, «aquí viene el cartero», «yo vivo en la 67 Street», etc., y pierdes progresivamente el uso de la verdadera palabra, de la que trasciende el *basic* y sin saber en qué momento se ha producido esa irreparable fractura, ya no puedes volver a hablar, se cancela la comunicación, tapian, lacran tu puerta como en las historias de leprosos. Porque eso es el amor una cuestión estricta de comunicaciones, de palabras aceptadas o revocadas. Por medio de esas palabras tratas de derrotar la soledad, el anticipo constante de la muerte, te defiendes. Te defiendes de morir, ésa es la cosa. Todo es un gigantesco embrollo; el amor se da por la revelación, únicamente así, pero la revelación se sostiene (precariamente) a través del lenguaje indirecto, de las historias, de las palabras limadas, pulidas, la menor palabra con una arista demasiado afilada como el vidrio oscuro, y todo es a través de, nunca nada puede ser directo, simple, como hacer un arroz a la valenciana o montar en bicicleta, esa relación tranquilizadora de causa a efecto aquí no existe y ella tantea, se pierde en el laberinto, una y otra vez se pierde, siempre se pierde y se recupera, la recupera el árbol (el maravilloso árbol de manzano en el cuento de Katherine Mansfield), ¿recuerdas, amor mío?, o mejor no preguntar porque de pronto ni recuerda ni lo ha leído.

Y eso es otra cosa, cómo traslado mi memoria a la suya para que la comunicación se produzca de cosa a cosa como si enchufaran cientos de miles de hilitos eléctricos en cientos de miles de receptores y todo quedara ajustado a la manera de las máquinas perfectas. No, hay que aceptar forzosamente la relatividad y su consecuencia inmediata, la incomunicación, celdas rigurosamente separadas, he llegado a la etapa del pensamiento cuasicientífico, amor mío, amor, ahí paro y punto porque no podía seguir adelante pudiendo sólo reconocer, como no recuerdo cuál poeta, que dos y dos son cinco, y por qué no, quién determina que no sean cinco.

Acomoda la cabeza en la almohada y su mejilla tropieza con un hombro desnudo; se adapta a ese calor, piensa que ése es el real, el continuo verano, el verano real es circulante, es íntimo, transferido de poro a poro. El hombro caliente presiona su mejilla y ella se apoya más y más contra el hombro; el verano se levanta y flamea dulcemente. El verano tiene pulsación, latidos, color; sangre, atardecer, mar rojo, café de Van Gogh; y de nuevo la sobrecoge la idea de la muerte, porque ese rojo tranquilo que respira y llega hasta el hombro de él y de ahí se pliega a su mejilla y por la mejilla transcurre lentamente hacia abajo y enlaza su mano con la suya, ese rojo también es la masacre, no sólo contra la propia muerte me defiende este escudo caliente, no, no sólo es contra la mía, también es contra la

muerte general, contra la insoportable muerte de los demás; contra ese grito que oímos una noche, te acuerdas, cuando estábamos acodados en otra ventana, tal vez en la sombra lejana se dibujaba la cúpula de los Inválidos, y un ruido persistente y continuo, pero apagado, en sordina, llegaba de la calle lejana. Lo oímos de pronto, «*au secours*» decía el grito, un grito de mujer, así, lanzado y recogido como un *boomerang* por la propia noche, devorado, tragado por la noche; y quedamos sobrecogidos sintiendo esa muerte ajena, ese peligro inconjurable, cernirse sobre nosotros, amortajarnos. ¡Ah!, y debe defenderme, de todos modos, contra esas sucesivas muertes ajenas que van recortando minuto a minuto mi invulnerabilidad, mis desafíos. No se trata sólo de la muerte física sino de las mil infinitas maneras de morir. Por ejemplo, aquel morir colectivo que sentimos un día cuando estábamos juntos en las butacas del Palais de Chaillot de París y en mitad de un concierto de celebración de la resistencia comenzaron a pasar imprevistamente unos cortometrajes de campo de concentración y yo no llegaba a darme bien cuenta de lo que estaba pasando hasta que vi en la pantalla una especie de esqueleto de niño que se movía lo mismo que si fuera un ser vivo; horrorizada, dejé de mirar y bajé la cabeza, la hundí entre los hombros apretando los ojos lo más posible, hasta que de pronto el tenso silencio de la sala se fue, muy despacio, llenando de sollozos. Cientos de personas miraban y lloraban con gemidos cada vez más altos; pero yo no podía mirar, sentía sólo el ruido lacerante y cortado de los sollozos, la pesada caída de miles de lágrimas, como una especie de mutilación colectiva de la que nunca me podría reponer del todo. Eso también es morir; cualquier cosa que destruya la más mínima parcela de confianza es morir, tu me mirabas en la oscuridad, amor, querido mío, cuando comenzaba *Hiroshima, mon amour*, y aparecía un fragmento del noticiero real del amanecer en Hiroshima después de la bomba; yo nunca pude pasar del momento en que salía una mujer, o el vestigio de lo que fuera una mujer, un ser despavorido, salía, reptaba, se caía, de una especie de gran agujero tapiado de escombros que era todo lo que quedaba de un mundo que se suponía firme y verdadero. Siempre que el corazón se contrae, se enfría, se está acusando el golpe bajo de una muerte, y lo más desgarrador es sobrevivir a las muertes de los demás que uno ha hecho propias. Ella no sabía lo que era la muerte, es decir, lo que era el horror de asumir las muertes de los demás, hasta que llegó a Colombia. En Buenos Aires la muerte es cosa de las casas de pompas fúnebres y de las ceremonias familiares que siempre guardan su dignidad, la «forma» triunfante en cualquier acto porteño, inclusive en el acto de morir. Se muere por tarjeta, decorosamente en los deudos y sin que nadie se exceda en la tragedia. Esta normalidad de la muerte evita pensar en ella; la muerte no es un motivo de reflexión ni de

pavor, algún día darán en las cajas de jubilación de Buenos Aires, junto con la pensión mensual, el permiso de morir, para evitar al máximo las perturbaciones emotivas. Y llegar de esa burocracia general que alimenta la vida y codifica la muerte a la ley de furias que era Colombia, a ese mundo informe, incierto, de páramo y playa, las dos vertientes, el cielo y el infierno, de nuevo el signo de la doble hacha como en las sagas nórdicas o los laberintos cretenses. Llegar allí con sus composiciones de lugar perfectamente en orden y ser empujada dentro de ese cauce, ese caudal indescriptible que arrastra sin cesar cadáveres; llegar a la creciente, a la tempestad, a la inundación permanente donde cada uno aprende a boquear, convulsamente, para no ser del todo arrastrado y pisoteado, llegar a un sitio donde los únicos letreros de neón instalados en lo alto de las montañas no dicen ni Asbury ni «leona pura» sino «comulgue los viernes» bajo cruces y vírgenes de yeso sobrevolando encima de las ciudades desde la punta misma de los cerros. ¡Ah!, fue morir y es, y será morir ingresar en estos infiernos vitalicios, pero a fuerza de medir, centímetro a centímetro, la dimensión de las muertes de los demás, se llega también a despojarse del idioma básico de los argentinos y se adquiere otro lenguaje, caótico y violento, pero vivo a conciencia. Se pregunta: «¿No es acaso eso lo que hay que ser, vivo a conciencia?». Nadie le responde, porque decididamente él duerme con todo el peso de su cuerpo atravesado sobre el de ella, la mano caída sobre la guarda de madroños y el hombro derecho aplastado contra su mejilla. Así, pues, sigue siendo su escudo, sigue generando su verano, su turbador y misterioso verano. ¿Qué calle será la que corre allá lejos? ¿De qué ciudad, de qué mundo? Ella ha amado tantas calles que los recuerdos se le confunden por completo; unas calles se trenzan con otras, la línea de los empedrados morados de Nueva York se cruza con las plazas vacías de Boyacá, con una escalinata de siena, con… Al momento, la trama es tan espesa que ya se construye con los retazos una ciudad completamente disparatada, algún pedazo de este rompecabezas debe de corresponder a la calle sobre la cual se abre esta ventana, cualquiera le daría lo mismo, realmente, con excepción de la calle de la estación de la sabana que recorrían todas las noches con un automóvil cuando ya las prostitutas habían salido a las puertas de los míseros inquilinatos bogotanos, y no era eso por cierto lo que le inspiraba esa piedad, esa infinita sensación de destierro y de muerte, sino el hecho de que todas ellas estuvieran esperando familia y sus niños desiguales y famélicos las rodearan; sí, también puede uno morir de este modo constante y lacerante, morir por terribles hechos colectivos que se soportan escasamente, como se soportarían las lápidas de los cementerios sobre un cuerpo que está vivo y se empeña en seguir respirando. Todo esto la va ensombreciendo y quisiera

decírselo al que duerme, pero su sueño es tan profundo que las tímidas caricias no lo despiertan. Pasa la yema de la mano libre, la que puede mover todavía y no ha quedado paralizada bajo el otro cuerpo, por el cuello y la línea austera de los hombros. Le parece, aunque seguramente es una impresión completamente falsa, que el cuerpo se está enfriando. También que el cielo cambia, recupera su noción de existencia, de tiempo. Por el rectángulo de la ventana comienza a pasar una nube y es inútil tratar de detenerla. ¿Es posible que sea éste un cielo normal? Sí, lo es completamente. En un momento, ínfimas nubes, múltiples, se arremolinan en el marco de la ventana y el cielo parece el tul agujereado de un inmenso mosquitero. Quisiera parar la transformación de las cosas, pero el cuerpo pesa cada vez más sobre el suyo. Quisiera salir de allí, pararse, cerrar si es posible la ventana, en el caso de que exista verdaderamente esa ventana; pero se le ha acalambrado su costado izquierdo. Tal vez esto no sea ni siquiera un cuarto del hotel, busca inútilmente el papel estampado con las ánforas grises pero no hay más que una pared, por cierto con dedos marcados, y al costado un retrato de alguien que no ha conocido jamás; es una pareja con raquetas de tenis, una más de las miles de parejas de tenis, es decir, nada. Tiene pavor de mirar el rostro que descansa recostado sobre su cuerpo; cualquiera que sea, está casi segura de que no podrá reconocerlo. Y así es, en efecto. El hombre se despierta, se incorpora, se sienta al borde de la cama, echa mano de su bata de seda, busca una pantufla perdida debajo de la cama, abre la ventana que estaba cerrada, mira los árboles cercanos del jardín (que se ven claramente a través de ella), va hacia el espejo que está, como único adorno de la pared, encima de la cómoda y se examina con aprensión, se dirige hacia el baño y antes de cerrar la puerta, sin haber mirado jamás hacia ella, dice ya desde dentro del baño: «Espero que hoy esté caliente el agua de la ducha».

Entonces ella se para, cierra herméticamente la ventana, se acuesta y se cubre con colchas y edredones hasta que ya no se le ve sino un mechón de pelo perdido sobre la almohada; es pleno verano, pero tiene un frío atroz.